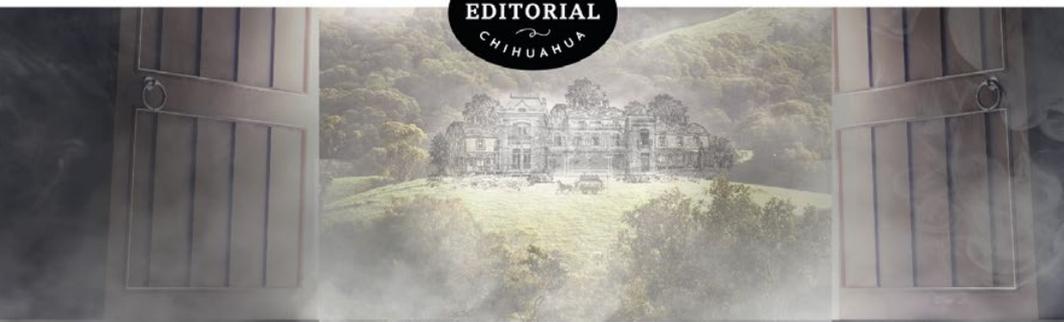


EL SUEÑO

MA. GUADALUPE SÁNCHEZ MARTÍNEZ



2022



El sueño

MA. GUADALUPE SÁNCHEZ MARTÍNEZ





Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez

Victoria María Montemayor Galicia

Arturo Loera Acosta

Luis Fernando Rangel

Nidia Paola Juárez Méndez

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial y Fomento a la Lectura

www.lacreatura.mx

Diseño y maquetación

Tzeitel Velo

Corrección de estilo

Claudia Cristina Miranda Sánchez

Arte de portada

Instituto de Cultura del Municipio
Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.
ISBN en trámite

e

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022-2023



Chihuahua es capital de jóvenes escritores, mujeres y hombres que han encontrado en la palabra una herramienta para construir nuevas realidades, más humanas, más habitables.

El Programa Editorial de Chihuahua (PECH), que el Gobierno Municipal despliega a través de su Instituto de Cultura (ICM), representa una plataforma sólida para las nuevas generaciones de ensayistas, dramaturgos, novelistas, cronistas, cuentistas y poetas.

PECH es semillero de las letras en Chihuahua capital; a través de este programa, nuestra ciudad se adentra en el territorio de escritores emergentes y con trayectoria.

Para toda mujer u hombre que se dedica a la literatura, la oportunidad de ser publicado representa el despunte de su mayor pasión, una que, a su vez, llevará a los amantes de la lectura en la conquista de mundos mejores.

El Gobierno Municipal cumple, y prueba de ello es nuestro programa editorial que, desde su creación hasta esta edición, alcanza las 47 obras publicadas dentro de sus tres colecciones: Soltar las Amarras, Escritores con Trayectoria e Historias de mi ciudad.

Así, a través de la palabra escrita, de la literatura, de ideas frescas y escenas imaginarias de nuestra cotidianidad, hacemos de Chihuahua capital un municipio de escritores, jóvenes mujeres y hombres que con su intelecto y disciplina hacen de Chihuahua, la capital que da norte a México.

Lic. Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

No todas las personas que empuñan un bolígrafo o se inclinan sobre el teclado quieren desplegar un universo de ficción, pero todos pretenden ejercer idéntica maravilla: la transmisión del pensamiento.
(Millán J. A. en Gómez Font et al.,2015, p.5)

El pensamiento crítico es clave para el desarrollo integral del humano, y no hay mejor forma de desarrollarlo que mediante la escritura. Podría decirse que redactar es una herramienta para comunicarse, pero esta definición no le hace justicia a la maravilla de la escritura hecha literatura, donde aquel que porta la pluma entra a una realidad del pensamiento y articula ideas, vivencias y sueños al nivel de la conciencia para poder ser entendido por un afortunado lector. En el Programa Editorial se tiene como principal objetivo no solo publicar, sino ampliar el alcance de esas historias, historias que nacieron entre nosotros y deberíamos sentirnos orgullosos de tener en nuestras manos.

Entre cuentos, poemas y ensayos se da a conocer la esencia del escritor chihuahuense. Me es muy grato presentar a los autores que en esta edición publican su obra, algunos ya conocidos, otros emergiendo con su primera publicación, pero todas y todos ahora formando parte del acervo literario cultural chihuahuense. Enhorabuena.

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura de Municipio



ÍNDICE

Prólogo	10
El sueño	12
Capítulo I	16
Capítulo II	22
Capítulo III	25
Capítulo IV	36
Capítulo V María Aurora	45
Capítulo VI María Isabel	52
Capítulo VII María Inés	61
Capítulo VIII Don Ricardo	72
Capítulo IX Doña Inés.....	80
Capítulo X Andrés	87
Capítulo XI María Cristina.....	99
Capítulo XII Osvaldo	121
Capítulo XIII Miguel.....	128
Capítulo XIV La Familia	139
Capítulo XV	146

PRÓLOGO

La intrepidez de descubrir tesoros en las profundas grietas de las montañas, materiales e intangibles, engancha a quien se adentra en las páginas de *El Sueño*, por Ma. Guadalupe Sánchez, en una historia que expone y dignifica la majestuosidad de la tierra chihuahuense, desde la Alta y Baja Tarahumara.

Es una pantalla que expone, más allá de la abundancia de sus barrancos y majestuosidad de sus bosques, el bien activo más poderoso de Chihuahua: su gente, que es resiliente, aguerrida, emprendedora, valiente para luchar contra las injusticias, -y como una cualidad formativa de la autora-, buscando en la educación la mejor de las armas para salir adelante.

Ma. Guadalupe, plasma en sus letras dos líneas de tiempo, del Chihuahua que ya fue y del actual, con un toque de realismo mágico que hilvana drama, tragedias, minería, industria vitivinícola, pasiones, alegrías y amor, que atrapan al lector y le ofrece una mirada en una apertura de más de un siglo sobre los acontecimientos de la familia Armenteros, observando desde lo alto como si fuera una nube, como su seudónimo Norí, en rarámuri.

Expone como un reflejo de la realidad, los límites de una sociedad del siglo XIX, y la fuerza interior de los Armenteros, desde el declive del padre proveedor, la sabiduría de las mujeres para emprender y obtener el sustento, los valores de una familia unida, y las crueles amenazas que enfrenta el ser humano, desde la violencia que se genera en una comunidad, hasta los enemigos internos de cada individuo. Es el esfuerzo de años de recopilaciones, análisis y esfuerzo de la autora por retratar la realidad, en una lectura cautivante.

Los Armenteros son el canal para mostrar las adversidades que podría atravesar cualquier persona, pero son únicos por sus estrategias para resolverlas, y porque encuentran la manera de llevar sus saberes y sus tesoros cien años después, de que sus lágrimas fueron derramadas y sus risas fueron escuchadas.

La autora ha plasmado en su primer libro los valores con los que ha sido

congruente a lo largo de su vida, ha sido constructora de paz en ambientes de inseguridad y violencia, ha sembrado en niñas y niños de la ciudad de Chihuahua la pasión por las letras que ella misma enseñó desde sus salones de clase.

Su entrega a la enseñanza la llevó a recibir el reconocimiento al desempeño profesional en Carrera Magisterial, y la medalla ‘Ignacio Manuel Altamirano’, entregada por el presidente de la República en 1996, por haber dedicado su vida a la redefinir las estrategias para lograr un efectivo aprendizaje para alumnos de escuelas primarias públicas en ciudad Juárez y en la ciudad de Chihuahua, en zonas como Villa Juárez o 2 de Octubre; hasta instituciones privadas en los niveles de preescolar, primaria, secundaria, y preparatoria.

Cuenta con una formación normalista como licenciada en Educación, y Educación Superior en Inglés. También cursó la licenciatura en Pedagogía en la Universidad Pedagógica Nacional, y la licenciatura en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Chihuahua.

El amor por su tierra norteña lo transmite fielmente cuando con ímpetu recita los versos dedicados a Chihuahua, y en este libro, logra traspasarla las páginas para ubicar al lector en lugar, tiempo y circunstancia, desde los parajes sub tropicales de Batopilas y boscosos de Guadalupe y Calvo, además de la funcional y vanguardista ciudad Capital; desde la miseria hasta la abundancia; desde la condena a infortunio y la redención del arrepentido.

Es El Sueño, el vehículo a un mundo onírico, en el que se viaja acompañados por Ricardo Armenteros, y que regala al lector las sabidurías y experiencias de la autora, Norí, de quien tuve el privilegio ser alumna, -no solo en aula, sino en la vida- y a quien amo como mi segunda madre.

Lic. Paloma Sánchez Martínez

El sueño

MA. GUADALUPE SÁNCHEZ MARTÍNEZ

Como el leve flotar de una brizna, su cuerpo se mecía con la suave cadencia que marcaban los caballos tirando del carruaje. Hasta sus oídos llegó el suave acompañamiento de los chasquidos que producían los cascos al cabalgar sobre las piedras del embaldosado de la calle, que conforme avanzaba se hacía más intenso y completaba el ritmo de su travesía. Él percibía con todos sus sentidos el ambiente que le rodeaba de una forma extraña, que se fue haciendo a cada momento más intensa.

La brisa primaveral tenía un aroma floral que embriagaba el alma; la luna llena daba al pueblo de Batopilas un mágico resplandor y una vista espléndida.

De pronto, el sonido de voces alegres llenó sus oídos. El carruaje se detuvo frente a una casa majestuosa, grande, de dos pisos, con una entrada elegante, iluminada con múltiples faroles. Por las amplias ventanas salían luces, música y risas.

Una gran concurrencia de personajes distinguidos estaba arribando; todos luciendo sus mejores galas.

Comenzó a caminar hacia la entrada de la casona, donde lo recibió un atento portero con un saludo respetuoso. Al entrar, le fue recogido su sombrero y, en un torbellino de bullicio, se dirigió al salón de la recepción. Era un lugar digno de una mansión europea, muy amplio, decorado con un gusto exquisito. Sus oídos percibieron con una gran claridad música ejecutada virtuosamente entre conversaciones cordiales, en las que se expresaban saludos, nombres y la algarabía de una selecta reunión:

—Buenas noches, don Ricardo Armenteros.

—Doña Inés, querida, ¡qué gusto verla!

—¡Bienvenidos! ¡Adelante!

—Señorita María Cristina, ¡a sus pies!

—María Isabel... ¡estás preciosa!

—¡Qué hermosa fiesta!, ¡como siempre, queridas!

Las conversaciones se tejían con voces diferentes, todas cordialísimas, en las que sin conocer a nadie, pero con extrema familiaridad, escuchaba retumbando en sus oídos más y más saludos; más y más nombres, en un ambiente embriagador que iba in crescendo, como una súbita emoción que le dejaba sin aliento.

Rostros sonrientes, hermosas mujeres (unas jóvenes, otras maduras), con peinados antiguos, vestidos de grandes escotes, de telas susurrantes. Los caballeros vestían de rigurosa etiqueta, con blancos cuellos almidonados y la sobriedad que imponía el vigente estilo avant-garde. Los perfumes femeninos de esencias francesas se mezclaban con las colonias amaderadas de los hombres; sin embargo, se imponía sobre ambos el olor a humanidad.

Él salió del salón buscando respirar aire puro y se encontró con un patio muy grande, plétórico de rosales que generosos perfumaban y la fragancia de blancos azahares de los naranjos en flor impregnaba la noche, que era musicalizada por las finas gotas de una hermosa fuente en el centro.

Contempló arrobado la escena iluminada por el claro de luna. De pronto, una voz femenina, amable y educada le sacó de su letargo; ante él vio una mano blanca y suave, que lo tomó al tiempo que le invitó a entrar de nuevo al salón.

El vals comenzó a sonar y, sin saber cómo, sus brazos rodearon la cintura de una hermosa joven de cabello rubio y ondulado. Sus pies comenzaron a bailar.

Las demás parejas se unieron al baile. Al ritmo de la música había giros, pasos acompasados, destellos de joyas, de vestidos, de cristales y espejos que lo encandilaban; conversaciones cortadas, rostros como de retratos antiguos, voces. Sintió que su cerebro no podía asimilar lo que sus sentidos le enviaban y todo empezó a dar

vueltas y vueltas, produciéndole un vértigo que le impedía respirar con facilidad, mientras que su vista se nublaba con luces, reflejos, música...

Súbitamente abrió los ojos y, agitado, despertó; jadeando, sudoroso, con el corazón desbocado, un pensamiento recurrente atacó su mente: ¡otra vez el mismo sueño!

Capítulo I

La adrenalina de haber ganado el titular del ejemplar impreso del siguiente día seguía circulando por su torrente sanguíneo, como la experiencia de la cobertura de la visita presidencial, de la que logró una exclusiva al colarse en el helicóptero que trasladó al señor Presidente de la República a una comunidad rural, y que le valió la primicia nacional sobre el tema petrolero, y aun así, su semblante se veía calmo, y lucía como cualquier otro pasajero de la ruta troncal del servicio de transporte urbano, después de un intenso día reportando.

No todo fue suerte, el equipo de prensa del gobierno federal había permitido al polizón porque querían aclarar el tema, y confiaban en la veracidad de la pluma de Ricardo Armendáriz, qué mejor que una nota desde Chihuahua —zona neutral del conflicto— para dar una postura por parte del Ejecutivo Federal.

Saboreando sus triunfos, ignorados por los demás tripulantes del rápido camión, el tono designado para los directivos del medio para el que trabaja sonó en su celular.

—Ricardo, prepara tu maleta para una semana, te vas a Batopilas a preparar un reportaje especial sobre misiones coloniales. Encargo de arriba. Sales mañana en la corrida de las 6:00 del Chepe.

¿Batopilas?, pensó. Sintió un breve vértigo como si de pronto su cabeza se separara de su cuerpo y flotara, a pesar de ser un hombre frío y analítico (su trabajo lo demostraba cada día), sucumbió por el impacto psicológico al que estaba sometido desde hacía meses y que no había compartido con nadie. En realidad, no había a nadie a quien contárselo, y no expondría tal intimidad a alguien de su círculo laboral, que era con quienes pasaba la mayor parte de su día.

Una noche, hace un año aproximadamente, después de un

día especialmente agotador, llegó a casa y, en medio del desorden de un soltero solitario, haciendo a un lado los envases vacíos de la comida china que suele cenar acumulados en la mesa de centro se dispuso a ingerir la porción del día, sentado en su sillón favorito, frente a la pantalla.

Vencido por el cansancio y sin probar la cena cayó en un sueño profundo. Al despertar en la mañana, aún vestido y hundido en el sillón, no podía olvidar el sueño impresionantemente vívido, claro que había tenido. Veía personas vestidas al estilo del siglo XIX, carruajes, una casa elegante. Las voces, las pláticas, incluso música, todo era tan real, en su memoria olfativa aún percibía los perfumes de las damas, los caballeros, las flores.

Se mencionaba el nombre del lugar: Batopilas, así como nombres de personas. Después de una semana, más o menos, ya había superado la impresión del sueño, cuando volvió a pasar exactamente igual. Esto pasó unas diez o doce veces. Y, como buen documentalista, lo escribió, pensando que así le dejaría en paz ese sueño que ya sabía de memoria, como un *déjà vu* en bucle que se alojaba en una parte de su cerebro. Cuando comenzó a escribir, tuvo la sensación de que alguien se lo estaba dictando. Aterrizarlo en palabras explícitas fue efectivo, y el sueño ya no volvió. Curiosamente, cuando se fue, resultó que lo extrañaba, e incluso lo reproducía recordando las escenas antes de dormir.

El teléfono sonó a las 5:00 horas del día siguiente, era el Jefe de Información.

—Ricardo, espero ya estés desayunado para arrancarte con ocho a Batopilas. Te mandé los detalles de la investigación histórica a tu correo. La cadena hará un concentrado de misiones coloniales de todo México y la editora quiere ganar uno de los mejores espacios para Chihuahua, tienes que esmerarte. Sé que es

un viaje pesado, y parece castigo después de tu exclusiva, pero un cambio de actividad te va a caer bien.

—Muy bien, jefe, ¿a dónde quiere que vaya?

—A Batopilas y lugares circunvecinos. ¿Qué opinas? Está la Misión Jesuita del Santo Ángel Custodio de Satevó, el Templo de la Virgen del Carmen; las haciendas Barffuson, Morales, Bigleer. También tráete algo de edificaciones de la época del porfiriato, las minas abandonadas, y ya sabes, testimonios de los locales.

Sintió un impacto como un golpe en la cabeza.

—¿En una semana, jefe? Me está pidiendo las perlas de la virgen.

—Sí, con viáticos pagados y algo más para tus gastos.

—No, pues muy bien, ¿por qué en el Chepe? —lo interrogó y el Jefe, sin salir de su discurso dando órdenes, prosiguió:

—Espero que ya estés llegando a la estación de trenes. Te bajas en Creel, y de ahí son tres horas por carretera. Vas hasta el fondo del barranco.

—Me debe una grande, jefe.

—Luego te compenso, ya sabes que así es la vida del periodista. Ya está depositado en tu cuenta lo suficiente, si necesitas más, factura a nombre del periódico y te lo repone la cajera. ¡Suerte!

El viaje transcurrió sin novedad. Llegó al pueblo de Creel y de ahí transbordó a una camioneta que se dirigía a Batopilas a través de un camino serpenteadísimos cuesta abajo, por una cadena de barrancos. El nombre de la calle donde se ubicaba el hotel le parecía misteriosa: «Nigromante», y aunque no era el mejor hotel del pueblo, se lo recomendaron por estar a unos metros de la plaza principal, donde había wi-fi gratuito, desde donde podía conectarse para realizar los envíos de los avances del reportaje, y por la parte de atrás tenía una terraza que daba al Río Batopilas, que bautiza al

pueblo, pues en rarámuri significa «río encajonado».

El pueblo era realmente pintoresco, la vegetación era generosa y tropical. Caminó por el adoquinado de las calles limpias y bien trazadas hacia su hotel, admirando las bugambilias en flor de diferentes colores.

Ricardo se sentía molido, así que llegó a su habitación donde, a pesar de tener electricidad (de hecho, uno de los grandes orgullos de los batopilenses es que fue la segunda población con electricidad en México, durante su temporada de esplendor minera), la iluminación en su habitación era con grandes lámparas de petróleo. Bajó al comedor a cenar opíparamente, y después volvió a descansar.

Al día siguiente, se dirigió a la Presidencia Municipal, un edificio que destaca por su arquitectura de una hermosa estructura porfiriana. Fue a solicitar información y a recorrer el pueblo tomando fotografías y entrevistando personas.

Toda la gente con la que tuvo contacto reaccionó bien ante el periodista, las anécdotas y leyendas fueron enriquecedoras, y la primera visita a la misión fue muy productiva. Logró buen material testimonial y gráfico.

El pueblo se descubrió ante Ricardo como un lugar muy hermoso con toques especiales en la arquitectura y colores de las casas. Una en particular le atrajo fuertemente, estaba un poco alejada de las demás y, a pesar de los arreglos recientes, conservaba un aire que le hizo pensar en el sueño. Duró mucho rato observándola, como pidiéndole que le hablara, que contara las historias que había cobijado entre sus paredes.

Lo sorprendió la noche y, sin más, se encaminó al hotel a descansar. Afuera del edificio, en una banca de piedra, estaba sentado un lugareño entrado en años, le saludó e iniciaron una

amena plática que no supo cómo, le llevó a preguntar si había oído hablar de una antigua hacienda llamada «Las Marías». El hombre le miró de una forma tan especial que le hizo pensar que había cometido un pecado, la severa mirada casi lo impulsó a pedir perdón por una falta que no sabía cómo había cometido; pero luego, con un gesto de que le iba a contar el secreto de cómo encontrar un tesoro, le dijo en tono bajo:

—En el pueblo nunca ha habido un lugar así, pero cuentan que, hace muchos años, una familia muy rica de por aquí de repente se fue a una propiedad de ellos con ese nombre, pero estaba en la región de Guadalupe y Calvo, después de un tiempo, le cambiaron el nombre por el de Santa María, puede que por allá encuentre razón de lo que busca —dijo con una voz profunda el lugareño.

—Muchas gracias, mañana salgo para allá —dijo agradecido Ricardo.

Se levantó el anciano y, mirándole con sus ojos claros, profundamente, se despidió con una breve inclinación de cabeza y se alejó. Ricardo siguió con la mirada hasta que se perdió en las sombras al hombre quien, a pesar de su edad, conservaba un porte elegante.

Capítulo II

El trabajo había fluido, tenía excelente material para llenar una sección con reseñas, crónicas, entrevistas y excelentes fotografías para el reportaje, que eran dignas de ganar un buen espacio en el compendio editorial. Fue entonces que decidió ir más al sur y seguir el camino marcado por el hombre mayor de la Plaza de Batopilas, así que partió hacia Guadalupe y Calvo con los primeros rayos del sol.

Al llegar al extremo sur del estado de Chihuahua se dirigió hacia la Presidencia Municipal, situada a un costado del Templo de Nuestra Señora de Guadalupe y frente a la plaza principal, engalanada con un hermoso kiosco francés. Ahí solicitó información sobre haciendas y ranchos, para justificar ante su jefe el viaje a otro municipio, buscando enriquecer el reportaje solicitado por la editora. Había muchos registros, entre los que lo sorprendió el nombre de una comunidad de nombre Santa María. Consiguió un Jeep rentado y pidió indicaciones de cómo llegar.

El municipio de Guadalupe y Calvo es muy extenso, tiene zonas de barrancos y de majestuosas montañas, como el Cerro del Mohinora, la cumbre más alta de la Sierra Madre Occidental, desde donde —se presume— se puede ver hasta el mar de Sinaloa.

Pasó una noche al aire libre, acampó junto a un pino alto y se sorprendió de la belleza del cielo, nunca había pernoctado a cielo abierto a esa altitud, tan cerquita del manto estelar, ni había visto tantas estrellas. Le parecía un sueño estar ahí, tan solo; y, sin embargo, se sentía acompañado.

A media mañana del siguiente día llegó a Santa María, era un pequeño pueblito de una sola calle en la que se encontraban unos comercios; la iglesia, blanca y pequeña; y algunas casas, todas con jardines con flores de mil colores. Enfrente de la iglesia estaba una placita con árboles muy altos y frondosos. Atrás de esa calle se veían más casas muy separadas entre sí.

Se estacionó frente a la plaza y se acercó a dos individuos que lo observaban con actitud felina, entre curiosos y precavidos.

—Buenos días —saludó Ricardo, mientras alzaba la palma de la mano en dirección a los locales.

—¡Eeiii! —respondieron con la mirada puesta en el fuereño que se acercaba.

—Ando buscando la hacienda Las Marías, bueno, si es que queda algo.

—Anda usted muy perdido, amigo, esa hacienda ya no existe —dijo el más viejo.

—No, ya no, ¡ya no!, secundó el otro.

—Y... ¿No queda nadie de esa familia? ¿Algún nieto o bisnieto?

—Perdone la pregunta, pero, ¿quién es usted?, preguntó el más viejo y desconfiado.

—¡Eiiii! Díganos quién es, díganos... —dijo el otro.

—Soy periodista y voy a escribir sobre la historia de estos lugares —se presentó Ricardo.

Le indicaron los amigos el camino para llegar a lo que fue la «Casa Grande» de la hacienda; y como mayor señal, le dijeron que preguntara por don Juan Armenteros.

Cuando escuchó el apellido, sintió un vuelco en su corazón ¡Lo había escuchado en sus sueños!

—Se puso pálido, oiga. ¿Se siente mal?

—¡Eiii!... No se ve bien el hombre.

Ricardo empezó a caminar mecánicamente, y escuchó las voces muy lejos, solo movió la mano, diciéndoles que no pasaba nada, la verdad era que no podía hablar. Se subió al Jeep y duró un rato en reponerse, luego siguió su camino.

Capítulo III

No tardó mucho en llegar al lugar que buscaba, era una casa grande, con vestigios de haber sido hermosa. Algunos cuartos estaban descuidados, como queriendo rendirse a los estragos del tiempo. Cerca de la puerta de la entrada principal, estaba sentado un anciano. Por debajo de su sombrero, enmarcados por un rostro con las huellas dejadas por el tiempo, brillaban unos ojos claros con chispas de sabiduría y lucidez increíbles.

—Buenas tardes, señor, busco a don Juan Armenteros —dijo bajándose del Jeep.

—El mismo que viste y calza, ¿para qué soy bueno? —preguntó con voz fuerte y clara.

—En el pueblo me dijeron dónde encontrarlo.

—¿Con quién tengo el gusto? —cuestionó don Juan.

—Soy el periodista Ricardo Armendáriz y vengo a recopilar datos para un trabajo de investigación histórica. Sé que esta era una hacienda llamada Las Marías, y me gustaría, si está usted de acuerdo, que me contara sobre el pasado de este lugar.

—Ricardo, Ricardo... Ha llegado usted al lugar correcto.

Don Juan comenzó a cuestionarlo sobre sus familiares. Le contó que de su padre, la verdad no tenía recuerdos claros, salvo el apellido y lo que su madre le había contado, que era muy poco. De la familia de la madre era otro escenario, sus tías eran muy «históricas». Con frecuencia contaban sucesos de los abuelos con mucha pasión. Por su parte, su abuelo platicaba también de sus aventuras y sus vivencias con sus antepasados, que por cierto vivieron por esos preciosos lugares serranos.

Desgraciadamente, Ricardo era muy joven cuando se tuvieron que ir a vivir lejos de Chihuahua y perdió totalmente la comunicación con los familiares. Creció, estudió y se formó en la Ciudad de México, principalmente, y fuera del país. La madre de

Ricardo fue la última de su familia que murió y entonces, siendo su único hijo, recibió como herencia su casa y todas sus pertenencias, así que regresó a la ciudad de Chihuahua y ahí ha vivido desde entonces, solo, pues no tenía ya parientes, que él supiera.

—Cuénteme de sus tías y sus abuelos.

—Bueno —continuó Ricardo—, sé que vivieron por acá., mencionaban a Guadalupe y Calvo y cuando hablaban de la abuela de mi abuela, se referían a, ahora recuerdo, a... a... ¡Batopilas! —pronunció, como sorprendiéndose a sí mismo, por no haberlo recordado antes.

—¿Cuál era el nombre de su abuela? —cuestionó Juan, mientras su voz temblaba al preguntarlo.

—Era algo así como... María... E... E... (Alguien dentro de él se lo recordó). Sí... Eloísa... ¡Pero el apellido no lo recuerdo!

—¡Ruiz Armenteros! —completó Juan.

Ese apellido: ¡Armenteros! resonó en su cerebro como un golpe.

—¡Sí! ¡Sí! —respondió, mientras sentía que le faltaba el aliento y que el corazón galopaba.

—¡Desde que lo vi y supe su nombre, presentí que era usted a quien esperaba! ¡Un nieto de María Eloísa! ¡Gracias, Dios! —expresó Juan emocionado, mientras los sollozos ahogaron su voz. Inexplicablemente, el nonagenario y el joven recién llegado sintieron el impulso de abrazarse, y Ricardo sintió por primera vez el cobijo y protección paternal, además de un llamado de la sangre y una conexión con sus raíces.

La plática se alargó por mucho tiempo, hasta que llegó la hora de comer, que les dio el llamado a la mesa por el aroma de la comida que llenó su nariz y alborotó los estómagos. Con mucho comedimiento, don Juan invitó a Ricardo a pasar a la cocina, y le dijo:

—No somos muy afectos a hacer comidas delicadas, pero a lo ranchero comemos bien. Una señora de por aquí me hace comida, limpia la casa y me cuida. Y su esposo y sus dos hijos siembran la labor y cuidan los animales, viven del otro lado de la casa.

Después de comer un sustancioso guisado de carne con verduras, frijoles y tortillas de maíz recién hechas, siguieron platicando en la sobremesa.

—Mire usted, me da mucho gusto que haya venido. Como se da cuenta, ya tengo más de 95 años y pronto voy a reunirme con el Creador, de manera que usted ha llegado en el momento indicado para yo poder dejarle algo que me imagino que le interesará. He guardado unas cosas de mi familia por muchos años. De hecho, yo conocí a su abuela María Eloísa muy bien, era la hija mayor de mi tía María Cristina. Hermosa, salerosa, esbelta, tenía un pelo negro largo precioso, sedoso y brillante y estuvo educada a la manera de la abuela Doña Inés, una gran señora en toda la palabra. María Eloísa tenía una voz muy dulce y entonada. Terminó sus estudios de primaria y le ayudaba a las maestras a enseñar a otros niños.

Era encantadora, y bueno, yo era un chiquillo cuando ella ya era una señorita y por eso tengo mis primeros recuerdos de ella muy claros. Era alegre, tenía una risa contagiosa, musical, que se escuchaba por todo el rancho. Yo la quería mucho; todos la queríamos mucho. Posiblemente fue la única que registró en sus «diarios», como decía ella, la vida de todas las tías y también de la abuela, y de los demás. Entonces, yo he guardado, con mucho cuidado, dos petaquillas que quedan del antiguo esplendor de esta hacienda. Una de ellas tiene marcado el nombre de María Eloísa y la he guardado con la esperanza de que algún día llegara algún pariente de ella y se la pudiera entregar. Contiene libros, ropa y recuerdos. Creo que llegó usted en el momento adecuado para poder entregárselas, es su herencia.

Soy el único que queda de la familia. De mis tres hijos ya no queda ni uno, se fueron al otro lado y nunca los volví a ver, supe que murieron por allá y no dejaron familia. Por eso, el único que puede quedarse con estas tierras y con estas petaquillas es usted, así que venga, vamos para mostrarle lo que tengo, dijo.

Ricardo no podía salir de su asombro, se le secó la boca y no pudo decir ni una palabra, solo lo siguió. Entraron por un corredor hacia el interior de la casa que daba a un patio grande, lleno de árboles frutales: naranjos, duraznos y otros tantos más; también había rosales muy grandes. Lo cruzaron y entraron a una recámara muy amplia con vestigios de que había sido una hermosa habitación. Cuando llegaron ahí, don Juan le indicó a Ricardo que lo siguiera a otro cuarto más pequeño, en el que en un rincón se encontraban dos petaquillas, que son una especie de cajones de madera con tapas, esquineros y bordes de lámina, con una chapa. Buscó entre sus cajones y regresó con dos llaves grandes. Abrió una petaquilla que tenía el nombre de la abuela de Ricardo, María Eloísa, con letras grabadas hermosamente en la madera. Al abrirla, salió un aroma de hierbas y flores secas que perfumaban lo que estaba en el interior: efectivamente, había varios cuadernos gruesos, libros, pañuelos bordados, todo acomodado cuidadosamente.

El joven periodista tomó el primero con las manos temblorosas. La escritura era hermosa, elegante y muy clara. Comenzó a leer y realmente se sintió subyugado.

—Ricardo —dijo don Juan—, mejor lea esto cuando esté solo, porque se va a quedar aquí. Voy a decirles que le arreglen un cuarto. Lo invito a que se quede unos días porque quiero mostrarle lo que queda de la Hacienda, ya que quizá pronto le va a pertenecer.

La invitación fue tan directa que Ricardo la aceptó sin resistirse. Y así fue, esa noche, después de cenar y de platicar otro

largo rato con don Juan, se retiró al cuarto que le prepararon y, con un verdadero deleite, a la luz de una lámpara de petróleo comenzó a leer el primero de los diarios.

La madrugada llegó y Ricardo seguía aún sentado junto a la mesita donde estaba la lámpara, entre leyendo y soñando. Casi llegando la mañana, se recostó en la cama y se durmió profundamente. De pronto, un escandaloso grito le despertó. ¿Qué era eso? Volvió a sonar y entonces percibió también un aleteo. ¡Era un gallo! Se quiso levantar rápido y, sin saber cómo, se enredó en la sobrecama y fue a dar con toda su humanidad en el suelo, del lado de la pared.

Entró don Juan asustado por el ruido y, al no ver al muchacho sobre la cama, comenzó a llamarle preocupado:

—¡Ricardo! ¡Ricardo! ¿Dónde está?

—¡Aquí estoy! —dijo con voz desvelada y se paró todavía envuelto en la sobrecama, despeinado y con los ojos a medio abrir.

Don Juan soltó una sonora carcajada diciendo: —Dis... cúl... peme —y siguió riendo. Luego gritó: —¡Rosa! tráigale agua al joven para que se asee —y salió del cuarto todavía ahogando la risa.

No tardó mucho Rosa en llevarle una cubeta con agua y un lavamanos, jabón y una toalla, mientras se le escapaban risitas contenidas.

—¡Apúrese, joven, o se le enfría el almuerzo! —atinó a pronunciar.

Después de almorzar deliciosamente, don Juan lo invitó a ver las tierras. Mientras caminaban, le iba contando más y más detalles de la familia que Ricardo iba atesorando junto con todo lo que había leído en el primer diario de su abuela. Cuando llegaron a las tierras de siembra, se encontraban ahí el esposo de Rosa y sus hijos. Don Juan los presentó:

—Mire, Ricardo, este es Julián, el esposo de Rosa, y estos jóvenes grandotes y fuertes son sus hijos, Jacinto y Miguel. Ellos son los que trabajan la tierra y los que han continuado produciendo maíz, frijol y verduras.

Los muchachos se adelantaron para darle la mano y Ricardo correspondió a su saludo de la manera más atenta.

Caminaron un buen trecho y don Juan le iba explicando todos los pormenores del terreno, de los productos y de los animales que tenía. Después de esa primera caminata, el visitante quedó con las piernas destrozadas, cansadísimo; tanto que en la tarde no se podía mover, de manera que le sugirió a don Juan que, si iban a ver otras cosas, fueran en el Jeep, porque la verdad no estaba hecho a ese tipo de caminatas. Don Juan, con una mirada pícaro y moviendo la cabeza, le dijo:

—¡Ay!, estos muchachos de ciudad.

Sin sentirlos, pasaron cinco días de una manera increíblemente agradable. Ricardo siguió leyendo los diarios de la abuela María Eloísa y conociendo el terreno y a la gente que vivía por ahí.

Don Juan lo presentaba como su nieto y lo empezó a tutear, por lo que Ricardo le empezó a decir «abuelo». Llamarlo así le dio mucha alegría y le hizo sentir parte del lugar y de una familia.

Pasaron dos o quizá tres días más, porque de alguna manera Ricardo perdió el sentido del tiempo y del espacio, vivía en una dimensión que no sabía si era cierta, si era imaginada o quizás era demasiado real. De pronto, una mañana temprano, el sonido de su teléfono celular lo devolvió a su mundo. La voz de su jefe no era muy amable:

—Hola, Ricardo, ¿cuándo regresas? No he recibido ningún reporte desde hace tres días. Necesito que agilices tu trabajo y si es

posible que regreses a Chihuahua, tengo noticias muy interesantes —le dijo a manera de orden, no cabían argumentos por parte de Ricardo.

Con profundo pesar tuvo que decirle al abuelo que debía regresar a Chihuahua, pero que muy pronto volvería, solamente iba a arreglar unas cosas del trabajo.

—Está bien, Ricardo, tienes que arreglar tus asuntos. Pero recuerda que este es tu lugar y aquí te estaré esperando —le dijo su recién descubierto abuelo.

Cuando estaba empacando las petaquillas —con su tesoro y sus cosas personales—, llegó el abuelo visiblemente emocionado con un cofre de madera en las manos, era de tamaño regular, barnizado de tiempo y de recuerdos.

—Siéntate, muchacho. Abre el candado con esta llave, aquí hay cosas que te van a interesar.

Al tomar la llave, Ricardo percibió un leve temblor en las manos del abuelo. Se acomodó en la cama y, al abrir el cofre, percibió el olor de flores secas que había en las petaquillas. No podía creer lo que encontró. ¡Eran fotografías! Muy antiguas, impresas en papel muy grueso y amarillento, pero las imágenes eran nítidas. La primera era una mujer hermosa, peinada con el cabello recogido a la usanza de finales del siglo XIX. Sus ojos eran grandes, claros y su ropa fina, exquisita; estaba parada al lado de una mesita adornada con rosas en un florero.

—Es doña Inés, la abuela, la gran señora —dijo don Juan.

Ricardo siguió buscando y, ¡no lo podía creer! ¡Ahí estaba una fotografía de él mismo! ¡Sí! Era él, solo que con un traje antiguo. Su pose era elegante y emanaba nobleza y señorío. El joven no podía reponerse de la impresión y veía con ojos desorbitados y húmedos al abuelo, con su mirada hacía mil preguntas pues su voz se negaba a salir.

—Es don Ricardo Armenteros cuando tenía más o menos tu edad, ¿qué, unos treinta y cinco años?

—Treinta y cuatro.

—En cuanto te vi llegar, supe que eras de la familia. Tienes un gran parecido con mi abuelo. Eres de la misma altura, ¿qué, un metro con noventa?

—Cinco centímetros más.

—Eres pelirrojo, blanco, igual que él. Tus ojos son de color miel, grandes, dices todo con tu mirada y tus facciones son igualitas. Si te dejaras el bigote y la barba como él, pensaría que volvió a nacer el viejo. ¡Tienes toda la pinta de los Armenteros! Por eso te abrí mi casa y mi corazón de inmediato. Te estaba esperando desde hacía tantos años.

Con esfuerzo, recobró el aliento y la compostura el aludido y siguieron viendo fotografías. Don Juan iba comentando cada una con nombres y posición en la familia. En una caja aparte había fotografías más recientes, la mayoría de gente grande, algunos ancianos.

—¡Espere! A este señor lo conozco.

—¿Cuál? —preguntó don Juan.

—¡Este! —dijo Ricardo tomando la fotografía de un anciano— Hablé con él en Batopilas, estaba afuera del hotel en el que me hospedé. Fue precisamente él quien me indicó dónde buscar la hacienda y por eso estoy aquí.

—¿Cuando pasó eso?

—Hace unos días, antes de llegar aquí.

—¡No puede ser! Esta fotografía es de mi padre, Osvaldo Armenteros; y ¡él murió hace muchísimos años! Yo tenía como 11 años cuando él murió.

Sin poder soportar la situación, Ricardo, pálido y

tambaleante, salió de la habitación. Dando tumbos caminó hacia el campo hasta que no pudo más y se derrumbó sobre unas lajas cubiertas de hierbas con pequeñas flores amarillas que emanaban un aroma parecido al de las petaquillas. Cerró los ojos y se quedó ahí, fuera del tiempo y del espacio.

Ya estaba oscuro cuando lo encontraron. No supo cómo llegó a la casa. Cuando despertó, el sol entraba de lleno por la ventana. El abuelo estaba sentado junto a la cama.

—¡Gracias a Dios que ya despertaste, muchacho! ¡Qué susto nos diste!

—¿Qué pasó, abuelo?

—Te encontraron en el campo ardiendo en calentura. Rosa te dio una bebida y te untó no sé qué y te dormiste toda la noche y todo el día de ayer, sudaste como loco, pero ya estás bien.

—¿Qué día es hoy?

—Es viernes, hijo, apenas son las nueve, pero el sol ya está alto.

—Gracias, abuelo, ya tengo que irme.

—Está bien, levántate y báñate, hueles a lo que te untó Rosa, ¡te van a hacer el fuchi!, je, je. Mientras almuerzas, los muchachos te acomodan todo en el Jeep.

Todavía con un sentimiento de irrealidad, de confusión, llegó Ricardo de su increíble viaje.

Al día siguiente se reportó con su jefe; a grandes rasgos le comentó lo que había investigado y entregó sus reportes. Lucía cansado, demacrado. El jefe lo felicitó por su excelente trabajo y le dijo que tomara vacaciones, en realidad, le correspondían dobles porque no había descansado la Navidad pasada.

Descansaría todo un mes. Pensaba dormir de día y de noche, como un oso. Compró muchas latas de ensalada de atún,

refrescos y jugos, planeaba comer solo eso en los pequeños momentos de lucidez.

La primera noche que dormiría en su cuarto, hizo todo un ritual para no despertar hasta el tercer día. Tomó un largo baño caliente, cenó, acomodó los cojines varias veces y tendió su largo cuerpo en su mullida cama. Eran las nueve con diez.

Sintió una fuerte sacudida y despertó, estaba soñando otra vez aquella fiesta, aquel lugar, aquellas personas que para él ya no eran desconocidos. Miró el reloj, eran las dos de la madrugada. Su mente estaba absolutamente lúcida, de modo que se levantó y se dirigió a sus tesoros para seguir leyendo con verdadera pasión, como un poseído, los demás diarios de su abuela. Las historias le daban vuelta en la cabeza y su mente estaba llena de imágenes, de escenas, como películas. Duró dos días leyendo exhaustivamente y, al terminar, sabía que tenía que darle forma a lo que la abuela había escrito para poder contarlo a los demás y, usando una de las frases de ella, no permitir que estas historias interesantes se perdieran en las tinieblas del olvido.

Así que, sin más, Ricardo se dispuso a contar lo que, con tanto amor, una reportera de aquellos tiempos escribió de las vidas de esas personas tan especiales que conformaron la familia de donde venían sus raíces.

Comenzaría a contar lo que sucedió en la fiesta del sueño, lo que ya había escrito antes y que María Elisa también registró en su primer diario. Ella lo llamó «El inicio de los sueños y de la vida de sus antepasados».

Capítulo IV

Es un día maravilloso de mayo, soleado, primaveral. La casa de don Ricardo Armenteros luce esplendorosa, con veinte habitaciones para invitados, más las de la propia familia, así como las de la servidumbre; una cocina enorme, bien equipada, un comedor grande, una sala de recepciones, el despacho de don Ricardo, la biblioteca, una sala de estar amplia.

En el frente, un amplio jardín con rosales de diferentes colores. En el lado izquierdo de la casa está el zaguán por el que se entra a la cochera y a las caballerizas directamente, pues están al fondo, después de las habitaciones y la huerta. Todos los cuartos están alineados alrededor de un gran patio central, en el centro se encuentra una fuente circular y, repartidas por todas partes, en un despliegue de buen gusto, hermosas plantas decorativas de todos tipos, colores y aromas. En cada una de las esquinas hay naranjos que perfuman con sus azahares. Al entrar en la casa, se observa que el decorado y los muebles son finos y elegantes. Todas las habitaciones con paredes blancas, altas, con puertas y ventanas de madera fina y aromática traída de la costa, tienen una elegancia propia de alguna ciudad grande de la Europa mediterránea, aunque esta mansión se localiza en la hermosa población de Batopilas, Chihuahua, México.

Hoy, se han cambiado las cortinas de diario por las elegantes que se usan en las celebraciones importantes. No es para menos, pues la tercera hija de la familia, la bella María Aurora, celebra su decimoquinto cumpleaños, lo que le permitirá ser presentada en sociedad.

El padre es conocido en toda la región por poseer una de las más grandes riquezas del país debido a que es propietario de una de las minas más ricas en producción de oro y plata (que él descubrió siendo muy joven), además de ser dueño de grandes haciendas ganaderas y un comerciante acaudalado por parte de la

herencia de su padre. Este hombre, de personalidad impresionante, con su alta figura de un metro noventa, siempre bien vestido con trajes hechos a su medida, pelo rojizo, ya entrecano, tez blanca, ojos grandes color miel, bigote ancho, barba de candado a la moda de esos años setentas del siglo XIX, derrocha orgullo de tener una familia tan agraciada.

Su esposa, doña Inés, es delgada, bajita de estatura, blanca, pelo rubio, siempre bien peinada, elegante, de ojos verdes con brillos dorados, largas pestañas, su boca es pequeña como su nariz. Es de carácter dulce pero firme, es una señora en toda la palabra, siempre atenta a llevar los asuntos de su casa de la mejor manera según los modales elegantes y educados de su época. Su hijo mayor, Osvaldo, tiene de su padre el porte elegante, distinguido, es un poco más alto que él, físicamente muy parecido, solo que sus ojos son verdes como los de su madre, al igual que su pelo rubio; usa un bigote fino, sin barba. A sus 23 años es todo un empresario serio, ya administra su propia mina de plata con una producción comparable a la de su padre y tiene una floreciente vida por delante.

El segundo hijo, Andrés, también es alto como su hermano mayor, delgado, moreno claro, pelo oscuro, no usa bigote ni barba, tiene ojos grandes, castaños, facciones finas, a sus 21 años tiene un gran atractivo entre las jóvenes casaderas de la comarca. Es alegre, muy sociable, un gran bailarín y lo único que anhela es llegar a ser como su padre, lo admira tanto que se ha convertido en la mano derecha de él, conoce el manejo de las haciendas perfectamente y es un gran comerciante. Aunque es muy joven todavía, todos le reconocen sus cualidades y lo respetan.

Los nombres de las cuatro hijas, a quienes el padre adora por igual, comienzan con María, por lo que les dice cariñosamente «mis Marías». La hija mayor, María Isabel, es alta, delgada, blanca

con cabello negro, ojos color miel muy claros, grandes y expresivos. Su boca y nariz son regulares como las de su padre, siempre está en movimiento, hablando, riendo, cantando, lo cual hace muy bien, además toca el piano y la guitarra. Es alegre, sociable y donde ella está presente hay fiesta. Los muchachos la rodean como abejas a la flor. Tiene 19 años y aún no piensa en tener un novio formal, lo cual preocupa un tanto a su madre.

La siguiente hija, María Inés, de 17 años, es bajita, rubia, de ojos claros, zarcos, boca pequeña, nariz fina, no muy delgada y con tendencia a subir de peso, por lo que la madre cuida mucho que no se exceda en la comida. Es una magnífica cocinera, su pasión es la elaboración de repostería y postres. Su carácter es dulce, apacible, amable, tiene muchas amigas de todas las edades con las que comparte recetas de cocina y las invitaciones a compartir bocadillos son innumerables. En las fiestas es retraída y prefiere supervisar los platillos que bailar o cantar. Ayuda mucho a su madre en las labores de la casa y la maneja muy bien.

María Aurora, la festejada de hoy, a sus quince años es una criatura angelical, es sumamente blanca, con mejillas sonrosadas, facciones finas, rubia, ojos verdes, alta, muy delgada debido a sus frecuentes ayunos. Desde pequeña ha buscado la lectura de vidas de santos y devocionarios. Es reservada pero no triste ni aburrida, sus hermanas la buscan para contarle sus secretos y ella los guarda como tesoros. Es diligente y dulce. Esta fiesta en su honor la turba, la incómoda, no quiere ser el centro de atención, pero su padre la ofrece con cariño y eso es lo que importa.

María Cristina, de apenas trece años, es encantadora, con el pelo rojo como su padre, ojos verdes, grandes y expresivos, nariz y boca pequeñas. Las hermanas dicen que es la preferida de papá. Es algo caprichosa, le encanta cultivar flores, plantas medicinales

y ya conoce mucho del tema. Este día parece ser ella la festejada. Anda de aquí para allá viendo que los arreglos florales que ella ha elaborado estén puestos donde debe ser. Es poseedora de una dulce voz que acompaña muy bien a su hermana mayor en un hermoso dueto.

El más pequeño de la familia, Miguel, tiene diez años y es un niño inquieto, travieso, más bien malcriado, que no obedece a nadie. Hace lo que quiere y todo el día corretea por todos lados. Es el vivo retrato de su madre y el consentido de ella. Su pelo rubio siempre anda despeinado por más que sus hermanas se empeñan en alisarlo. Sus ojos claros, a veces verdes y otras azules, son alegres y pícaros. Este día ha jugado por toda la casa, pues sus hermanas y su madre han estado muy ocupadas.

Desde temprano, la actividad ha sido mucha y constante. La servidumbre no para de limpiar y ordenar pisos, muebles, cortinas, manteles, adornos florales y tantas cosas más. Doña Inés parece estar en todas partes a la vez y las hijas se han bañado y arreglado para estar listas a las nueve, pues es la hora de recibir invitados al desayuno, para eso han elegido vestidos vaporosos y claros; también tienen ya listos sus vestidos para usar en la comida, un poco más formales y, por supuesto, sus galas especiales para la cena y el baile.

Por todos lados hay fragancias de jabones y lociones que las chicas han encargado especialmente para usar hoy. Las habitaciones emanan fragancias francesas exquisitas que invaden buena parte de la casa.

El comedor, de elegante estilo francés, ya está preparado, las viandas también y la señora de la casa muestra un ligero nerviosismo, pues quiere que todo sea perfecto en este día.

Comienzan a llegar los invitados, familias elegantes llegan

en carruajes. Saludos cordiales, comentarios de viaje, risas y gran contento inundan la casa. Todo va bien, ya han llegado casi todos los invitados, los de fuera han sido instalados debidamente en las habitaciones preparadas especialmente para ellos. El joven Osvaldo se ve inquieto, espera a alguien que no está seguro de que vendrá, es la mujer más hermosa que haya visto jamás.

La conoció en la ciudad de Parral hace tres meses, estaba junto a su padre en la Oficina de Minería, alta, rubia, con los ojos azules, claros como el cielo, que le miraban amables. Fueron presentados por el padre de ella, don Carlos Heisser, de origen alemán, distinguido hombre de negocios, viudo reciente, dedicado completamente a su única hija, vivo retrato de su madre. De ahí en adelante todo fue un sueño, todo era perfecto en ella. Su nombre, Elisa.

Hace una semana que la volvió a ver y claro que les llevó una invitación a la fiesta de su hermana. El padre comentó que vivían en una hacienda cerca de Parral, por lo que no sabía si llegarían a tiempo, pero que lo intentarían.

Ya era mediodía, Osvaldo perdió la esperanza de que llegara su amada, así que se unió a la familia en su papel de joven anfitrión. De pronto, escuchó que un carruaje arribaba y se iluminó el día, como un sol maravilloso, vio aparecer a su amada escoltada por su amante padre. Corrió a recibirlos y se encargó personalmente de atenderlos, presentarlos a sus padres e instalarlos en las habitaciones dispuestas de antemano para ellos, la felicidad inundaba el rostro del joven. Hoy le pediría la mano de Elisa a su padre y diría al suyo que anunciara el compromiso aprovechando la fiesta de su hermana, pues no podía esperar más.

Transcurrió el día entre risas, juegos, conversaciones amenas. Todo en gran armonía y grata convivencia. El banquete

de mediodía fue exquisito de principio a fin. Después de un descanso, todos se prepararon para la cena y el baile de la noche. Cada una de las chicas Armenteros lucía radiante: María Isabel, María Inés y María Cristina portaban vestidos de tela vaporosa de color azul claro elaborados por la Sra. Moliere, la mejor costurera de la ciudad de Durango y de todo el norte del país. Eran damas de su hermana, quien se veía como un ángel envuelta en un vestido blanco con encajes y lazos perfectamente armonizados, este vestido lo había encargado doña Inés a la Ciudad de México, a la casa de modas «Parisina» con la anterioridad necesaria. Todos veían a María Aurora con ojos de admiración, pero había algo en ella que intimidaba a los jóvenes a acercársele, pues irradiaba una pureza angelical que la envolvía como un halo. Sus hermanas y amigas la rodeaban con alegría.

Transcurrió la cena, magnífica, según fue expresado por todos los participantes, y llegó el momento de comenzar el baile. Por supuesto, lo inició don Ricardo danzando con su hija un precioso vals de Strauss que la orquesta de cámara del lugar interpretaba de una manera extraordinaria. El segundo vals fue del joven Andrés, quien bailó con María Aurora junto con las demás hermanas y amigas que eran sus damas de honor y los elegantes jóvenes que les acompañaban. Después, todos participaron.

María Isabel, en el jardín, se vio pronto rodeada de un grupo de admiradores con quienes coqueteaba y reía encantada. De pronto, se acercó su hermano Osvado y le pidió que se acercara para presentarle a un amigo que deseaba conocerla. Arturo Richardson, empresario minero, inglés de nacimiento, que recientemente había adquirido minas en Ocampo. Al mirar aquellos ojos de un azul intenso, Isabel sintió que un mar profundo la absorbía, y al estrechar su mano firme y cálida, una descarga

de energía la sacudió. Con la voz más melodiosa y varonil que jamás había escuchado, la invitó al salón y todo desapareció de su alrededor, solo existía aquel hombre con quien bailó toda la noche.

De pronto, don Ricardo pidió la atención de todos para hacer un anuncio. Utilizando palabras bien pensadas, acordes a la ocasión, hizo el anuncio del compromiso matrimonial de su hijo Osvaldo con la bella Elisa Heisser, la fecha de la boda se les daría a conocer en el momento oportuno. Llovieron las felicitaciones y los suspiros de frustración de algunas damitas que aspiraban a ser ellas las elegidas.

Doña Lucía Rodarte Díaz viuda de Carbajal, distinguida dama de la localidad, con una sonrisa del tamaño de su cara, se acercó a la gentil María Inés, quien compartía recetas con otra amiga, y la abordó directamente con la pregunta:

—Y tú, querida, ¿no piensas ya en casarte?

La pregunta sorprendió a la joven y no acertó a contestar. Doña Lucía, con un gesto de triunfo, la abrazó y, sin más, le pidió que tratara a su hijo Raúl, quien era su más ferviente admirador y adoraba la repostería que ella hacía. Luego, con un gesto, la dama llamó a su hijo y usando una alegre voz le comentó que Inesita lo aceptaba como novio y que muy pronto anunciarían su compromiso.

El muchacho, con las mejillas rojas, apenado, besó la mano de la chica y se aceptó la relación. Inés solo sonrió mirando al joven de rostro aniñado, blanco con mejillas sonrosadas y ojos redondos, negros y pestañudos; no era muy alto ni muy esbelto, pero pensó que era agradable y que seguramente llegaría a quererlo mucho. Doña Lucía también le habló a doña Inés y, sin preámbulos, le contó la grandiosa nueva, lo cual casi hizo que esta se desmayara, pero finalmente, haciendo gala de su educación y de su hermoso

abanico, se sobrepuso y se dejó abrazar por la feliz consuegra y por el nervioso futuro yerno.

María Aurora, en un momento de alivio de saludos y felicitaciones, salió al jardín respirando el aire saturado de aroma de azahares y ahí, a solas, vio con claridad lo que anhelaba para su vida. Ya antes lo había pensado, pero esa noche, alejada un poco del bullicio de la fiesta, tomó la decisión: se iría al convento de las Carmelitas de Durango, sí, era lo que más deseaba. Mañana mismo se lo diría a sus padres, seguramente la entenderían.

Ya era de madrugada cuando se retiró el último invitado. La familia, contenta, hizo los últimos comentarios sobre el acontecimiento y se retiraron a descansar, cansados pero felices, cada uno pensando y a punto de soñar en el feliz futuro que le aguardaba.

Siguieron los festejos por toda una semana. Paseos, cenas, tertulias en donde las chicas Armenteros lucieron sus dones artísticos y culinarios y las parejas de enamorados: María Inés y Raúl, María Cristina y Arturo, Osvaldo y Elisa disfrutaron sus romances bajo las miradas cariñosas y complacidas de sus padres. María Aurora también tenía muy claro cuál sería su destino. Todo era felicidad.

Pasaron los meses y la alegría de la vida próspera y placentera de esta familia continuaba, hasta que comenzaron los sueños, uno a uno, a cobrar vida.

Capítulo V
María Aurora

Aquel día de su fiesta de cumpleaños, de sus quince primaveras, fue el momento que necesitaba para tomar la decisión más importante de su vida. Siempre había anhelado entregarse al servicio de Dios. Desde pequeña, ansiaba que su madre le leyera historias de santos, de la Virgen María, de Cristo, de ángeles y milagros; aprendía oraciones y rezos largos y los decía con tal devoción, que sus hermanas le pedían que los repitiera una y otra vez, cuando algo las asustaba o impresionaba iban con ella y le pedían que rezara por ellas.

Cuando habló con sus padres al respecto, su padre se puso serio, no esperaba que su hija quisiera ser monja. No le agradó la idea, así que guardó silencio. Su madre, en cambio, no se sorprendió, la conocía tan bien. La apoyó de inmediato, aunque sabía que la perdería para siempre, que se alejaría de ella y no la vería casarse, ser madre y compartir con ella su vida cotidiana; aun así, la abrazó y la envolvió en una mirada llena de amor, luego la encaminó a la puerta y se dedicó a convencer a su amado esposo de apoyar a su hija y ayudarla a realizar su sueño.

Lo primero era investigar a dónde dirigirse. Buscaron al padre González, pues desde que se inició la persecución por las nuevas leyes de Reforma no se podían abrir los templos, de modo que los sacerdotes andaban escondiéndose por las rancherías y daban misas y otros servicios por las casas de personas caritativas que los acogían y los atendían. Muchos sacerdotes prefirieron colgar los hábitos y formaron sus propias familias.

No tuvieron éxito de encontrar al padre González, así que doña Inés y su hija fueron a Durango a buscar el convento de las Carmelitas Descalzas. Iban acompañadas de tres mozos y una sirvienta: Jacinta, de dieciocho años, una muchacha simpática y alegre, siempre dispuesta a realizar de inmediato lo que le mandaran.

Buscaron por varias iglesias, pero todas estaban cerradas y entre los vecinos nadie les daba razón de los sacerdotes ni de conventos. Cuando preguntaban en alguna casa, simplemente les cerraban las puertas. Se hospedaron con una prima lejana de doña Inés, donde fueron recibidas amablemente, pero cuando supieron a qué iban, cambiaron radicalmente su trato. La prima les pidió que se marcharan pronto, pues ella iba a salir a México en unos días y no quería dejarlas solas en su casa.

Un día, una de las criadas de la anfitriona le dijo a Jacinta dónde estaban las monjas Carmelitas. Era una casa particular, pues el convento había sido cerrado. La gente no quería hablar de ellas porque sabían que había persecución y si el gobierno sabía que alguien conocía del paradero de los sacerdotes y las monjas se iban a ir contra ellos; nadie quería perjudicar a los religiosos. Era algo muy delicado, le suplicó que no dijera que ella le había dado información.

Una señora de mediana edad abrió la puerta cuando llegaron al siguiente día al lugar indicado. Con muchas reservas, las hizo pasar y después de mucho rato, una monja anciana les recibió. Aurora casi se desvaneció de la emoción.

—Hijas mías, me da mucho gusto que haya jovencitas que aún busquen a Nuestro Señor para entregarle su vida, sobre todo en estos tiempos tan difíciles. Ustedes saben que el gobierno persigue a la iglesia y han quitado propiedades y cerrado templos, conventos y escuelas, de manera que, por lo pronto, no hay manera de ingresar al servicio de Dios. Las monjas de nuestro convento están repartidas en casas de gente buena que las esconde y cuida de ellas. Aquí solo estamos tres y la verdad ya somos mucha carga para la familia. En Guanajuato hay otra comunidad, quizás allá puedan tener más suerte, pero de antemano les advierto que en todos lados tenemos

los mismos problemas. Les voy a dar la dirección, solo les pido que sean muy discretas. También dejen su dirección para comunicarme con ustedes en caso de que cambien las cosas.

Se despidieron de la religiosa con un sabor de tristeza y frustración. Sentían que las había tratado de disuadir de seguir intentando que Aurora ingresara en un convento. Hablaron largamente madre e hija al respecto y decidieron continuar en su empeño.

Al día siguiente, prepararon el carruaje y los caballos para salir rumbo a Guanajuato. La prima les despidió con gran alivio. Los caminos de Durango eran secos y solitarios, el calor del mes de julio era muy pesado, en cada arboleda que encontraban, se detenían a darles descanso a los animales y buscaban agua para refrescarlos y darles de beber. Los viajeros llevaban agua para ellos y fruta, así como comida ligera, de manera que comían refrigerios en cada parada.

Tenían que llegar a la siguiente población para pasar la noche, ya que no era seguro el terreno para acampar: estaba muy desolado. Eran tres días de camino, por lo que debían tomar precauciones para que les alcanzaran los alimentos.

La primera noche del viaje, viendo que era tarde y no había ninguna población cerca, buscaron un lugar para descansar y uno de los mozos se adelantó para buscar un refugio. Encontró un rancho cerca y, con gran alivio de todos, se dirigieron hacia allá. No había luces en la casa y nadie respondió a sus toques en la gruesa puerta, de manera que se acomodaron en el portal y se prepararon para pasar la noche. Hicieron una fogata, Jacinta y uno de los mozos prepararon tortillas de maíz y un guiso de carne seca. Tomaron café y cenaron. Doña Inés contó historias que les hicieron reír y pasar un rato agradable, luego, tranquilamente se dispusieron a dormir.

Serían las cuatro de la mañana cuando los despertó un fuerte ruido de galopes y gritos de hombres que maldecían y peleaban entre ellos. Cuando llegaron a la casa se acercaron al campamento; eran cinco, con malas maneras despertaron a los indeseados inquilinos:

—Eh, ¿qué hacen aquí? ¡Levántense!

Los mozos se levantaron rápido, asustados. Antonio, el mayor de ellos dijo:

—Nomás queremos pasar la noche aquí. En cuanto amanezca nos vamos.

—¿Cuántos son y di'ónde vienen?

—Somos tres y venimos de Durango

—Pos veo más bultos acostados. ¿Qué no son gentes?

—Sí, son tres más.

—¿Son mujeres? Oigan, vengan a ver, aquí hay viejas.

—No les haga nada, es mi patrona, su hija y su criada. ¡Por favor, no las toquen!

—¡Quítate o te quiebro!

Llegaron los otros hombres y, a golpes, aventaron a los mozos a un lado. Con rudeza, levantaron las cobijas de las mujeres, viendo a cada una acercando sus sucias caras para distinguirlas bien.

En eso estaban cuando Jacinta se puso de pie y les dijo:

—Mis patronas vienen muy enfermas de viruela y se las van a pegar, déjenlas, train hasta calenturas. No las muevan. Aquí estoy yo.

Los hombres, borrachos y malolientes, envolvieron a la muchacha con miradas libidinosas y se abalanzaron contra Jacinta, al hacerlo, tropezaron unos con otros, cayendo al suelo los cinco. Forcejearon un rato.

Uno de ellos ganó la delantera y, caminando a gatas, se acercó a Jacinta, quien agarrando un leño grueso alcanzó a golpearlo en la cabeza. Con el ataque inesperado, trastabilló y cayó desmayado cuan largo era. La sorpresa hizo que los otros se quedaran paralizados, Antonio aprovechó el momento y atacó a otro. Los dos mozos con piedras se fueron contra los demás.

Doña Inés cogió una piedra grande y la dejó caer sobre el primer hombre caído que comenzaba a reaccionar. Aurora solo acertó a pararse atrás de su madre. El borracho que estaba más alejado se acercó a Aurora por la espalda y le sujetó las manos tratando de derribarla, pero esta mordió con todas sus fuerzas un brazo de su atacante, quien la aventó al suelo y le dio un puntapié muy fuerte.

Doña Inés se volvió y saltó con todas sus fuerzas sobre el hombre, se le colgó del cuello apretándolo, sin dejarlo respirar, hasta derribarlo. Jacinta, con el leño, le propinó un tremendo golpe en la cabeza. Siguió la lucha por un rato, pero al final los cinco hombres estaban inconscientes. Con gran rapidez, los mozos sacaron una gruesa soga y, sentando juntos a los cinco maleantes en círculo, los amarraron como un manojo. De inmediato, recogieron entre todos el campamento y, casi sin hablar, montaron en el carruaje y tomaron el camino a Durango. Ahí descansaron solo lo necesario y enfilaron a su tierra.

Aquella terrible experiencia convenció a María Aurora de esperar en casa noticias de los sacerdotes que pudo localizar y de la monja de Durango. Cada mañana amanecía con la esperanza de que ese sería el día afortunado, pero a medida que se hacía tarde, se recluía en su cuarto a llorar su frustración.

Pasaron meses y luego años. María Aurora acompañó a sus hermanos en sus alegrías y en sus penas. Luego, se refugió en

la hacienda grande. Sus esperanzas de realizar su sueño cada día eran menos. Cuando la familia se tuvo que ir a Guadalupe y Calvo y recomenzó su vida social, ella no pudo acompañarlos más y con lágrimas suplicó a la madre que le permitiera recluirse en la hacienda de «Las Marías». Solo necesitaba un cuarto aislado. Esa sería su celda y su convento. Prometía no causar problemas, únicamente les rogaba a todos que le dejaran entregarse a Dios. Haría voto de silencio y de reclusión. Oraría en silencio por quien tuviera alguna necesidad, solo escribirían en un cuaderno los motivos. Practicaría el ayuno y tendría en su celda lo más indispensable.

María Aurora no escuchó los ruegos de sus padres y hermanos para que tuviera una vida normal y finalmente se retiró de la vida mundana. La gente le buscaba para que rezara por ellos y su cuaderno de peticiones se tenía que renovar con mucha frecuencia, pues lo llenaban pronto. Todos aseguraban que Dios les hacía milagros por la oración de aquella santa mujer. También se decía que en las noches, cuando ella velaba orando, una luz blanca y hermosa salía por la pequeña ventana de su celda y que música celestial con voces de ángeles se escuchaba por toda la rancharía. Mucha gente percibía un fuerte aroma de azucenas que les hacía sentir una paz muy grande.

Capítulo VI

María Isabel

Desde aquel día maravilloso en que conoció a Arturo, la vida era un verdadero sueño hecho realidad. En la fiesta de su hermana Aurora, al mirar los ojos azules de aquel hombre, fue como si se hubiera lanzado a lo profundo del mar y ahí se hubiera fundido con su amado. Al día siguiente de la fiesta siguieron paseos, tertulias en donde sus cantos, bailes y risas solo eran para él y por él. La tarde en que Arturo se despidió de ella le dio su primer beso de amor. Sintió que el mundo se detenía y al mismo tiempo que explotaba en mil estrellas de colores; el piso desapareció y por un momento se elevó por los aires, era solo una plumita mecida por el viento. Sabía que había encontrado el verdadero amor, que sería suya para siempre. Arturo le pidió que fuera su novia y prometió que en un mes volvería para pedir formalmente su mano y planear su boda, deseaba que fuera su esposa lo más pronto posible.

Arturo había llegado a estas tierras junto con su hermano Joseph buscando fortuna. Cuando encontraron la fabulosa mina de oro «La Vikinga», se hicieron socios y comenzaron a amasar una verdadera fortuna. La mina se encontraba en la sierra cercana a Guadalupe y Calvo, en un terreno de riscos, justamente la entrada estaba bordeada por riscos y despeñaderos muy impresionantes. Los lugareños contaban que esa mina había sido descubierta por vikingos reales que habían llegado antes que los españoles, la riqueza era tanta que los fantasmas o ánimas de los descubridores la guardaban y ahí ocurrían cosas muy espeluznantes: se apagaban cachimbas, les tiraban piedras, les escondían las herramientas, se oían voces, gritos, se veían sombras, en fin, contaban muchas cosas.

Pero los Richardson no hacían caso y trabajaban la mina con entusiasmo; trataban bien a sus mineros, así que las cosas iban muy bien. Los dos eran solteros, Joseph a la sazón tenía 35 años,

era el mayor, un solitario que no anhelaba tener compromisos, disfrutaba la amistad de las damas que conocía, pero nada más; sin embargo, su hermano sabía de la chica inglesa que él amó tanto y que por compromisos familiares se había casado con un Lord muy rico. Aunque ellos eran de la nobleza, su fortuna no igualaba a la de aquel hombre, por lo que ambos decidieron venir al nuevo continente a buscar un mejor futuro y realmente lo habían hallado. Por su parte, Arturo sí soñaba con encontrar el amor, a sus 28 años esperaba que la mujer de sus sueños apareciera. Cuando conoció a María Isabel en aquella fiesta en Batopilas, supo que era ella en cuanto la vio y escuchó su melodiosa voz. Al saber que era hermana de su amigo Osvaldo, inmediatamente le pidió que se la presentara. Comenzó un noviazgo maravilloso, ahora sabía que su felicidad estaría completa cuando pudieran casarse y formar una familia, quería tener muchos hijos.

Cuando formalizó su relación con María Isabel, Arturo adquirió una hacienda cerca de la ciudad de Parral, era grande, ganadera y agrícola. Contrató a la mejor gente que pudo, su amigo y cuñado Osvaldo le ayudó mucho. También mandó construir una casa estilo inglés con las mayores comodidades, pues sería el palacio de su reina.

La primera en casarse fue María Inés; luego de un tiempo prudencial, siguió Osvaldo y, justo en la boda de él, se anunció el compromiso de María Isabel con Arturo. En ambas ocasiones Arturo estuvo junto a ella, siempre atento, enamorado, complaciente con su amada. Fijaron la boda para seis meses después. De ahí fue una locura comenzar a preparar el acostumbrado ajuar: sábanas, toallas, manteles, todo lo que pudiera llevar bordadas las iniciales de su amado y las ella, entrelazadas con lazos y flores, diseños finos y elegantes que con mucho amor le ayudaron sus hermanas y su

madre a diseñar. Después, fue necesario coser y bordar su propia ropa interior, y de todo.

Por supuesto fueron a Durango a mandar hacer su vestido de novia, fue el más hermoso que pudieran imaginar, todas las mujeres Armenteros la acompañaron y, como un coro de palomas, volaban y gorjeaban junto a la futura novia. Las demás también eligieron sus propias galas para la ocasión. Por supuesto, el novio pagaría «las donas», o sea, todos los ajuares. María Inés se encargaría del pastel de novios y del banquete, María Cristina de los adornos florales y María Aurora de auxiliar a todas. En ese revuelo fue pasando el tiempo, María Isabel preparando la boda, Arturo arreglando la casa con todos los muebles y accesorios. Su propio hermano estaba involucrado con gran interés, tanto que ya buscaba entre las señoritas casaderas una esposa para él mismo.

Arturo había encargado una diadema de brillantes a un diseñador de la Ciudad de México, un famoso joyero, y preocupado porque no llegara a tiempo, decidió ir personalmente por ella. Calculando los tiempos de su viaje en tren y lo que pudiera tardar en regresar a Batopilas, le pidió a Osvaldo que estuviera pendiente de que todo se hiciera como lo habían planeado, él llegaría justamente el día de la boda, llevaría la diadema a su amada precisamente a tiempo para la ceremonia. Eso serviría para que no estuviera tan nervioso en esos momentos. Osvaldo bromeó con Arturo pidiéndole que no fuera a faltar a su propia boda y le aseguró que, por supuesto, todo estaría listo cuando llegara.

El viaje de Arturo se hizo sin complicaciones, todo iba dentro del tiempo previsto. La joya de su amada era una maravilla. Su traje y todo lo que él usaría ya lo tenía en Batopilas, solo llegaría a asearse y arreglarse para hacer realidad su sueño. La última etapa del viaje lo tuvo que hacer a caballo, venía acompañado por

cuatro arrieros a los que les tenía gran confianza, traían las mulas cargadas de regalos que Arturo había comprado en México. La joya se la encargó a Chema, el arriero más joven.

—Si nos llegan a asaltar, a ti ni se te arriman, nadie pensaría que traes lo mejor. Si llegara a pasar, cuida tu vida y entrega esa diadema a como dé lugar, no se te olvide.

—Con mi vida respondo, ya sabe, pero no va a pasar nada. ¡Ya verá!

Salieron muy temprano, pues la boda sería al día siguiente a las doce del mediodía. A media mañana, los caballos empezaron a relinchar nerviosos y las mulas a parar las orejas, era algo raro. Como a la hora, oyeron ruidos de caballos, eran varios, no podían ubicar de dónde venían los ruidos, hasta que al dar una vuelta en el camino, se vieron rodeados de indios, no sabían si eran tepehuanos o tarahumaras. Se veían impresionantes, eran ocho y cada uno traía a su mujer en ancas.

—No se asusten, venimos en paz, solo queremos compañía y unas gordas. Tenemos hambre.

—Ya vamos a parar a comer, llegaron a tiempo —dijo Arturo.

Se bajaron todos, buscaron un planito para sentarse, junto a un arroyo, y los arrieros rápidamente sacaron harina para hacer tortillas y carne seca para hacer un guiso. Un indio les indicó con la mano que se esperaran, junto con otros dos, se alejaron y como a la hora llegaron con un venado muerto. Con gran destreza, lo desollaron y cortaron, luego lo pusieron a asar. Con gran algarabía comió todo el grupo. El que comandaba a los indios les preguntó que a dónde iban y otras cosas. Arturo contestaba con cautela, tratando de parecer natural y estar tranquilo. Cuando iban a levantar el campamento, comenzó a llover fuertemente, de modo

que solo se guarnecieron junto a unas peñas y tuvieron que seguir ahí con aquella compañía. La tarde se vino encima y oscureció muy pronto. Seguía lloviendo.

—Ya se nos hizo tarde, mejor nos quedamos con ustedes a pasar la noche —dijo el indio jefe. En su lengua le ordenó a su mujer que sacara unos guajes con tesgüino. —Ándele, es bueno pa'l frío. Está fuerte.

Arturo y sus hombres aceptaron tomar aquello y, de pronto, todas las mujeres sacaron más y más de aquella bebida y comenzaron a ingerirla. Les pasaban la bebida a los hombres de Arturo y éste con la mirada les hacía señas de que tomaran poco. Se hicieron los dormidos y les desearon buenas noches. Se apartaron un poco para acostarse. Los indios seguían tomando y haciendo mucho escándalo. Caía una ligera llovizna. Un gran grito los despertó ya entrada la noche. Los indios, ya muy borrachos, bailaban brincando con un ritmo extraño, las mujeres sentadas en un grupo aparte también cantaban y aplaudían con el mismo ritmo monótono.

Arturo y los demás estaban nerviosos, no sabían qué hacer, solo observaban. Finalmente, el sueño los venció. Todavía estaba oscuro cuando algo despertó a Arturo. Los bailes y los cantos eran menos fuertes, algunos indios ya no estaban. Una india estaba cerca de él, le aventaba piedras pequeñas y se reía mirándolo con deseo. Se comenzó a acercar, cuando ya casi lo rozaba, un grito agudo rompió la noche. Como un relámpago, un indio dio un salto enorme, derrumbó a la mujer y el filo brillante de un hacha se hundió en el cuerpo de Arturo. Los demás indios, con la misma rapidez que su jefe, se abalanzaron contra los demás arrieros, descargaban sus hachas y machetes una y otra vez con gran saña, gritaban horrendamente. No descansaron hasta que estuvieron empapados de sangre.

Chema estaba cuidando las bestias atrás de los demás, estaba dormido. Con el primer grito despertó, ya no quiso saber más. Comenzó a correr y correr, cuando sentía que los pulmones le iban a explotar, paraba un poco y luego seguía. No supo cuándo dejó de oír los alaridos, pero siguió su camino sin detenerse.

Por fin llegó el día anhelado, María Isabel se levantó más temprano que de costumbre, tomó un baño perfumado y comenzó el revuelo. Los invitados ya habían llegado un día antes, así que el bullicio era grande. Todo mundo iba de aquí para allá. Habían arreglado el salón grande con un hermoso altar pues ahí sería la misa, el sacerdote ya estaba dispuesto.

María Isabel lucía su vestido de novia, su velo largo, su corona de azahares, su ramo. Ya eran las once del día y no sabía nada de Arturo, seguramente se estaría arreglando en su habitación; sabía que ella tenía que esperar en la suya hasta que su padre viniera por ella, así que con muchos nervios confiaba en que pronto la llamarían. Todos se dirigían al salón, cada quien lo mejor que podía lucir. Arturo no aparecía, Osvaldo estaba muy nervioso. Ya había tardado mucho. ¿Qué pasaba?

Se oyeron voces en la entrada de la casa. Unas mujeres recibían a alguien, pero emitían gritos de horror. Todos se dirigieron hacia allá y vieron a Chema, con la ropa desgarrada, sangrando de todo el cuerpo. Buscaba a la señorita María Isabel con un estuche, desvariaba y decía:

—¡Le cumplí, patrón! ¡Le cumplí! ¡Denle esto a la señorita Isabel, se lo manda el patrón Arturo!

Doña Inés recogió el estuche y se lo llevó a su hija, ella lo abrió, sacó la diadema, se la puso, sabía que ya era la hora. Doña Inés, pálida, no podía hablar. María Isabel salió de su cuarto, feliz, a encontrarse con su amado. Todos le preguntaban a Chema por

Arturo, por los demás, y este solo pudo decir:

—¡Los mataron! ¡Los indios los mataron! ¡A todos!

Fue en ese preciso momento en que María Isabel iba entrando al salón cuando alcanzó a oír la voz de Chema y, corriendo, se abalanzó sobre él y le preguntó con un grito:

—¿Y Arturo? ¡Dime qué le pasó!

Chema, con los ojos muy abiertos no hallaba qué decir, estaba petrificado.

—¿Qué le pasó? ¡Dímelo!

—Está muerto.

Primero, María Isabel se enderezó, completamente pálida, aturrida, por unos segundos estuvo paralizada. Luego, mirando sin ver a su alrededor, comenzó a caminar lentamente hacia la puerta de la casa y de repente, aventando la diadema al suelo, jalándose los cabellos, corrió hacia la calle, cruzó el pueblo y siguió hasta el monte. Aullaba, gemía con un dolor inmenso. Corría entre los breñales desgarrándose el vestido, el velo, la piel; tropezaba, se caía, se levantaba de nuevo y seguía su carrera loca. Andrés, su hermano, fue el primero en reaccionar y montando el caballo que estaba más a la mano fue tras ella, le siguieron su padre y Osvaldo.

Andrés perseguía a su hermana por sus gritos más que por vista, así por un largo rato. Se internó en una arboleda muy espesa, no podía verla, solo la oía. De pronto, el silencio. Cuando llegaron los demás, buscaron por todas partes, el tiempo pasaba y nada. Ya estaba oscureciendo cuando Osvaldo escuchó un gemido. El terreno bajaba abruptamente hacia un arroyo angosto. Bajó y ahí la encontró, golpeada, con un tobillo lastimado y sangrando por raspones en las piernas, brazos y cara. Con gran cuidado la subió al caballo y la llevó a casa. Cuando llegaron, la muchacha venía inconsciente.

La gente se retiró consternada. El hermano de Arturo,

acompañado por los hermanos de María Isabel y otras gentes, fueron a buscar los cadáveres. Los tuvieron que enterrar ahí mismo pues era imposible trasladarlos. Estaban destrozados. Había rastros de la rapiña que hicieron de sus pertenencias, nada se pudo rescatar.

Joseph, con gran dolor, decidió vender la mina y todas sus posesiones para regresar a Inglaterra lo más pronto posible.

En cuanto María Isabel se recuperó físicamente (que no de su mente, pues estaba completamente perturbada, en otro mundo), la familia se fue a la hacienda con Andrés. Solo la madre, acompañada por unos cuantos sirvientes, permanecieron en la casona vacía.

Capítulo VII

María Inés

Su vida había sido tan sencilla, tan feliz. Adoraba a sus padres, a sus hermanos y hermanas. La vida en Batopilas era maravillosa. Aquella noche de la fiesta de María Aurora se transformó de jovencita soñadora en una mujer comprometida a casarse con un buen hombre, bien parecido y de buena posición económica.

Después, siguieron días de muchas preparaciones: su ajuar de bodas con sábanas y toallas bordadas; elaboración de ropa, elección de su equipo de novia, viajes relacionados con el acontecimiento, reuniones sociales. En fin, un mar de cosas que hacer y por fin, la boda. Fue un sueño realizado. Todo salió perfecto. Luego, su viaje de luna de miel a un pequeño poblado de la costa y su regreso a su amado pueblo. Se instalaron en la casa de su suegra.

Doña Lucía tenía dos hijos: Roberto, el mayor que abandonó la casa en cuanto el padre murió, le exigió a su madre la herencia que según él le correspondía y se fue, sin importarle el dolor que dejaba atrás. Raúl, el hijo menor, aun cuando era muy joven entonces —solo tenía quince años—, se hizo cargo de ayudar a su madre a continuar trabajando los negocios de su padre que eran una hacienda ganadera y el comercio de sus productos. La unión de madre e hijo se hizo cada día más fuerte, de ahí que ella se preocupó de conseguir una buena esposa para él, diez años después.

La vida se deslizaba tranquila, la señora de la casa era doña Lucía y María Inés, la hija dulce y sumisa que preparaba comidas exquisitas y postres al antojo de la suegra, quien incrementó sus actividades sociales para lucir el talento de su nuera. Poco a poco, la joven fue anidando en su corazón la idea de tener su propia casa y manejarla a su gusto, sobre todo cuando supo de su primer

embarazo; quería darle a su hijo un verdadero hogar. Se dedicó a apoyar a su madre como antes, la visitaba a diario y compartía con sus hermanas la felicidad de esperar la llegada de su pequeño, todas le tejían prendas con gran amor e ilusión. Cuando nació su hijo, a quien pusieron el nombre de su suegro, Juan, todos disfrutaron con ella su gozo. Compartió la alegría del casamiento de Osvaldo y la preparación del de su amada hermana Isabel... y sufrió con ella y la familia la gran tragedia.

Aun cuando la gente deseaba ser amable con María Inés y le daban condolencias continuamente por lo sucedido a su hermana Isabel, era insoportable para ella que murmuraran a sus espaldas cada vez que la veían, ya no deseaba acompañar a su suegra a las reuniones sociales ni preparar postres ni platillos, se volvió reservada y se entregó por entero a cuidar a su hijo. Su esposo, aun cuando la amaba mucho, no entendía su actitud y ante los continuos reclamos de su madre de que la obligara a ser como antes, comenzó a decirle insistentemente lo que doña Lucía quería. María Inés, agobiada, sin siquiera discutir, le comunicó a su esposo que si no se la llevaba del pueblo y le ponía casa aparte, ella y su hijo se irían con su familia a la hacienda grande. No podía continuar viviendo así, de modo que debía decidir con quién se quedaba. A los pocos días cambiaron su residencia a la hacienda ganadera de Raúl.

María Inés se dedicó a remodelar la casa grande, transformó el patio interior, así como los jardines y la huerta. También hizo cambios en la servidumbre, llenó de luz y alegría aquel lugar que antes era solo un lugar de trabajo para su esposo, ahora era su casa. Raúl ya casi no iba al pueblo, pues su mundo estaba aquí.

Habían pasado dos años. Cuando la fortuna de su padre se fue a pique y su familia tuvo que dejar la casa de Batopilas, ayudó

como pudo a su madre y después les visitó en Guadalupe y Calvo, en su nueva casa.

Un tiempo después, cuando ya esperaba a su segundo hijo, llegó un mensajero de parte de doña Lucía, pidiéndole a Raúl que fuera de inmediato a verla. Cuando llegó a su casa, lo primero que vio fue al Padre González saliendo de ahí, iba triste y lo saludó solo con un gesto de la mano. Corrió a la recámara de su madre y ahí estaba acompañada de su inseparable amiga doña Rita y una sirvienta. Doña Lucía dormía, así que su amiga lo invitó a salir del cuarto y lo llevó a otra habitación: la salita de estar de su madre, en donde cerró la puerta y le contó al apesadumbrado hijo sobre lo acontecido últimamente. Hacía como una semana que Roberto, el hermano mayor, había regresado; su madre, olvidando el pasado, lo recibió amorosamente.

Como al tercer día de su llegada, Roberto le pidió a su madre que despachara a las sirvientas pues quería pasar el día con ella y él mismo prepararle unos bocadillos que había aprendido a hacer. Luego, le exigió que le entregara todo los bienes que tenía en casa. Tomó dinero, joyas, objetos de oro y plata, en fin, lo que pensó que podía vender y obtener ganancias. Doña Lucía se opuso a que la saqueara de ese modo, pero Roberto le gritó y la maltrató con golpes y empujones; finalmente, la encerró en la recámara y salió huyendo cuando ya era de noche. Al día siguiente, doña Lucía abrió su ventana y comenzó a gritar por auxilio. Los vecinos acudieron a ayudarla; ella, por pena, no les dijo la verdad, solo que se había quedado encerrada por accidente.

Pasaron tres días de esto, cuando a eso del mediodía llegaron unos hombres a caballo cargando una mula con un cuerpo. Fue un hombre que asaltaron unos gavilleros, le robaron todas sus pertenencias. Lo encontraron muy malherido y solo tuvo tiempo de

decirles quién era, les pidió que le entregaran sus restos a su madre, les dio el nombre y la dirección y les suplicó que, por piedad, le dijeran a su madre que lo perdonara, que había sido un mal hijo y estaba muy arrepentido.

—Como comprenderás —continuó la buena señora—, fue necesario sepultar a tu hermano de inmediato, pues ya venía muy mal. Tu madre no lo pudo ver, pues ya no se reconocía. El padre González hizo una misa y todos le acompañamos en el entierro. No pudimos esperarte. Tu madre se puso muy mal y aquí estoy, cuidándola. Le va a ayudar mucho verte a su lado.

Cuando doña Lucía despertó, Raúl estaba junto a ella y ya no se apartó de su lado. En cuanto pudo viajar, después de dos semanas, la llevó a la hacienda y ahí María Inés con gran ternura la cuidó, preparándole comida especial y sus postres favoritos. Entre oraciones y mimos, doña Lucía se recuperó de su pena y de su salud. Después de un tiempo, le pidió a su hijo que vendiera la casa de Batopilas y todo lo que tenía, ella se quedaría a vivir con ellos. La nuera comprendió que era lo mejor y realmente necesitaba la ayuda de la suegra para atender a sus hijos, ahora que serían dos.

Al nacer su segundo hijo, otro varoncito a quien llamaron Ricardo, por el padre ahora de María Inés, hubo complicaciones. Vino el médico del pueblo a atenderla y les comunicó que ya no podría ser madre de nuevo. Esa noticia la entristeció grandemente, pues anhelaba mucho una hija, y otras dos más: aspiraba tener una gran familia. Sin embargo, agradeció a Dios por sus dos hijos y decidió disfrutarlos cada día con todo su corazón. Así pasaron tres años.

María Inés fue relacionándose cada día más con la gente de la hacienda y, en una ocasión en que fue a buscar a una de las trabajadoras para que le ayudara a plantar la huerta, conoció las

casas donde vivían todas las familias de sus peones. Su corazón se dolió de ver a los niños casi sin ropa, descalzos, sucios, desnutridos, corriendo entre patios llenos de aguas pestilentes, entre perros y gatos sarnosos, entre una que otra gallina flaca. Las casitas de puro adobe, ya muy desgastadas. Se acercó a una de ellas y se asomó brevemente por la puerta, pudo observar un cuarto con piso de tierra, muy barrido, con una tarima de madera tendida cubierta con una cobija vieja, una mesa y tres sillas de madera que apenas se podían sostener. En un rincón, una estufa de adobes y una olla de barro sobre ella, olía a frijoles. Habló fuerte, saludando y llamando por su nombre a la muchacha que buscaba:

—¡Lola!, ¿estás aquí?

Rápidamente, una mujer extremadamente delgada salió de la penumbra de otro cuarto, se acercó a la puerta y le impidió que viera hacia adentro, se paró en el marco y con voz áspera le dijo:

—Aquí no vive Lola, deje mandar uno de mis chiquillos pa' que le hable, ahí quédese.

María Inés se acercó a un árbol descuidado y se cobijó con su sombra. A pesar del mal olor que flotaba en el lugar, no se percató de unas heces humanas que estaban ahí y las pisó, ensuciándose un botín. Con asco y desagrado trató de limpiarse pisando unas piedras y raspando el pie en la tierra. Estaba en esa tarea, cuando llegó Lola alisándose el delantal y, en un impulso, se arrodilló a los pies de la señora y con su delantal siguió limpiando el zapato. María Inés, conmovida por este gesto, la tomó de un brazo y la levantó, sentía un nudo en la garganta. Con gran dificultad, le pidió que fuera más tarde a la casa grande para que le ayudara con la huerta. La muchacha la acompañó a la carreta pequeña en que viajaba la patrona, su rostro iluminado con una gran sonrisa.

A partir de ese día, María Inés ya no podía vivir en paz disfrutando de sus comodidades. Habían renovado las letrinas y puesto unos escusados modernos. En sus habitaciones tenía un cuarto de baño con una tina de porcelana blanca decorada con pequeñas flores, en donde era una delicia sumergirse por largos ratos en agua tibia, perfumada con agua de colonia que impregnaba su piel por horas. Usaba cremas y lociones finas y sus pequeños estaban bien cuidados, limpios, alimentados con lo mejor.

Un día, se decidió a hablar de eso con su esposo, le contó lo que había visto y le pidió que hicieran algo para mejorar la situación. Si la dejaba, ella misma los ayudaría a mejorar sus casas, a construir letrinas, sembrar huertas y otras cosas. Hablaría con las mujeres. También quería enseñarles a leer y escribir a todos los niños y a las mamás y a los hombres que quisieran. Había tal fuego en los ojos de su amada, que Raúl accedió, con la condición de que no descuidara a sus hijos ni a la casa, ni se expusiera al andar entre aquella gentuza. Al escuchar María Inés a su esposo hablar de ellos de esa forma, se indignó grandemente y le prohibió que se expresara así de ellos.

Desde ese mismo día, comenzó a trabajar en la transformación del caserío de los peones. Su mano derecha era Lola, soltera, de no más de veinte años, morena, delgada pero vigorosa; su rostro era muy agradable, sobre todo la sonrisa que siempre lo iluminaba. Con una gran simpatía, se llevaba bien con todas las mujeres, sabía cómo hablarles y convencerlas de hacer las cosas. Pronto, reunió un grupo de mujeres decididas a transformar su comunidad, al principio eran pocas, pero poco a poco se integraron todas, y ellas convencieron a sus hombres.

Comenzaron por enjarrar sus casas, las encalaron, arreglaron puertas, ventanas. Limpiaron el manantial que había

cerca y, con acequias, llevaron el agua hasta sus casas. Construyeron letrinas que mantenían limpias. Los frentes de sus casas lucían ordenados y coloridos por las flores de sus pequeños jardines. Entre todas las mujeres sembraron una gran huerta de hortalizas, plantas medicinales, árboles frutales. Cada una tenía a su cargo cuidar una sección y todas compartían el fruto de su trabajo. Levantaron corrales con gallinas y pavos, de donde pudieron mejorar su dieta con huevos y carne. María Inés les consiguió cinco vacas y algunos cerdos que cuidaban con esmero, pues sabían que los productos eran para ellos.

Aprendieron a hervir el agua que tomaban, hicieron con piedras y barro cocedores de pan. María Inés les enseñó a elaborar toda clase de pan y repostería; también a envasar de todo, incluso carne, y acondicionaron una bodega para guardar sus productos. Formaron el taller de costura, donde aprendieron a hacer la ropa de su familia y muchas otras cosas. En cuatro años, aquel lugar no se reconocía: los niños se veían sanos, las mujeres y los hombres trabajaban contentos. Como resultado, la producción de la hacienda en general mejoró mucho.

Pero María Inés no estaba conforme. Cuando comenzó a enseñar a sus hijos a leer, supo que era necesario que todos los niños de la hacienda aprendieran también. Se dio a la tarea de acondicionar un bodegón como escuela, el cual estaba en medio de un campo donde guardaban implementos de labranza y ella misma era la maestra. Lola y seis amigas la auxiliaban y aprendían con ella. Poco a poco se fueron agregando hombres y mujeres que querían aprender a leer como sus hijos. Doña Lucía acompañaba a su nuera en sus labores y hasta se hizo cargo de los niños más pequeños, les enseñaba a dibujar.

Quando Lola se casó, asistieron los patrones, incluso Raúl.

Fue una boda alegre, compartieron todos como una gran familia. María Inés estaba feliz, había encontrado sentido a su vida.

Se conoció en toda la región la obra de los Carbajal. Entre los hacendados hubo disgusto y se reunieron para detener la situación, pues sus peones también querían un trato más justo. Primero buscaron a Raúl. Una tarde llegaron a su casa para hablar con él; le plantearon que era necesario que cambiara su actitud, que metiera en cintura a su mujer. ¡Cómo era posible que hasta una escuela tuviera en su hacienda! ¿Para qué les enseñaba a leer a esos desarrapados? ¿Qué buscaba conseguir? Emplazaron a Raúl: si en un mes no acababa con esa situación, ellos lo harían. Don Roque Sarmiento, el hacendado más rico de la región, esperó a que los demás hacendados se retiraran y pidió hablar en privado con Raúl.

—Mira, Raúl, yo fui amigo de tu padre, juntos comenzamos a trabajar estas tierras y le ayudé muchas veces a defenderse de los ataques de los indios. Nos costó mucho levantar nuestras propiedades. De hecho, siempre me ha gustado mucho esta hacienda. Ahora que mi hijo mayor quiere establecerse por su cuenta, he pensado que a lo mejor quisieras vender. Te doy un pago justo y respetaré lo que ha hecho tu mujer. Es una buena oferta. Si no aceptas, me consideraré tu enemigo y tú sabes a lo que te expones. Podrías perder todo lo que tienes, hasta tu gente. Piénsalo y me avisas.

—Así lo haré. Yo le aviso.

—Y más vale que sea pronto, antes del mes.

Raúl pasó toda la noche en su despacho, no sabía qué hacer. Sabía que las amenazas de esta gente eran algo muy serio. Pero era perder todo lo que su padre había hecho, lo que su madre amaba tanto. Ya habían perdido la casa del pueblo y ¡ahora esto! Eran las cinco de la mañana cuando María Inés extrañó a su esposo en la

cama; extrañada, fue a buscarlo y al verlo en su despacho con una actitud desolada, preguntó:

—¿Qué pasa, querido? ¿A qué vinieron esos hombres?

—No pasa nada, querían tratar asuntos de negocios, ve, acuéstate. Todo está bien.

No quería preocupar a su esposa ni a su madre. Intentaría convencerlas de que se fueran de viaje y que dejara la escuela. Ya habían hecho demasiado por la gente.

Al día siguiente, tuvieron una charla familiar. Planearon tener unas vacaciones y viajar, los niños necesitaban ver escuelas donde seguir sus estudios. Irían a México, a Guanajuato y a otras partes, pero antes, comentó María Inés, era necesario mandar a los niños grandes de la hacienda a Durango, donde habían conseguido lugar para ellos en un internado, ahí estudiarían algo más, en un mes o dos estarían listos para viajar.

Con el alma en un hilo, Raúl veía pasar el tiempo y cuando faltaban dos días para el plazo que le dieron, muy temprano, llegaron corriendo unos hombres:

—¡Patrón, patrón! ¡Se está quemando la escuela!

Salieron corriendo Raúl, María Inés y los sirvientes. Cuando llegaron a la escuela, ya no había nada que hacer. Se había quemado todo. Afortunadamente estaba aislada de las casas, por lo que no se propagó el fuego. A un lado de la puerta quemada, estaba enterrada una estaca con el fierro de herrar de don Roque amarrado en el extremo. Raúl entendió el aviso.

Al llegar a casa después del suceso, Raúl, desesperado, les contó a su mujer y a su madre cómo estaban las cosas. Esto era un adelanto de lo que podían hacer. Después de conversar un rato, decidieron vender a don Roque, le pedirían que cumpliera la promesa de respetar lo que habían logrado con los peones.

Raúl recogió el fierro de don Roque y fue a verlo por la tarde. Concretaron la venta de la propiedad. Todo el ganado y la producción de lo que estaba sembrado, así como la casa con todos los muebles y bienes entraban en el trato. No se llevarían nada, salvo cosas personales. El pago era justo, por lo que todo estaba tratado.

María Inés fue a buscar a Lola y a las mujeres, les contó lo que pasaba. Les encargó que no dejaran caer lo que habían logrado, que fueran valientes y no se rindieran, que siguieran preparando a sus hijos para seguir adelante, en sus casas podían reunirse a estudiar, y que logaran el proyecto de trabajar en el taller de costura para vender ropa en el pueblo. Ella y su familia se irían a Guadalupe y Calvo, a «Las Marías». Les pidió que le escribieran y la tuvieran al tanto de todo. Se despidió con lágrimas.

Realmente tuvieron el viaje que planeaban hacer, llegaron a «Las Marías», a su parte del terreno, se instalaron en la casa de doña Inés. Toda la familia Armenteros los recibió con alegría. Estarían otra vez juntos todos. Construirían la casa de María Inés entre su esposo y sus hermanos y la acondicionarían de la mejor manera.

El corazón de María Inés brincó de gusto cuando supo que en la región, entre sus familiares y los trabajadores, había muchos niños que necesitaban estudiar, por lo que encargó como prioridad que le construyeran una escuela grande, había tanto por hacer.

Capítulo VIII

Don Ricardo

En su memoria aún sonaban las voces de tanta gente amistosa que disfrutó aquella hermosa celebración de los quince años de su amada María Aurora. Después del baile, siguieron toda una semana de festejos: días de campo, paseos, saraos vespertinos, cenas formales y sus hijos disfrutando de sus romances y él y su amada Inés de sus amistades. Todo era perfecto, así como los cinco años siguientes. Su fortuna creció, no podía ser más feliz. Sus hijos de alguna manera hicieron su vida. Él, como buen patriarca, los veía soñar... y vivir. Los acompañó en todo, en lo bueno y en lo malo. Era fuerte, sabio.

Aquel día, llegaron los hombres y con caras largas solo dijeron: don Ricardo, tiene que venir a la mina, ha pasado algo muy grave. De inmediato, don Ricardo dispuso su viaje, que era de varios días. En el camino, los hombres no hablaron con don Ricardo, solo susurraban entre ellos de vez en cuando y obedecían al patrón cuando ordenaba algo.

Al llegar, vio a todos los trabajadores reunidos en un llano cercano a la boca de la mina, muy serios. El encargado, Dionisio Bencomo, se acercó y sin preámbulos le dijo:

—La veta se acabó. Ya no sacamos nada. Los hombres han trabajado todo el mes y ha sido en vano. La mina está seca. Abrieron un tiro allá, donde se acaba el cerro, pero tampoco hallaron nada.

—Algo se podrá hacer, no es la primera vez que «La Reina» nos da un susto.

—No, don Ricardo, ahora sí va de veras.

—Bueno, déjame ver qué podemos hacer, por lo pronto hay que calmar a la gente. Dales la paga que les debemos y lo que les traje, ve con los arrieros y descarguen.

Esa noche, don Ricardo no pudo dormir. No hacía ni tres meses que había encargado una gran cantidad de materiales para

ayudar a despejar la entrada de la mina que se había inundado, así como otras herramientas que tenía que renovar. Tenía que pagar todo eso y lo que más le preocupaba era el embarque que tenía pendiente para su socio en Inglaterra. Era muy grande y el tiempo apremiaba; si no cumplía, seguramente lo iba a demandar y eso desencadenaría muchas complicaciones.

Pasaron tres semanas de trabajo exhaustivo, buscaron dentro de la mina, hicieron nuevos túneles, más tiros, se gastó toda la dinamita que tenían, además de otros materiales, y nada. Finalmente, los mineros hablaron con Dionisio y pidieron que el patrón pagara lo que debía porque ellos se irían a otras minas a buscar trabajo. Se iban. Si volvía la veta, estaban dispuestos a regresar, pero ya no podían estar así.

Don Ricardo, después de que Dionisio le contó lo que pasaba, mandó un «propio» de su confianza a pedirle a Andrés que le mandara lo necesario para cumplir con los pagos de su gente.

Pasaron dos semanas y no recibía noticias; al fin llegó el mensajero, todo golpeado, con la mala noticia de que los habían atacado y les robaron todo el dinero que Andrés le mandaba. Don Ricardo le pidió a Dionisio que lo acompañara, junto con veinte hombres, a conseguir el dinero, para que esta vez protegieran la remesa y llegara a su destino. Se buscaron los hombres más confiables y partieron rumbo a Parral.

El Banco de Minas de Parral era lujoso y los empleados muy amables con su cliente favorito. El gerente se deshacía en reverencias para con don Ricardo. Sin problemas, muy pronto se cubrió lo requerido y la caravana, después de un merecido descanso, volvió a la mina con el preciado cargamento que el dueño les encargó entregaran a los mineros.

Apenas iba a descansar un poco en un hotel antes de volver

a Batopilas, cuando don Ricardo fue abordado por dos caballeros. En la calle, frente al hotel, le llamaron por su nombre con un raro acento extranjero:

—Don Ricardo, lo estábamos buscando. Mi nombre es Ralph Lewis, abogado de la firma Simmons de Londres, vengo representando a la Compañía Summerson, con la cual usted tiene un compromiso. Permítame presentarle a Mr. Charles Redson, uno de los socios de la compañía.

—Mucho gusto, don Ricardo.

—Igualmente —contestó el interpelado con la voz ronca, pues su boca se había secado de pronto—. Permítanme invitarles un café.

La plática fue muy larga, con muchos términos legales y técnicos que don Ricardo escuchaba como si estuviera muy lejos. Finalmente, se concluyó con la advertencia de que tenía que pagar los gastos del viaje y de la demora en la entrega de la remesa de oro y plata con que se había comprometido; que se le daban seis meses para cumplir con el compromiso previo, de lo contrario se procedería judicialmente contra él.

Quedaron de verse en el banco al día siguiente a las diez de la mañana para entregarles el dinero convenido, por si había que hacer aclaraciones o algún papeleo. El rico empresario, con semblante serio, volvió al lugar.

—Don Ricardo, ¿nuevamente por aquí? Qué gusto atenderlo de nuevo. ¿Qué puedo hacer por usted? —se percibía un leve cambio en el tono del banquero.

Don Ricardo le expuso brevemente que necesitaba un préstamo grande con urgencia, pues al día siguiente debía hacer un pago. Hablaron largamente y al final obtuvo el anhelado dinero con la garantía de los almacenes y de la hacienda grande «Los

Manantiales», la que administraba su hijo Andrés, donde vivía ahora una parte de su familia. Con un apretón de manos se dio por terminado el trato, acordándose que toda la papelería y los trámites los haría el abogado del banco, quien le llamaría a firmar lo que se requiriera en cuanto estuvieran listos.

Fueron varios días de visitas al abogado, firmas, pláticas, acuerdos, hasta que finalmente don Ricardo se pudo regresar a la mina, pasando antes a su casa en Batopilas, en donde puso al tanto a su esposa de la situación. Le pidió que fuera arreglando todo, pues quizá necesitarían irse por un tiempo a la hacienda «Las Marías», más allá de Guadalupe y Calvo. Aquellas tierras estaban un poco descuidadas, pues pocas veces habían tenido tiempo de vivir ahí. Él le avisaría al encargado que arreglara la casa grande.

Cuando llegó el patrón a la mina, Dionisio lo recibió con la misma estima de siempre.

—Don Ricardo, ¿qué le pasó? Mire nomás qué flaco viene, ¿pos qué, se enfermó? Ya está lista su casa, deje que mi vieja le dé una buena comida pa' que se reponga.

Fueron días de trabajo agotador. Dionisio, sus dos hijos y don Ricardo, hombro a hombro, desde el amanecer hasta la noche buscaron dentro y fuera de la mina el ansiado mineral. Nada, «La Reina» no resurgía.

—Patrón, ya no queda material para buscar. Se acabó todo. Creo que lo mejor es pararle aquí, los muchachos ya no quieren seguir y yo tengo que mantener a mi familia. Mañana empezamos a cargar nuestras cosas para irnos —Dionisio era la imagen de la derrota.

Esa noche cayó la primera nevada. Ya habían pasado los seis meses del plazo. Con una lámpara y su bolsa de herramientas, el gambusino Ricardo salió en la madrugada para la mina, como

una sombra fantasmagórica se internó en ella y duró todo el día.

En la tarde, Dionisio lo buscó para despedirse, pero nada del patrón. Mandó a su hijo mayor, Chon, a buscarlo, y ya tarde en la noche volvió solo.

—Apá, el patrón está como loco arañando las piedras allá abajo y no quiso venirse.

—Vamos pa'llá. —Luego le gritó a su esposa—: ¡Lupe, busca una cobija y la botella de lechuguilla y síguenos!

Alumbrándose con un quinqué, salieron los tres caminando lo más rápido que podían. Hacía mucho frío, húmedo. Dionisio se acercó a la boca de la mina y llamó a gritos a don Ricardo. No contestó.

—Hijo, llévame a donde lo viste la última vez.

Bajaron un buen trecho y ahí estaba, todavía picando la piedra. Tenía el rostro desencajado, sudoroso y desvariaba. Hablaba y hablaba, pero no se le entendía nada.

—Don Ricardo, ya véngase con nosotros, mañana le seguimos, ya tiene usted mucho tiempo aquí abajo, ya deje eso.

Dionisio trató de jalar al hombre, pero este, con una fuerza increíble, lo empujó y se volvió para seguir trabajando. Siguieron intentando convencerlo de que saliera, sin conseguirlo. Pasó mucho tiempo, y al ver que no salían los hombres, Lupe se paró cerca de la entrada y con un grito fuerte, que retumbó adentro de la mina, dijo:

—¡Allá adentro, o salen pronto o entro por ustedes!

—Vieja, es que don Ricardo no quiere salir, no nos escucha, ni caso nos hace, ya no sabemos qué hacer.

—¡Ah, no! ¡Oiga, don Ricardo, o sale por su propio pie, o entro por usted, y ya sabe lo que le pasa a una mina si una mujer se mete, así que ya decida, si no sale de aquí a que yo cuente diez, ¡voy y lo saco!... Uno...

Al llegar a siete, ya estaba fuera don Ricardo con la cara desfigurada de coraje diciendo una sarta de improperios que el mismo Dionisio no se imaginaba que un hombre tan correcto y educado pudiera ser capaz de pronunciar.

Le dijo a Lupe muchas cosas feas, pero tan pronto como salió, esta le aventó la cobija a Dionisio y entre él y su hijo Chon lo envolvieron, haciéndolo caer; luego, Lupe le acercó la botella de lechuguilla y le dio un trago y luego otro.

Después de toser al pasar los tragos, don Ricardo se desvaneció. Tenía mucha fiebre. Con gran dificultad lo cargaron entre los tres a la casa. Lo acostaron en su cama y Lupe llevó un «unto» de coyote y yerbas muy bueno para curar estas enfermedades; lo cubrió con su unguento, luego con varias cobijas, le hizo tomar una bebida bien caliente, puso una silla junto a la cama y se sentó, dispuesta a cuidar al enfermo. Dionisio puso lumbré en la chimenea del cuarto y ahí se estuvieron los dos velando.

Muy temprano salieron los hijos de Dionisio, Chon y Lino, a buscar al patrón Andrés hasta la Hacienda Grande. Tres días después, volvieron. Andrés traía un carruaje y tres mozos. Don Ricardo seguía dormido, pero la fiebre ya había cedido.

Al quinto día despertó el enfermo y comió su primer caldo de gallina con arroz, de ahí, todo fue mejorando y a la semana salieron rumbo a la hacienda don Ricardo, Andrés y los mozos, y rumbo a la ranchería de Pineda, Dionisio y su familia. La mina quedó sola, impresionantemente silenciosa.

Cuando llegaron a la hacienda, ya estaba ahí doña Inés. Toda la familia estaba reunida apoyando al padre, quien poco a poco se restablecía.

Después de una semana, Osvaldo tuvo que irse a atender sus asuntos. Fue una sorpresa que a los dos días volviera. Su rostro

reflejaba gran preocupación. Primero habló con Andrés, luego con su padre. Había llegado una notificación del juez: le pedían que acudiera con la mayor rapidez a la capital, a Chihuahua, por asuntos relacionados con sus tratos con la compañía minera inglesa y con el Banco de Minas. Sus hijos irían con don Ricardo.

Llegaron a la capital y lo que sucedió fue una vorágine. En unos cuantos días, el acaudalado don Ricardo Armenteros perdió toda su fortuna, la mina, la hacienda «Los Manantiales», los almacenes, la casa de Batopilas, de la que dijeron que no podía sacar ni una cuchara. Lo único que le quedó fue la hacienda «Las Marías». Don Ricardo intentó rescatar algo más, habló con conocidos, con amigos influyentes, fue inútil. Osvaldo con voz sombría le dijo:

—Papá, ya no se puede hacer nada, debemos irnos.

Las palabras resonaban con acento hueco en el cerebro de don Ricardo: «ya no se puede hacer nada».

Capítulo IX

Doña Inés

Después de que su esposo volviera de Chihuahua, doña Inés, con prudencia y cuidando que no fueran notorias sus acciones, comenzó a despedir servidumbre, argumentando ante las sorprendidas amistades que desde que sus hijas ya no estaban en casa, eran pocas las reuniones que ofrecía, pues ya solo invitaba a sus queridas amigas y al padrecito González, cuando podía venir al pueblo a escondidas.

Poco a poco se fue quedando con los más indispensables: Lencho, el mayoral, con sus hijos Juan y Ramón y sus esposas: María, Tencha y Jacinta. Ellos se encargaban de la huerta, del jardín, de los caballos, el carruaje, las carretas, los encargos, y ellas de limpiar la casa (no toda, ya habían cerrado las habitaciones de los invitados y de las señoritas Isabel, Aurora y Cristina, solo se usaban las de la señora y del joven Miguel, que ya tenía quince años). María era la esposa de Lencho, y la cocinera, ama de llaves e incondicional dama de compañía de la señora de la casa.

Muy temprano, por muchos días, doña Inés se levantaba con un llavero enorme que sonaba con sus pasos, se encerraba en la que fue la recámara de Osvaldo y ahí, sola, empacaba cosas en las petaquillas que había podido conseguir. Eran cajones de madera de un metro de largo por cincuenta centímetros de ancho por sesenta de alto; estaban forrados de lámina gris con chispas rojas y azules por fuera, tenían esquineras plateadas. Por dentro tenían forros de telas de alegres estampados, gruesas. Fueron guardadas dentro cortinas, sábanas, ropa interior de mujer, piezas de tela de diferentes texturas y colores, costureros con hilos, botones, en fin, todos los enseres femeninos que cupieron. Cada petaquilla se cerró con llave. Eran diecisiete.

Comenzó a mandar a la hacienda de María Inés aquel cargamento, pidiéndole que las guardara en su sótano por un

tiempo. También le mandaría poco a poco cajones con artículos de la casa que quería llevarse a «Las Marías».

En los días siguientes, después de desayunar, doña Inés y las mujeres empezaron a empacar cuidadosamente en los muchos cajones grandes que consiguieron (del tamaño de dos petaquillas cada uno), vajillas, cubiertos, lámparas, trastos de cocina, adornos y muchas otras cosas más que la señora consideraba adecuadas y, con la ayuda de los trabajadores, los cerraron con tapas bien clavadas y también los mandó a la hacienda de María Inés. Eran veintiséis.

Mientras guardaban unas vajillas, limpiaban cuidadosamente cada pieza y platicaban, recordando tantas y tantas celebraciones que habían tenido como familia. Las muchachas le pedían a María y a doña Inés que les contaran anécdotas de aquellos tiempos.

—Ándele, señora, cuéntenos de aquella cena, cuando vino el joven Federico Ríos.

—Bueno, ¿te acuerdas, María?, creo que nunca pasó algo tan memorable.

Eran los festejos posteriores a la boda de María Inés, María Cristina tenía catorce años y estaba ilusionada con aquel joven, sobrino de Clarita, la viuda de don Carlos Ríos, una persona muy estimada en el pueblo. Bueno, pues ese joven era de un aspecto muy romántico, muy blanco, pálido; sus grandes ojos eran negros con una mirada triste y daba la impresión de estar siempre melancólico, pero en realidad era muy tímido y no le gustaba mucho asistir a reuniones. Pero María Cristina le insistió para que viniera esa noche a la cena que se daría. Por supuesto, le apartó un lugar junto a ella para así tener oportunidad de conversar con él. El joven Federico llegó un poco tarde, cuando ya los comensales ocupaban sus lugares.

En el recibidor, estaba una pequeña y delicada mesa con una libreta para escribir recuerdos y pensamientos de los invitados para los novios, al igual que un tintero y una hermosa pluma de oro. A un lado había un perchero grande para los sombreros. Cuando el joven colgó su sombrero, tropezó con la mesita y derramó un poco de tinta negra en ella. Intentando remediar su error, sacó pronto su fino pañuelo blanco de seda y limpió las manchas, lo guardó y pasó al comedor. La impaciente María Cristina le llamó a ocupar su lugar, él saludó a la concurrencia y a su tía con una leve inclinación de cabeza y se sentó.

Cuando se sirvió el plato principal (pollo en salsa de almendras), Federico intentó trinchar su pieza, pero al hacerlo, el muslo saltó y cayó en el plato de su vecina de enfrente, la señora Lozoya, una aristocrática y refinada dama. Su hijo Ramón, que estaba junto a ella, con un movimiento rápido, tratando de evitar un problema, lo lanzó de nuevo para enfrente y fue a caer en la salsera que estaba enfrente de María Cristina, salpicando a la chica en el pecho y escote de su hermoso vestido rosa.

Federico, apenado a lo sumo, sacó su hermoso pañuelo blanco e intentó quitar las salpicaduras del vestido, logrando solo pintarlo con la tinta que antes había limpiado. La joven abrió la boca pero no logró articular nada. El consternado galán, sin poder soportar más la vergüenza, se levantó para retirarse, pero al hacerlo, el hermoso fistol que adornaba su corbata se enganchó en el encaje del mantel y jaló todo lo que había en la mesa. A punto de llorar, el joven apresuró su salida dejando ensartado el fistol en el mantel, desparramado el banquete en el suelo y manchados trajes y vestidos. Olvidó su sombrero y a su afligida tía, quien salió corriendo tras él. María Cristina corrió a su cuarto, llorando amargamente, y los invitados pasaron a la sala a degustar un delicioso postre con café.

—¡Ay, señora! ¡Qué de recuerdos quedan aquí!

—Así es, María, pero vamos a terminar de empacar, que el tiempo apremia.

Cuando finalmente terminaron y mandaron todo a la hacienda de María Inés, fue tiempo de partir. El joven Miguel y Juan, el hijo de Lencho, salieron rumbo a la hacienda grande a avisarle a don Ricardo, Andrés y las señoritas Armenteros que ya se fueran para «Las Marías». No llevaban carga, solo sus caballos.

Doña Inés y los demás solo llevaban una carreta con pocas cosas y el carruaje. Con anticipación suficiente, la patrona había cosido en sus enaguas bolsas con todas las joyas de la familia. Bien disimuladas. Salieron todos una madrugada sin decir nada, solo cerraron la casona con grandes candados.

Era como al mediodía cuando detrás de un cerro cuatro jinetes de mal aspecto les cerraron el paso. Obligaron a los hombres a detenerse, abrieron los cajones y los baúles que llevaban, sin encontrar nada valioso. Luego bajaron a las mujeres y les registraron las bolsas que cargaban, se asombraron de que la señora no llevara ni una joya puesta. Después, con gran cinismo, les ordenaron recoger todo y los escoltaron un buen trecho del camino para que «nadie los asaltara».

Después de viajar sin más contratiempos, se reunió la familia en la hacienda «Las Marías», que era muy grande. Repartirían equitativamente las tierras entre todos los hijos y nuevamente harían fortuna.

Don Ricardo se veía siempre taciturno, casi no hablaba. Se sentaba en el portal y su mirada se perdía en el horizonte, así pasaba las tardes. Poco a poco llegaron todas las cosas que María Inés guardaba y se almacenaron en el sótano de la casa grande. Un día, con un gran llavero en sus manos, doña Inés llevó a su esposo

y a sus hijos al sótano y, abriendo cada petaquilla, fue sacando lo que contenían de ropas y luego, con unas grandes tijeras, rasgó los forros y ahí estaban, acomodadas con cuidado, planchas de oro de 25 por 15 centímetros con un grueso de cuatro, en el fondo de cada petaquilla. 16 en cada una. En las esquinas, apiladas, montones de cincuenta monedas de oro en cada uno, una sobre otra. Eran los ahorros de doña Inés. Desde que se casaron, don Ricardo acostumbraba regalarle a su esposa planchas de oro como una muestra de la calidad del oro de su amada mina. Ahí estaban, todas. Las monedas eran parte del dinero que cada mes llegaba a las manos de la señora. Nunca gastaba todo y guardaba para lo que se ofreciera. Después de la sorpresa, toda la familia decidió que abrirían unos grandes almacenes en Guadalupe y Calvo. Construirían un gran edificio de tres pisos. Abajo estaría la tienda y arriba las habitaciones de la familia. De inmediato comenzaron a realizar sus planes.

Después de veinte meses fue la gran inauguración. Una enorme fiesta, la bendición de un cura y la magnífica tienda «Casa Armenteros» comenzaron a dar elegancia a la alta sociedad del poblado y de los lugares vecinos. Se vendía ropa, sombreros, finas telas, mercería en general y doña Inés contrató a las mejores costureras y sastres de toda la región para confeccionar prendas a la última moda para las damas y caballeros que acudían a su establecimiento. Además, se contaba con una sección de abarrotes y se encontraba prácticamente de todo.

Don Ricardo y doña Inés atendían el negocio con un amplio número de empleados, y ahí vivían sus hijas Isabel y Cristina. Aurora prefirió quedarse en la hacienda con su hermano Andrés. Osvaldo vivía en Chihuahua en una lujosa

mansión y, con él, Miguel, quien realizaba ahí sus estudios. Todo volvía a ser maravilloso. Después de algunas tormentas terribles, la familia Armenteros brillaba de nuevo. Las señoritas Isabel y Cristina alternaban con la mejor sociedad y eran el centro de las reuniones y festividades que se realizaban con frecuencia. Todo estaba cada día mejor.

Capítulo X

Andrés

¡Cuántas cosas aprendió junto a su padre: a ganar, a perder, a soñar, a vivir...! Era un buen administrador de la hacienda grande, por eso don Ricardo lo dejaba hacer las cosas a su entender. Y siempre le rindió buenas cuentas. Cuando pasó lo de la mina ya no era un jovencito, habían pasado cosas muy tristes en su familia. Él solo apoyaba sin decir nada.

Ahora comenzó a administrar «Las Marías». No era fácil. Primero trabajaría en la tierra de sus padres y luego en la suya propia. Ya había visto un lugar donde levantaría su casa, al pie de una loma: era una colina preciosa, cubierta de flores de diferentes colores y formas que tejían un hermoso tapiz; enfrente pasaba un arroyo de aguas cristalinas, suficiente para regar su parcela. También había lugar para levantar corrales, traería buen ganado, ya veía aquello en sus sueños. Ahí viviría con su propia familia, pues sabía que encontraría el amor que buscaba y que, hasta hoy, no había encontrado. Había tratado a muchas mujeres hermosas, pero les faltaba algo, no definía qué era, lo cierto era que aún no se había enamorado; sin embargo, en su corazón sabía que un día hallaría a esa mujer especial y única.

Después de contratar trabajadores suficientes, comenzaron a preparar la tierra, estaban a buen tiempo de sembrar maíz y frijol. Cercaron los terrenos y dedicaron todo su esfuerzo a sembrar y levantar una buena cosecha.

Una tarde, galopes y gritos rompieron la tranquilidad de la casa grande.

—¡Patrón, venga a ver lo que pasó en el sembrado junto al río!

Al llegar al lugar, el sembrado estaba destrozado y había gran cantidad de huellas y heces vacunas por todas partes.

—¿Qué pasó aquí? —Los ojos de Andrés echaban lumbre.

—Derribaron la cerca y entró el ganado. Mire nomás cómo quedó esto. Pa' mí que vinieron al arroyo a beber agua y luego se pasaron pa'cá.

—¿De dónde vendrían?

—Pos, todo apunta que de la hacienda de don Tiburcio Arrieta, «La Arrinconada».

—Bueno, voy a ir a verlo para enterarlo de lo que pasó. Ustedes arreglen la cerca y vean qué se puede salvar del sembrado.

—Mejor ni vaya; no es buen hombre, no entiende razones.

—¡Benito, acompáñame!

Ya pardeaba la tarde cuando llegaron a la casa grande de «La Arrinconada». Era una bonita y espaciosa construcción, tenía dos pisos, era blanca con tejados rojos. Ya habían prendido las luces adentro. Andrés y Benito se bajaron de los caballos y apenas dieron dos pasos rumbo a la puerta cuando dos hombres armados les marcaron el alto.

—¿Qué pasó, qué buscan aquí?

—Buenas tardes, busco a don Tiburcio, necesito hablar con él.

Un hombre alto y fornido, de edad madura, salió a la puerta.

—Usted dirá, ¿qué se le ofrece?

—Mi nombre es...

—No me interesa quién sea usted, ¿qué quiere?

No invitó a pasar a Andrés, pero ahí mismo este le contó lo ocurrido. El interpelado, con una expresión indiferente dijo:

—¿Cómo saben que fue mi ganado el que hizo el destrozo? A mí no me vengan con esas cosas y se van yendo, no me gusta que me metan en relajos. No vuelvan por aquí.

Se dio media vuelta y entró en su casa.

Hirviendo de coraje, Andrés se quedó parado viendo la puerta por donde desapareció el hombre. Benito lo tomó del brazo y se fueron echando chispas. Al subirse a los caballos, llegaron hasta ellos los acordes de un piano y la voz melodiosa de una mujer. La ventana que estaba justo encima de la puerta se veía iluminada y, de pronto, se asomó una mujer de mediana edad que los observaba con curiosidad. Tras ella se asomó el rostro de una joven de cabello oscuro, largo, suelto. Los rasgos faciales no se percibían bien, pero Andrés imaginó que eran hermosos.

Pasaron unas semanas, cuando volvió a ocurrir el mismo percance. Esta vez, Andrés y Benito se metieron a las tierras de don Tiburcio y, siguiendo las huellas del ganado, fueron a parar a los corrales de este hombre. Luego, fueron a ver al hacendado y ahora, con una actitud más enérgica, llegaron hasta la casa grande. Aunque ya era de noche, Andrés tocó la puerta y, sin ser invitado, entró a la casa y habló con el dueño. Le exigió que evitara que pasara de nuevo el ganado a sus tierras, de hecho, esta era la última vez que sucedía, si no, se atendería a las consecuencias.

Don Tiburcio volvió a adoptar la actitud déspota y desagradable de la anterior ocasión y con gritos le declaró la guerra a su visitante, advirtiéndole que no volviera nunca por ahí.

Al salir, Andrés alzó la vista hacia la ventana y ahí estaban las dos mujeres, el pelo negro suelto enmarcaba el rostro de la joven y sintió la mirada de ella que le envolvía, le hizo un leve saludo con el sombrero y se alejó. Una inquietud extraña lo sacudió por un momento. Esa noche, al intentar dormir, aquella sensación le volvió y sintió deseos de acariciar aquel cabello.

En una visita que hizo a la familia, Andrés estaba afuera del almacén, platicando con unas coquetas damitas cuando vio llegar una carreta guiada por el mismo don Tiburcio, con él venían

las mujeres de la ventana. Sintió que el aire le faltaba. Solo acertó a mirar a la chica, de cerca era más hermosa de lo que pudo imaginar. Su pelo estaba recogido, el rostro blanco, pálido, los ojos grandes negros, la nariz recta, pequeña, al igual que su boca rosada. No era muy alta, delgada; su porte era de una señorita educada. Se despidió de sus conocidas y se apresuró a entrar a la tienda antes de que ellos lo vieran. Fingió que veía los sombreros y, de reojo, no dejaba de ver a la chica, que escoltada por su padre y la señora veía telas y otras cosas. Su hermana Isabel lo sorprendió en aquella extraña actitud y riéndose se acercó:

—¿Qué haces, querido!, pareces un gato acechando a un pajarillo.

—¿La conoces? ¿Sabes su nombre?

—Claro, se llama Alejandra Arrieta, su padre es don Tiburcio y su madre doña Elena, vienen poco porque el padre la cuida mucho, nunca la trae a las fiestas que hay en el pueblo. Algunos domingos viene a misa, cuando hay. Y aquí la trae cada mes a hacer compras. Dicen que es porque su hermana mayor se escapó con su novio hace como tres años y eso lo hizo más duro con la pobre Alejandra, no deja que ningún hombre se le acerque. Ni la veas, hermanito.

—Isabel, necesito hablar con ella, ¡ayúdame!

—Déjame ver qué puedo hacer. ¡Ya sé!, métete a la sala de la modista, voy por Cristina, escóndete atrás de las cortinas de la ventana y no hagas ruido. Ya venimos.

Isabel subió y, luego de unos minutos, bajó jalando a Cristina. Luego se acercaron a la familia Arrieta y, con la mayor gracia y alegría posible, semejando pájaros mañaneros, saludaron y entre risas, caravanas, besitos en la mejilla y comentarios sobre el clima y la salud de todos, las Armenteros, abrazando a doña Elena

y a su hija les propusieron que fueran a ver el nuevo catálogo de modas, ¡estaba divino!

Mientras el señor ordenaba lo que iban a llevar de mercancía, ellas verían telas y catálogos. Lo dijeron con tanta gracia y audacia que don Tiburcio no pudo objetarlas. Parloteando alegremente, las mujeres se alejaron y el hombre con su cara seria de siempre ordenó lo que requería.

Al entrar a la salita, llena de telas, listones y adornos variados, después de saludar a la modista, doña Luz, Isabel invitó a doña Elena a sentarse en una silla que daba la espalda a toda la salita y el frente a la mesa de trabajo de la anfitriona, mientras que Cristina llevaba a Alejandra a ver una telas preciosas que tenían apartadas para elaborar vestidos de noche. La acercó a las cortinas de la ventana y se sorprendió fingidamente de ver ahí a su hermano. Alejandra casi se desmaya de la impresión, Cristina, con exagerada amabilidad, los presentó y luego se apartó un poco de ellos, cuidando que doña Elena no los viera.

—Alejandra, estoy encantado de conocerla, aunque ya la había visto de lejos en la ventana de su casa.

Tomó su delicada mano y la besó.

—Yo... también estoy... Me da gusto conocerlo. La turbación coloreó las mejillas de la chica.

—Me interesa mucho tratarla, ¿la puedo volver a ver?

—No creo que pueda, mis padres no lo permitirían.

—¿Le puedo enviar cartas?

—No veo cómo lo pueda hacer.

—Pero, dígame, ¿le gustaría?

—Sí, si se pudiera.

—Buscaré la forma.

Andrés tomó nuevamente la mano de Alejandra y la besó.

Sus ojos se encontraron y sus miradas dijeron mucho más que las palabras.

De pronto, doña Elena giró su cuerpo noventa grados y pudo ver a su hija muy cerca de la ventana, sus ojos casi se desorbitaron al percibir un raro movimiento en la cortina y unos botines negros sobre el piso. Se levantó como un resorte y con una rapidez extraordinaria se acercó a su hija; jaló la cortina dejando al descubierto al galán que sostenía aún la mano de su amada. Estos, sorprendidos, en vez de soltarse, apretaron más sus manos y miraban muy fijo a la señora. Nadie habló, doña Elena tomó a su hija del brazo y salieron rápidamente de la salita. Los Armenteros se quedaron ahí, silenciosos. Doña Luz movía su mirada de un hermano a otro. Finalmente, se abrazaron los tres y, con mirada alegre y risitas apagadas, esperaron a escuchar la voz de don Tiburcio despidiéndose del empleado que le atendía.

No hablaron nada durante el camino. La madre, de soslayo, veía a su hija que ahora tenía un brillo juguetón en su mirada.

Andrés solo pensaba en cómo hacerle llegar sus cartas a Alejandra. Al día siguiente de su entrevista, inspirado por un sentimiento ardiente y desconocido, escribió su primera carta, al segundo, otra y cuando ya llevaba la tercera, le preguntó a Benito si no conocía a alguien que trabajara en «La Arrinconada».

—Claro que sí, patrón. La hermana de mi vieja es cocinera de ahí, ya tiene muchos años trabajando con doña Elena.

—¿Crees que le pueda llevar unas cartas a la Señorita Alejandra?

—Ay, patrón, no me diga que ya se enamoró de ella. ¡Válganos Dios!

—Sí, Benito, creo que desde el primer día que la vi.

—Bueno, pos mire, le voy a decir a mi vieja que le lleve las

cartas a su hermana para que se las dé a la señorita, a ver qué pasa.

Al poco rato, Rita, la esposa de Benito, vino por las cartas. Andrés las envolvió en un pañuelo que perfumó con su colonia preferida y suplicó a la mujer para que se encargara de que su hermana cumpliera la misión de entregarlas a su amada y le dijera que esperaba la respuesta. Tenían que ser muy cuidadosas para que nadie las descubriera. Rita se comprometió a hacerlo y, al tercer día, le llevó a Andrés la misiva de Alejandra. Con su correo secreto, la correspondencia amorosa fue fluida.

Pasaron dos semanas de la visita de los Arrieta a los almacenes Armenteros cuando llegó un mensajero de parte de María Cristina con una invitación para su fiesta de cumpleaños que sería en quince días, la tarde de un sábado. Don Tiburcio no hizo expresión alguna. Rompió la invitación y puso los pedazos en la mano de su esposa. Indignada y muy molesta, la dama los llevó a la recámara de su hija y, poniéndolos como rompecabezas, leyeron la invitación. Alejandra se alegró mucho y le pidió a su madre que rogara a su padre que las llevara; para convencerla, la chica le confió a su madre sobre su romance con Andrés, pidiéndole que la ayudara. Ya tenía 25 años, pronto sería una solterona y sería muy infeliz toda su vida. La madre, mujer al fin, consintió en ayudarla, temía que su hija menor hiciera lo que su hermana y eso no lo soportaría.

Desde que su hija mayor, Carmen, había huido con su novio, los padres separaron sus habitaciones: ella se fue a las de su hija ausente, la lloraba todo el tiempo, se desmejoró mucho. Rogó a su esposo que la dejara saber de ella, pero él rompía las cartas que su hija mandaba. Cada día se alejaban más y más.

Convivían lo mínimo y casi no hablaban.

La mañana siguiente, doña Elena sorprendió a su esposo

presentándose en su alcoba, aún era muy hermosa y don Tiburcio, al verla, sintió latir su corazón con fuerza, ¡la amaba tanto! Ella habló con calma pero con mucha decisión. Le dijo que dejara ir a su hija a la fiesta, que no quería que su hija sufriera tanto aislamiento, todavía estaba joven y tenía derecho a la felicidad, ella no tenía la culpa de lo que hizo su hermana y, si Carmen se escapó, fue por la intolerancia de él, que no le permitió tener un noviazgo normal y luego una hermosa boda, dijo también que quizá ya tenían nietos y ni él ni ella los podían disfrutar, tal vez eran los varones que ella no pudo darle. ¡Qué dicha sería oír sus risas en esta casa tan fría y silenciosa! Luego le suplicó que las llevara a las dos a la fiesta, sería solo un rato y él las cuidaría. Que dejara su orgullo y pensara en su hija. Don Tiburcio no le contestó. Ella salió con los ojos llorosos, con una ligera esperanza de que cambiara de parecer.

Alejandra, después de que su madre le contara lo ocurrido, comenzó a elaborar su vestido para la fiesta, habían comprado una pieza de tela azul cielo, vaporosa. Era una gran costurera, así que todo el día lo ocupaba en ese menester. La ilusión de ir a la fiesta y ver a su amado la hacía esmerarse en su tarea. Aun cuando su padre no había dicho que asistirían, ella confiaba en que lo harían. Finalmente estuvo listo su vestido, se lo probó y con gran alegría se lo mostró a su madre, quien compartió el ánimo de su hija, ¡se veía tan bella!

Cuando se llegó el día tan esperado de la fiesta, desde temprano, madre e hija se comenzaron a preparar. A medida que transcurría la mañana, buscaban al padre para ver qué preparativos hacía, pero ¡nada! Él estaba indiferente en su oficina. Al mediodía, doña Elena se armó de valor y le preguntó a qué hora se irían al pueblo. Con la expresión más desagradable e irónica, el hombre le informó que no irían, y dejando a su esposa con un palmo de

narices, montó en su caballo y salió a galope. Alejandra se encerró en su cuarto al saber la noticia. No comió, no cenó.

La madre pensó que se habría cansado de llorar y que finalmente se habría dormido. Era mejor dejarla descansar.

Cuando oscureció, la luna llena llenaba de luz cada rincón del patio de la casona de «La Arrinconada». Don Tiburcio, después de cenar, subió a su cuarto y se disponía a acostarse, cuando percibió movimientos en el patio. Se asomó por la ventana y con gran sorpresa vio una aparición hermosa: su hija, luciendo el hermoso vestido que preparó para la fiesta a la que no la llevó, se paseaba por entre los rosales, daba vueltas como si danzara un vals y con una expresión de arrobamiento en su preciosa cara, daba vueltas, sonreía, hablaba con alguien y bailaba y bailaba bajo la luz de la luna. Así duró un largo rato, pero de pronto, se dejó caer y, sentada en el suelo, desgredió su lindo pelo, desgarró su vestido y comenzó a sollozar fuerte, de una manera tan dolorosa que el padre se estremeció, iba a salir a levantarla cuando vio a su esposa correr y tomar entre sus brazos a su hija. Era un cuadro de dolor impresionante, las dos abrazadas en el suelo del patio llorando desconsoladas.

Estuvieron ahí mucho tiempo, finalmente, la madre, con una ternura inmensa, tomó a su hija de los brazos, la levantó, la abrazó y lentamente caminaron las dos hacia la recámara de Alejandra. Toda la noche estuvo prendida la lámpara, se oía a la madre salir y entrar, después, subió una sirvienta y se escuchaban cuchicheos, salían, entraban. Don Tiburcio escuchaba, no pudo dormir.

Al día siguiente nadie acompañó al patrón a desayunar. Salió al campo, pero no pudo hacer nada, solo pensaba en su hija. Cuando regresó en la tarde, el silencio reinaba en toda la casa.

Finalmente, se acercó a la recámara de su hija y tocó quedamente, su esposa le abrió y brevemente le comentó que su hija estaba muy mal, tenía fiebre. No dijo nada más, pero su mirada estaba cargada de reproches.

Vino la curandera de la región y atendió a la joven. Tres días y no reaccionaba. Cuando por fin volvió en sí, la chica parecía ausente. No hablaba, comía muy poco. Le hicieron llegar las cartas de su amado que se habían acumulado, pero no las abrió.

Pasaron quince días, Andrés ya no soportaba la angustia de no saber de su amada, la había esperado inútilmente en la fiesta de su hermana, luego le escribió muchas veces y no había tenido respuesta, así que se decidió a ir personalmente a preguntar por ella.

Cuando llegó a la casa grande, primero buscó a la cocinera y habló con ella, se enteró de todo y, con paso decidido, fue a ver a don Tiburcio. Lo encontró muy afligido en su despacho. Al ver al muchacho, la aflicción dio paso al coraje y, con el rostro rojo de ira, don Tiburcio corrió al joven, quien armándose de valor preguntó por Alejandra, le pidió que le dejara verla; con gran respeto le suplicó que le permitiera hablar con ella solo unos minutos. Don Tiburcio le preguntó que con qué derecho pedía hablar con su hija, quién se creía que era.

Al decirle Andrés su nombre y apellido y que amaba a su hija con toda su alma, siendo correspondido por ella, el hombre estalló en insultos con una voz a todo volumen. Los gritos del padre hicieron que Alejandra despertara de su ensimismamiento.

Doña Elena, al escucharlos, rápidamente bajó al despacho y, abriendo la puerta de un golpe, hablando fuerte, con gran autoridad y firmeza, ordenó a su esposo que callara. Este, asombrado, no supo qué decir; luego, la señora ordenó a un asombrado Andrés que la

siguiera. Lo condujo a la habitación de Alejandra y los acompañó, cuidando la puerta, mientras ellos hablaron largamente.

La recuperación de Alejandra fue lenta, pero llena de ilusiones, pues su amado la visitó cada día. Después de seis meses pidió su mano y un nuevo don Tiburcio se la concedió. Era un abuelo feliz que había encontrado a su hija Carmen y la había traído a su casa a vivir un tiempo con ellos. Vinieron su esposo y su nieto de dos años, que corría por todas partes y llenaba con su vocecita la casa entera. Su esposa estaba radiante, se habían reconciliado y, juntos, como una familia, preparaban la boda de Alejandra. Lo mejor estaba por venir.

Capítulo XI
María Cristina

Siempre fue la más consentida de papá, pero eso no la envanecía pues sus hermanas la mimaban y le mostraban su cariño de mil maneras. Su madre era la que la disciplinaba, siempre de manera amorosa y a la vez firme. Miguel era su problema, la perseguía, la molestaba y la acusaba de sus travesuras. Le gustaron las plantas y las flores desde que era muy pequeña y la Nana Chole, quien la cuidaba, le enseñó cuáles eran buenas para curar esto y aquello, la llevaba a la huerta y le mostraba los olores, los sabores de cada yerba y la dejaba cortar y secar las plantas, luego las envasaban en frascos muy limpios y las almacenaban en una alacena grande y oscura. Ahí olía de forma peculiar, a una mezcla de aromas fuertes que a María Cristina le encantaba.

Cultivaba flores y era toda una artista para adornar con ellas las fiestas y las misas cuando había.

Aprendió a dar masajes curativos con la misma Chole y la acompañaba en sus visitas de partera y sobadora. Al poco tiempo ya arreglaba tobillos lastimados. Era feliz arreglando la vida de los demás. Así, compartió con la familia momentos de felicidad como las bodas de María Inés y Osvaldo, y también las tristezas de María Isabel y de María Aurora. Cuando tuvieron que irse, primero a la hacienda grande y después a Guadalupe y Calvo, a pesar de que extrañaba muchísimo su casa de Batopilas y su vida de fiestas y juegos, aprendió a conformarse con todo y buscaba pasarse bien la vida. Su nana seguía con ella y eso le ayudaba a crecer aprendiendo cada vez más de curaciones y de herbolaria. Sus quince años no fueron celebrados como los de sus hermanas, pero no le importó, pues fue la época de los grandes cambios de la familia. Su hermana Isabel duró más de dos años con la mente perdida, sin hablar, sin llorar.

Ella se encargó de cuidarla. ¡Cómo la quería! Extrañaba

tanto su música y sus canciones que ella misma aprendió a tocar la guitarra y le cantaba y le bailaba, la sacaba a pasear al campo, le enseñó a conocer las plantas. Un feliz día, su hermana comenzó a reaccionar: lo primero que hizo fue llorar, llorar mucho, y luego comenzaba sus días, contenta y activa, y al llegar la tarde volvía la melancolía. La nana Chole le preparó un jarabe para los nervios que tenía licor y le sirvió mucho para reponerse.

Al poco tiempo, la nana murió, e Isabel cambió el tónico medicinal por cuartitos de tequila y cigarros «Carmelita», que le hacían el mismo efecto tranquilizador y la convertían en la alegría personificada, con ocurrencias que realmente divertían a toda la gente. Seguía siendo, como antaño, el alma de las fiestas.

Era el mes de octubre, el otoño pintaba de rojo los árboles de los bosques cercanos al pueblo, las huertas de manzanos lucían sus ropajes dorados en bello contraste con el verde de los pinos majestuosos, que vestían con bello manto a los cerros y montañas. Desde el mes de julio, todas las familias distinguidas de la región habían sido invitadas a la boda de Cecilia Romero con el joven Humberto Reynoso, dos familias muy apreciadas se unirían a través de este matrimonio. La boda se realizaría en la hacienda de la familia de la novia, «La Riverena», que se localizaba a tres días del pueblo, jornadas que incluían los días y las noches.

La familia Armenteros, al igual que las demás, se preparó con tiempo para asistir y hacer un digno papel en la sociedad. Una semana antes de la fecha de la ceremonia se organizó una caravana de todos los invitados. Era una romería alegre, iban las señoras madres de familia y sus esposos acompañando a sus retoños, que eran señoritas casaderas y jóvenes con el corazón dispuesto a conquistar a la dama de sus sueños; servidumbre para preparar comidas y armar los campamentos, arrieros con

toda clase de enseres, provisiones y equipajes con suficientes galas para las dos semanas que duraría el viaje. Por supuesto que no faltaban los músicos que amenizarían el trayecto, pues cada noche habría un baile.

Don Ricardo se quedó en el pueblo atendiendo el negocio, así que doña Inés acompañó a sus hijas María Isabel y María Cristina. Desde temprana hora, toda la gente con sus respectivos arrieros salieron con sus coches, caballos y mulas. Era un martes, así que calculaban llegar el jueves, descansar el viernes y el sábado sería el gran día. Todo iba saliendo perfectamente, los dos primeros días hubo diversión a raudales, conversaciones de señoras y pláticas de jóvenes.

Las señoritas Armenteros, como siempre, eran el centro de atracción con sus cantos y bailes y juegos apropiados a la ocasión. El último día de viaje, ya con las ansias de llegar a la hacienda, los jóvenes organizaron carreras, se formaron bandos y hasta apostaron por tal o cual jinete. María Cristina se embelesó por unas flores que nunca había visto y, con gran interés, se fue apartando de la caravana sin fijarse siquiera en ello. De pronto, le sorprendió el silencio que la rodeaba y se percató de que estaba en medio del bosque, junto a un río que bajaba en saltos por el terreno cerrado por pinos y encinos. Había cortado una gran cantidad de flores y hierbas que le habían llamado la atención y las llevaba en sacos improvisados con servilletas que había tomado de algún lugar. Caminaba deteniéndose a observar plantas, oliendo flores, deleitándose con la hermosa vegetación y jalando de la rienda a su caballo que la seguía tranquilo, disfrutando también del paseo. Guardó sus tesoros en las alforjas y, montando, comenzó a buscar el camino.

Era mediodía, sin embargo, el bosque estaba sombrío y

fresco. Cristina buscaba huellas de caballos, de ruedas de carro, pero no veía nada. Escuchó un ruido extraño, como una sonaja, luego otra y otra haciendo un raro concierto. Las vio, era un nido de víboras, una gruesa trenza que se movía para un lado y otro. De pronto una se apartó y, como un rápido látigo, se abalanzó hacia ella. El caballo sintió el ataque y comenzó a correr desbocado por el susto. María Cristina sentía viento en su cabeza y pronto su sombrero se cayó, los cabellos se despeinaron. Sentía un miedo terrible pero sabía que era imposible parar al animal, por lo que solo se agachó lo más que pudo y, aunque montaba en un albardón, tuvo la fuerza suficiente en sus piernas para mantenerse sobre la bestia.

Cuando finalmente sintió que bajaba la velocidad, se escucharon detonaciones fuertes, como de rifle, muy cerca. El caballo reparó y nuevamente emprendió la carrera, ella gritaba muy fuerte, pero su voz se perdía en el ruido del galope. Le pareció escuchar voces de hombres, gritos, silbidos. Aparecieron varios jinetes que la seguían, uno de ellos, con una velocidad extraordinaria, corrió hasta emparejarse con ella y, con un movimiento rápido y seguro, tomó las riendas de su caballo y poco a poco fue aminorando la carrera. María Cristina no pudo más, sintió que todo le daba vueltas, vio todo oscuro y no supo más de ella.

No supo cuánto tiempo pasó. Comenzó a volver en sí y sintió el calor de unos brazos fuertes que la rodeaban. Percibió un agradable aroma varonil, mezcla de colonia y olor natural, era tan agradable que se abandonó a un sentimiento de seguridad y protección y cerró los ojos. No supo cuánto cabalgaron. Sin abrir los ojos, escuchó que los recibían en algún lugar. Oyó voces de mujeres. Se dejó llevar por aquel hombre que la cargaba como si fuera una frágil muñeca, pronto se vio en una suave y mullida cama

que olía a lavanda, fue entonces que abrió los ojos y la visión que tuvo ante ella la dejó sin habla. El hombre era un joven alto, blanco tostado por el sol, atlético, con el rostro más hermoso que pudiera imaginar: frente amplia, enmarcada por cabellos castaños, los ojos color café claro, grandes con pestañas muy largas y rizadas bajo unas cejas tupidas; la nariz recta y una boca de labios carnosos bien delineados. Al verla despierta, aquel hombre sonrió, mostrando unos dientes blancos, perfectos, y al hablar, una voz profunda, amable, preguntó con ternura:

—¿Cómo se siente? ¿Le duele algo?

María Cristina no podía emitir ni una palabra, estaba anonadada.

Finalmente la conversación se dio y la chica le contó todo a quien la había rescatado. Supo su nombre: Fernando Olvera. Él le hizo saber que estaban en la hacienda «La Antigua», propiedad de su familia, y era necesario permanecer ahí esa noche. Pronto llegaron la madre de su anfitrión y su hermana, una bella joven, muy parecidos los tres. Supo que eran doña Sara y Rosalía, y que el padre se llamaba don Erasmo. La atendieron, le prepararon un baño tibio y perfumado, así como un camisón fino. Ya instalada en la recámara, curaron sus heridas, tomó una cena ligera y entre pláticas se conocieron. Cuando la familia supo de la boda a la que Cristina había sido invitada, le comentaron que ellos también asistirían, así que planearon partir temprano hacia ese lugar. Mandaron un propio a informar a la familia Armenteros que María Cristina estaba con ellos y que se verían al día siguiente.

Doña Inés, al igual que los demás, se percató de la ausencia de su hija menor hasta que llegaron a su destino y nadie la vio llegar. Era media tarde, los jóvenes del grupo y otras gentes de la hacienda se organizaron para buscarla, al anoecer se rindieron

y volvieron preocupados, planeando reiniciar la búsqueda al día siguiente muy temprano. Todas las caras estaban tristes y la madre y la hermana lloraban y rezaban en compañía de todos los presentes. A media noche llegó el propio con las buenas noticias, así que todos descansaron aliviados.

Fue a media mañana que llegaron la familia Olvera y María Cristina a la Hacienda, muy a tiempo para acicalarse y asistir a la ceremonia. El banquete y el baile estuvieron a la altura de cualquier fiesta que se pudiera ofrecer en cualquier ciudad de México y del mundo. Todo de primera, damas y caballeros lucían galas a la última moda.

María Cristina solo tenía ojos para Fernando, le parecía perfecto en su físico, en su trato, sus modales. Era refinado y masculino, su voz era fuerte pero educada, cuando sonaba en su oído era tierna y dulce. Él, por su parte, sentía que había encontrado a la mujer de su vida, la más hermosa, llena de todas las virtudes imaginables.

Toda la noche bailaron, charlaron, rieron. Todos desaparecieron de su entorno y solo eran ellos dos. El trato que tuvieron durante las festividades que siguieron sirvió para confirmar que eran el uno para el otro.

María Isabel, con sus dotes de investigadora, muy pronto supo todo sobre Fernando, pues se convirtió en chaperona de su hermana y en amenas conversaciones interrogaba sutilmente al joven. Supo que su padre, don Erasmo Olvera, era un acaudalado empresario de Sinaloa que había venido a incrementar sus riquezas con la nueva propiedad. Tenía dos hijos: Fernando, el mayor, de 26 años y Rosalía, de 22. Su madre era doña Sara, dama virtuosa muy entregada a su familia.

Después de seis meses de conocerse, doña Inés organizó

una cena para recibir al joven Olvera como novio formal de su hija. Se invitó a las familias completas de los novios. Aunque no se habló de la boda todavía, quedaba implícito que en fecha próxima se haría la petición de mano con una recepción adecuada y entonces se fijarían los pormenores de la ceremonia de matrimonio.

María Cristina se preguntaba cada noche si no sería un sueño lo que vivía, y despertaba con la alegría de saber que realmente existía Fernando y, con él, la promesa de un futuro lleno de amor y felicidad.

Don Erasmo era un porfirista de hueso colorado, frecuentaba a políticos y al mismísimo presidente Díaz. Practicaba en su hacienda y sus empresas un trato despótico hacia los empleados. Decía tener sangre noble en sus venas y esto lo había inculcado a sus hijos. Fernando era altivo con los peones y se empeñaba en acompañar al capataz en sus recorridos diarios para vigilar que todo se hiciera bien.

Comenzaba la década de los noventa de ese siglo diecinueve y se percibían vientos de cambios sociales en los campos, no faltaba quien llegara de otros lugares compartiendo ideas liberales con lecturas de folletos y algunos libros que hablaban de igualdad social, política y económica entre todos los hombres. En muchas haciendas comenzaban a levantarse líderes que se atrevían a hablar de esos temas a sus compañeros de trabajo, a los explotados campesinos.

En «La Antigua», Rafael Cisneros era un joven peón que aprendió a leer y se conectó con grupos liberales en Durango, cuando pasó un tiempo con familiares de su madre. Tenía un don especial de líder, aun los de más edad que él lo buscaban para consultarle cosas y su influencia crecía día con día. Muy pronto se convirtió en mayoral y en la mano derecha de don Erasmo. Muy seguido iba a la casa grande a recibir instrucciones del patrón.

También acompañaba a la señora Sara y a la señorita Rosalía al pueblo y a donde se ofreciera ir. Cada vez que Rosalía lo veía, se ruborizaba y apartaba la mirada de aquel hombre alto, fornido, de la edad de su hermano, moreno, de ojos grandes, negros, de mirar profundo. Sus cejas eran tupidas, negras como su pelo, su bigote ancho, la nariz recta y su boca más bien grande, de labios sensuales que le atraían poderosamente. Tenía una voz hermosa de tonos bajos, que cuando cantaba era potente y dulce a la vez.

Ella era de mediana estatura, delgada, blanca, de cabello castaño claro. Sus ojos eran de un verde claro como los de su madre, su nariz era pequeña y su boca delicada. Vivía muy sola, con la única compañía de su progenitora.

Fue en la boda donde se enamoraron María Cristina y Fernando cuando Rosalía supo que Rafael la amaba, se lo hizo saber por medio de canciones, miradas y cartas de amor. Ella luchaba por no corresponderle, pero finalmente sucumbió ante ese sentimiento que fue creciendo con una fuerza y una pasión que los llevó a tener encuentros amorosos en el campo, cuando ella iba a pasear a caballo. Tenían un lugar junto al río, una rinconada llena de flores que tapaban unos árboles grandes, frondosos, y ahí, ocultos para todos, formaron su mundo donde no importaban las diferencias sociales.

Rafael era muy importante para todos los peones, lo sabía muy bien don Erasmo, por eso procuraba tenerlo junto a él. Sabía que si algo decía ese muchacho, los demás lo seguirían sin importarles las consecuencias. También sabía que tenía ideas liberales y era de convicciones firmes. Los demás lo cuidaban, lo protegían y, si le llegaba a pasar algo, seguro que se levantaban en armas. Era de cuidado aquel muchacho, también muy trabajador y responsable. Poco a poco se fue ganando el aprecio del hacendado.

Un día, llegó a la hacienda un militar amigo de don Erasmo, de más de sesenta años, pelo cano y aspecto impresionante, muy alto. Era el General Lorenzo Guerra. Se conocieron en la guerra de Reforma y desde jóvenes soñaron en emparentar y ser un día consuegros. Por situaciones de la vida, el general no tuvo hijos y hacía cinco años que había enviudado. Cuando conoció a Rosalía, la colmó de piropos y le comentó al padre que le encantaría ser su yerno, poseía una gran fortuna y si no se casaba nuevamente no tendría herederos directos, por lo que todas sus posesiones pasarían a ser de gente desconocida.

Seguramente la culpa de no tener hijos era de su mujer, que siempre fue muy delicada y enfermiza. De cualquier manera le hacía la oferta, le aseguró que no encontraría un mejor partido para su hija que él, sobre todo viviendo en estas tierras tan alejadas de la mano de Dios.

Don Erasmo se complació en las palabras de su amigo y le pidió un tiempo para responder, por lo pronto hablaría con su hija y la iría preparando. Emplazaron la respuesta para dentro de un año.

Era diciembre, tres meses habían pasado desde que se inició el noviazgo formal de María Cristina y Fernando. Don Erasmo decidió que ya era tiempo de pedir la mano de la muchacha y, haciendo planes con su esposa, acordaron que «La Antigua» sería el regalo de bodas para su primogénito. Su hijo ya era todo un hombre de negocios y, si ya iba a sentar cabeza, nada mejor que dejarle la propiedad.

Se hizo una gran recepción en el salón social del pueblo para la petición de mano de María Cristina, se invitó a todos los conocidos de la localidad y lugares cercanos. Como siempre, doña Inés se lució en la organización y realmente superó sus expectativas.

Todos alabaron la comida, la música, en fin, todo estuvo de primera. Se invitó ahí mismo a todos a la gran boda, que sería en la hacienda de los futuros esposos en el mes de mayo, el mero día quince. Todo era felicidad, sueños y preparativos.

Las Armenteros de inmediato se ocuparon de preparar el ajuar de la novia. El vestido lo confeccionaría doña Luz, su modista estrella, para lo que pidieron a la Ciudad de México los últimos catálogos y telas apropiadas. También comenzaron a elaborar sábanas, toallas de todos tamaños con las iniciales bordadas de los novios, así como ropas íntimas y otras cosas. Fueron a la hacienda a decorar la casa grande con nuevas cortinas y accesorios del gusto de María Cristina. Encargaron nuevos muebles con el estilo de moda. La próxima dueña, ayudada por su suegra y cuñada, remodeló los patios y jardines para que en el día de la boda todo estuviera perfumado con rosas y jazmines. Fernando disfrutaba ver a su prometida revoloteando por todas partes, acompañada de las madres y hermanas. Era un concierto maravilloso de risas, pláticas, cantos, bailes. Esa casa nunca se vio más llena de alegría y felicidad.

Todo era maravilloso, los enamorados vivían su sueño. Faltaban seis días para la boda, ya se habían entregado todas las invitaciones, se habían comprado las provisiones para todos los días que durarían los festejos. El precioso vestido de novia ya estaba listo y lo habían guardado cuidadosamente en la recámara nupcial de los futuros esposos, extendido sobre la cama y percheros especiales para que no se arrugara. Todos los complementos estaban preparados. El ajuar del novio también estaba ahí.

Sin darse cuenta, el tiempo había pasado y la noche alcanzó a la futura novia en la hacienda del amante novio. La futura suegra pidió a María Cristina que se quedara a pasar ahí la noche, le arreglarían una recámara para invitados. La chica estaba

muy cansada, así que aceptó encantada, pensando en que pronto ella viviría ahí.

Galantemente, Fernando la acompañó a su recámara y, al despedirse con un beso de buenas noches, la caricia se prolongó y un intenso deseo de quedarse con ella lo invadió. María Cristina sentía que desfallecía en los brazos de su amado, pero con un gran esfuerzo lo separó. Sabía que su futura suegra los vigilaba.

Todavía agitada por la pasión, abrió la ventana que daba al patio, perfumado por los jazmines. Asomó su rostro por la ventana y por un momento se extasió viendo la luna y luego se acostó. Apenas había cerrado los ojos, cuando sintió un movimiento en la ventana. Era Fernando, que encendido de amor llegó al lecho y, haciéndola tocar el cielo con sus palabras y sus caricias, la llevó a consumir su amor. Una y otra vez se entregaron sin reservas y al amanecer, con renuencia, separaron sus cuerpos para iniciar el nuevo día.

María Cristina, con gran amor, dispuso los arreglos del gran salón, de los patios, del comedor, solo faltaban las flores que colocarían el mismo día de la ceremonia. La pequeña capilla de la hacienda también estaba lista. El padre González llegaría en dos días.

Esa noche Fernando venía del pueblo, su corazón rebozaba felicidad. Estuvo planeando con su amada y su familia política los detalles finales de la boda y sin sentirlo se le había hecho tarde. La luna casi llena iluminaba el camino. Tarareando una canción romántica que María Cristina planeaba cantar en la cena de bodas, soñaba en esa vida de felicidad que le esperaba. No tenía prisa por llegar a casa, la noche era tan hermosa que le invitaba a cabalgar despacio.

Cuando finalmente llegó a la hacienda, pasaba ya de medianoche. Se acercó a la casa grande y cuando iba a bajarse del

caballo para abrir la gran puerta del zaguán, le llamó la atención un movimiento extraño en el balcón de la ventana del cuarto de su hermana, que estaba en el segundo piso. Rápidamente se escondió tras un árbol y observó. Claramente vio, a la luz de la luna, la figura de un hombre que abrazaba cariñosamente a una mujer y, cerrando la ventana, se perdían en la habitación.

Como un loco, respirando agitado por la ira, guardó el caballo en la caballeriza, regresó a la casa y con grandes zancadas se dirigió a la recámara de su hermana, sus botas hacían un fuerte ruido y, al llegar a la habitación, de un fuerte golpe quebró la puerta. Se escuchó un grito de la muchacha que solo alcanzó a cubrir su cuerpo desnudo con la sábana, mientras que el hombre que yacía a su lado de un salto se incorporó y se puso su ropa inferior con gran rapidez.

Fernando, como un lince, se lanzó contra él y lo derribó con la fuerza de todo su cuerpo. Comenzaron a luchar. El hermano ofendido lanzaba insultos a gran voz. Los padres, al escuchar los ruidos, corrieron al lugar de donde venían, sorprendidos por el escándalo. En el momento justo en que llegaron a la puerta del cuarto de su hija, Fernando, fuera de sí, golpeaba al hombre fuertemente, él no se defendía y por ello fue a dar al suelo con un impacto tal, que su cabeza se golpeó en la esquina del gran armario y rebotó una vez, nuevamente recibió otro puñetazo y volvió a impactarse en el mueble; finalmente, fue golpeado varias veces contra el suelo hasta que ya no se movió.

La muchacha gritaba y lloraba. La madre corrió a abrazarla. El padre estaba estupefacto, no podía reaccionar ante la escena. Poco a poco Fernando se fue calmando. Don Erasmo encendió la lámpara que estaba sobre el buró y con gran frialdad se acercó al hombre que yacía muerto; al ver su rostro, escapó de sus

labios un grito de horror. ¡Era Rafael Cisneros! Su mirada iracunda se volvió hacia su hija. ¡No lo podía creer! ¡Su hija era amante de ese peón! Se acercó a ella y le golpeó la cara repetidas veces, su esposa se interpuso y de un empujón la arrojó hasta el suelo. Se volvió hacia su hijo, que espantado se daba cuenta de lo que había hecho.

El padre quedó un momento mirando el cuerpo, intentando comprender las consecuencias que aquel suceso traería: se levantarían en armas los peones de su hacienda, quizá los de otras y se haría incontrolable la situación. Se sabría la deshonra de su hija. Matarían a su hijo, a su esposa, a él mismo. Estallaría una revolución.

—Rápido, hijo, acaba de vestir al difunto. Vamos a despeñarlo al Cañón Colorado, nadie sabrá que se murió aquí. ¡Ustedes dos, dejen de chillar y mucho cuidado con decir algo!

Como un autómatas, Fernando obedeció a su padre. Salieron cuidando que nadie los viera, fueron a la caballeriza y sacaron tres caballos, a pelo montaron en ellos y pusieron el cuerpo de Rafael en otro, sigilosamente partieron rumbo al Cañón Colorado.

Regresaron cerca de las dos de la mañana, ya se habían puesto de acuerdo. Dirían que Fernando se había ido el día anterior a traer unas cosas que faltaban para la boda y que volvería en dos días, justo a tiempo para casarse. En cuanto volvieron a la hacienda, con gran rapidez, el joven arregló un ligero equipaje y, con la bendición de sus padres, se fue para no volver. El padre le dijo que no se despidiera de María Cristina, que ni siquiera pasara por el pueblo, pero él no podía irse así nada más, tenía que explicarle a su amada las cosas y, si ella aceptaba, se irían juntos.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegó al pueblo, se dirigió de inmediato a la casa de su novia. La recámara de María

Cristina daba a la calle, pues el edificio terminaba en la esquina de la calle principal y un callejón, el otro lado de la casa colindaba con unos corrales donde guardaban las carretas y algunos depósitos de mercancía grande de herrajes.

El desesperado novio escaló la pared de la casa y trepó al balcón de la habitación de su prometida. Con cuidado, tocó en la ventana varias veces, finalmente se escuchó ruido dentro y la adormilada chica le abrió, sorprendida por la audacia del galán. Primero pensó que era una serenata y sonriendo lo saludó, pero viendo el rostro desencajado del joven, escuchó atentamente el breve relato de lo sucedido. Fernando sacó el reloj de bolsillo y vio la hora: 4 horas con 20 minutos.

—¿Cuánto tiempo necesitas para arreglarte?

—Pues una hora.

—No te lleves nada, solo cámbiate, en el próximo pueblo te compro ropa y nos casamos, te doy hasta las cinco, apúrate, si no sales a esa hora, entenderé que no me amas lo suficiente como para irte conmigo, no puedo esperarte más porque va a empezar a clarear. Te espero aquí enfrente.

La chica asintió con un movimiento de su cabeza, vio a su novio saltar ágilmente a la calle, cerró la ventana y observó la hora en el reloj de su buró: 4:25. Con rapidez comenzó a vestirse con la primera ropa que encontró, los botines la entretenían por los botones que tenía que abrochar; luego, se recogió el pelo con una peineta. Hora: 4:40. Se disponía a tomar un rebozo ligero para taparse y, al abrir el cajón del ropero, este se atoró un poco y lo movió varias veces, con lo que hizo un ruido que a ella le pareció muy fuerte. Hora: 4:43.

Se acercó al buró para apagar su lámpara y salir. Hora: 4:45. A oscuras, se dirigió a la puerta pero al acercarse a abrirla

impactó con ella, que fue empujada desde fuera. Allí estaba su madre. Doña Inés, con su fino oído había escuchado que tocaban la ventana, la abrieron, luego murmullos y después movimientos en el cuarto, así que alumbrándose con un pequeño quinqué vino a ver qué estaba pasando.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? Entró a la habitación y cerró la puerta detrás de ella.

—Me voy con Fernando. Me está esperando abajo. No te preocupes, mamá, nos casaremos en cuanto podamos. Es necesario que nos vayamos. Pasó una desgracia y tenemos que huir. Te voy a mandar una carta para explicarte todo. Ahora déjame pasar.

Vio el reloj con la débil luz del quinqué: 4:50. Desesperada rogó:

—¡Déjeme pasar, madre!

—¿Crees que te voy a dejar irte así? ¡Matarías a tu padre de vergüenza y dolor! ¡No te irás!

—¡Por favor, madre! ¡No quiero empujarla!

—¡Primero muerta que dejarte ir!

María Cristina, fuera de sí, empujó a su madre y la arrojó al suelo, la lámpara se zafó de sus manos y cayó cerca de los holanes de la sobrecama. Abrió la puerta y a oscuras caminó por el corredor hacia la escalera que comunicaba con el almacén. Doña Inés, con una agilidad asombrosa, se puso de pie y corrió alcanzando a la joven, la rodeó con sus brazos por la cintura y la derribó justo antes de llegar a la escalera. Forcejearon unos momentos, la desesperación multiplicó las fuerzas de la muchacha y aventó a la madre hacia atrás, se levantó y comenzó a bajar la escalera; aún no llegaba al almacén cuando el reloj de pared que tenían ahí comenzó a sonar cinco campanadas.

Bajó corriendo y, como una poseída, quitó la tranca;

estaba abriendo los cerrojos cuando su madre, como una ráfaga, la adelantó, se atravesó en la puerta y con el pelo desgreñado le impedía que abriera la puerta de la calle. Sonaron los cascos de un caballo que comenzaba a correr. Sin ningún miramiento, con un movimiento brusco quitó a su madre, se abrió paso hacia la calle y alcanzó a ver con la claridad que comenzaba a desplazar la noche la silueta del jinete que se alejaba.

Quería gritarle que no se fuera, que la esperara, pero su garganta no le respondió. Entonces, entre llanto y gemidos, corrió locamente, cayendo y levantándose, hasta que supo que era inútil su esfuerzo. Se quedó tirada a media calle, desvanecida. Reaccionó cuando percibió un fuerte olor a humo. Sin voluntad, comenzó el regreso. Una visión horrible la detuvo. Lenguas de fuego envolvían su casa. La gente corría tratando de sofocar el incendio. Todos gritaban, lloraban. Cuando se acercó, su padre, su madre y su hermana María Isabel estaban abrazados mirando; cuando su padre la vio, la abrazó llorando. Su hermana le contó que creían que se había quedado dentro, la daban por muerta. Su madre la miró fijamente:

—¡Ahí tienes, tu obra! ¡Mala hija!

—No, madre, ¡es tu obra! Así como destruiste la casa, ¡me destruiste a mí! ¡Pero te juro que te vas a arrepentir!

El padre lloraba y decía solamente:

—Ahora sí estamos en la ruina.

Se consumió todo, solo pudieron sacar a los animales. Afortunadamente, no hubo desgracias personales. Los vecinos acogieron a los damnificados, les dieron asilo y mandaron avisar a Osvaldo y a Andrés, quienes partieron al día siguiente hacia «Las Marías».

Don Ricardo, doña Inés y María Isabel se instalaron en

la casa grande, tuvieron que vender los muebles, el ganado y las cosas de valor que tenían ahí para pagar deudas del almacén. Se quedaron sin nada. María Inés les mandó víveres y les ayudó con lo que pudo. Osvaldo estaba tan pobre como ellos. Andrés se hizo cargo de apoyarlos con semillas y trabajo para comenzar a sembrar maíz, frijol y una huerta con verduras. María Aurora no se dio por enterada, siguió en su santo encierro. Don Ricardo se sumió en una tristeza profunda. No hablaba, no reaccionaba a nada. Doña Inés se hizo cargo de la casa.

María Cristina se fue a vivir con su hermana María Inés. No soportaba estar con su madre y sabía que su madre no la quería ni ver.

En la hacienda «La Antigua» todo estaba aparentemente tranquilo aquella mañana, hasta que la madre de Rafael comenzó a buscarlo por las casas de los peones, por la hacienda y todos le comenzaron a ayudar. Fue en la tarde cuando un arriero de una hacienda vecina llegó con el cuerpo: lo había encontrado despeñado en el Cañón Colorado. Todos se preguntaban qué era lo que andaba haciendo por allá, a nadie le avisó que iba a salir, tenía muchos golpes. Mientras lo preparaban para velarlo, entre el llanto desesperado y su inmenso dolor, la madre notó golpes como de puños en el rostro amado y una rajada muy honda en su cabeza, por lo que les dijo a todos que a su hijo lo habían matado a golpes, no se había muerto con la caída:

—¡Me lo mataron! ¡Me lo mataron! —gritaba—, lo aventaron muerto por el cañón.

Los hombres se amontonaron junto al jacal de Rafael y con impotencia y rabia se decían que iban a averiguar quién había sido el asesino y lo iban a linchar, fuera quien fuera, no les importaba si era un catrín. No iban a dejar las cosas así. En medio de

maldiciones y juramentos lo velaron. Un mozo fue a la casa grande a avisarle al patrón lo que había pasado y él, aparentando sorpresa y pesadumbre, fue hasta la casa de la madre y le dejó dinero para el entierro. Les prometió ayudarles a encontrar al culpable de la muerte del muchacho en cuanto su hijo volviera de Durango, pues había ido a traer unas cosas que faltaban para la boda. Se retiró lo más pronto que pudo.

Esa misma mañana se fue a Guadalupe a poner un telegrama urgente al general Lorenzo Guerra, quien estaba en Durango, cerca de la capital: «Contestación afirmativa de su boda con Rosalía, será próximo sábado. Traiga muchos invitados. Todo listo».

Don Erasmo volvió a su casa y ordenó que se preparara todo para la boda. No se cancelaría nada. No se avisó a la gente de la región ningún cambio de planes. Todo siguió su curso. Doña Sara, discretamente, llevó personalmente el vestido de novia de María Cristina a las habitaciones de su hija se lo probó, le quedaba un poco holgado y largo, pues la novia original era más alta y menos delgada. Rosalía había adelgazado mucho en los últimos días, la mirada penetrante de la madre descubrió que su amada hija, a quien había cuidado con tanto esmero, que educó de la mejor manera, su princesa, estaba embarazada. Miró largamente los hermosos ojos que mostraban un dolor profundo, tanto que no era necesario decir nada, no había palabras para expresar lo que los corazones de esas dos mujeres estaban sufriendo. Se fundieron en un abrazo lleno de ternura, de comprensión, y lloraron quedamente por un largo rato. Con sus propias manos, juntas, unidas como siempre, hicieron ajustes al vestido aquí y allá, hasta que quedó a la medida de Rosalía.

Una noche antes de la boda llegó la comitiva del general.

Venían oficiales y soldados con mujeres que consiguieron en casas de citas de Durango. Venían bien ataviados para la ocasión.

En la oficina del hacendado, a puerta cerrada, conversaron largamente. Se pusieron de acuerdo sobre la situación personal de Rosalía y de su dote, que era la propia hacienda, así como una cantidad muy respetable de dinero.

—Don Erasmo, es un placer hacer tratos con usted. Después de haber hablado claramente, me comprometo a cuidar a su hija y a nuestro propio hijo, que por un regalo del cielo viene como parte de la dote. No se preocupe por la hacienda, yo pondré orden aquí y no va a pasar nada.

—Gracias, Lorenzo, confío en tu discreción. Sé que mi hija estará en las mejores manos.

El día de la boda, desde muy temprano comenzaron a arribar los invitados. Los de la región estaban intrigados por ver a María Cristina, pues no habían tenido noticias de ella. La boda se realizaría a las dos de la tarde. El bullicio era muy grande. Los arreglos que María Cristina había preparado fueron puestos en su lugar y los rosales que había sembrado tan estratégicamente esparcían sus aromas, así como las madre selvas y los jazmines. Todo era como ella había soñado.

Llegó el momento esperado y, reunidos todos en la capilla, donde no había ni un alfiler ya, dio inicio la ceremonia, pero para sorpresa de todos Fernando no apareció, sino el general Lorenzo Guerra con su uniforme de gala y don Erasmo entró con la novia del brazo, la bella Rosalía.

Muchos murmullos de asombro, ninguna pregunta. Como si nada, los invitados disfrutaron del banquete de platillos exquisitos, música encantadora y los comentarios en voz baja sobre los novios.

Los festejos de la boda duraron solo un día más. Con gran

educación se les informó a los invitados que los novios partirían a su viaje de luna de miel y que doña Sara y don Erasmo se irían a su nueva residencia en Sinaloa. Se les agradeció su presencia y fueron despedidos.

Los Armenteros se enteraron de los acontecimientos por labios de personas bienintencionadas que «casualmente» les fueron a visitar.

María Cristina ayudaba a María Inés en las labores de la casa. No comía bien y sus ojos estaban apagados, hundidos. Ya no lloraba. Un día, llegó un hombre increíblemente delgado, alto, moreno, su nariz prominente le daba un aspecto de águila, sus ojos pequeños eran huidizos. Era Natalio Ruiz, tenía un pequeño rancho junto a «Las Marías». Era muy huraño, casi no hablaba. Todos sabían que era hijo ilegítimo de un hermano de doña Inés, quien le había heredado ese terreno a María Ruiz, la madre de Natalio. Ningún miembro de la familia lo aceptaba, por lo que vivía amargado y solitario. Cuando María Cristina lo vio, supo que era la mejor manera de vengarse de su madre y lo comenzó a buscar descaradamente con cualquier pretexto, coqueteaba con él y casi lo forzó a cortejarla.

Una mañana, María Cristina se presentó en la casa de su madre, iba acompañada de Natalio y con una actitud retadora le dijo a doña Inés:

—Madre, ¿se acuerda de su sobrino? Asómese, ahí está enfrente. Vengo a decirle que me voy con él. No será de noche ni de madrugada, lo hago a plena luz del día.

—¿Estás loca? ¡No es tu primo! ¡Es tu hermano! Es un pecado si te vas con él.

—¿Qué dice? ¿Mi hermano? ¡La loca es usted, mamá!

—¡Nooo! Es un secreto que hemos mantenido todos. ¡Ni tu padre lo sabe!

María Cristina, muy pálida, siente que se va a desmayar. Minutos después, doña Inés, llorando, le cuenta la historia.

—Cuando iba a cumplir quince años, mi padre me llevaba a Durango a recoger mi vestido para la fiesta. Íbamos en un carruaje. En el camino nos asaltaron cuatro forajidos. A mi padre lo golpearon mucho, lo ataron a un árbol, le taparon la boca. A mí me abusaron los cuatro. Pensaron que me habían matado y me dejaron tirada, inconsciente. Cuando desperté, desaté a mi padre. Nos habían robado todo. Volvimos a casa caminando, escondiéndonos para que nadie nos viera. Entramos a la casa de noche. Solo mi madre se enteró. No se hizo la fiesta porque supuestamente yo estaba enferma. Al poco tiempo supimos que estaba embarazada. Nos fuimos al rancho y le hablaron a mi primo, dijeron que el niño era de él. Mi padre le regaló el rancho en pago de su silencio... Y luego seguimos la vida como si nada. Después conocí a tu padre, no sabe mi secreto.

—¡Pues déjeme contarle mi secreto, madre! Estoy embarazada de Fernando, por eso tengo que casarme y al único que pude seducir fue a Natalio.

—¡Nooo!

—¡Sí, madre, ya fui suya!

—¡Es tu hermano! ¡Es un pecado si te vas con él! ¿Qué no lo ves? ¡No tiene nada bueno!

—Madre, ¡acuérdate de lo que le dije aquel día! ¡Que se iba a arrepentir de no haberme dejado ir con Fernando!

—Si te vas, ¡te maldeciré para siempre y dejarás de ser mi hija!

—¡Adiós, madre! ¡Y no se preocupe, me casaré en cuanto pueda!

—¡María Cristina, no te vayas, no lo hagas!

La hija se rio de una manera burlona y salió de la casa, la madre se derrumbó en una silla, llorando amargamente.

Capítulo XII

Oswaldo

Un suspiro profundo salió del pecho de aquel hombre, tan enamorado de su esposa como el primer día que la vio. Recordaba cuando se anunció su compromiso en aquella fiesta de su hermana María Aurora. La fecha de su boda se estableció para un año después, ya que su hermana María Inés se casó primero, seis meses después de su compromiso con Elisa. Valió la pena la espera, fue un acontecimiento social que se comentó por mucho tiempo. Se casó en la hacienda de don Carlos Heisser y se invitó a la crema y nata de la sociedad de la capital, de Parral y de otras poblaciones. Fue un sueño hecho realidad. Pasaron su luna de miel viajando: ocho meses de ensueño. Su esposa deseó vivir en Chihuahua, así que le construyó una mansión digna de una reina, ocuparon un lugar especial en la alta sociedad y comenzó su hermosa y fértil Elisa a darle una numerosa familia: gemelos en dos ocasiones, ocho hijos en trece años y esperaban más.

Le había afectado mucho la mala fortuna de su padre al perder la mina y algunas propiedades y le daba gracias a Dios de que su mina aún seguía en una producción asombrosa que les permitía llevar una vida de lujo. Viajaban cada año, ya habían visitado la tierra de los padres de Elisa y otras partes de Europa. Todo era perfecto.

—Querido, necesitamos ir a México, me avisaron que el vestuario de las gemelas ya está listo, además quiero renovar el mío y de todos los demás.

—Pero si hace poco recibiste ropa para las niñas, creo que no hace ni dos meses.

—Acuérdate que las gemelas ya van a cumplir once años y no les gusta repetir vestidos, los usan solo una vez. Pronto comienzan las fiestas patronales y queremos ser las mejor vestidas.

Comenzó a hacer los arreglos para el viaje. Sabía que su

amada le insistiría a todas horas. Al volver a casa ese mismo día, recibió un telegrama de Parral: necesitaba ir con urgencia a la mina. Le comentó a su esposa y ella se aprestó a acompañarlo, pues deseaba visitar a su padre.

En el camino, Elisa, con la emoción de las ocasiones anteriores, enteró a su esposo de que esperaban otro hijo; Osvaldo, como las otras veces, se alegró y besó tiernamente a su amada. Llegaron a la hacienda de don Carlos y al día siguiente Osvaldo, acompañado de tres mozos de confianza, partió para la mina.

Al llegar, encontró solamente al encargado, Silverio Paredes.

—¿Qué pasa?, ¿por qué la prisa de que viniera?

—Patrón, la veta se acabó. Ya tenemos un mes y medio que no sacamos nada. Los muchachos nomás lo están esperando a usted para que les dé el último pago y ya irse a otro lado.

—¿Qué, están locos? No se pueden ir así nomás, tienen que seguir buscando hasta que encuentren otra vez la veta. ¡No se puede acabar! ¡No dejaré que se vayan! ¡Los obligaré a quedarse! ¡Si es preciso traeré soldados para obligarlos!

—No, patrón. Ya buscaron mucho y no hay nada.

—¡No puede pasar esto, no a mí! ¡Ya le pasó a mi padre, pero a mí no, no lo permitiré!

—¡Cálmese, patrón! Los mineros están muy inquietos, hable con ellos por las buenas, páguelos lo que les debe y ya.

—¡No! ¡Háblales y díles que los quiero mañana mismo trabajando y el que no quiera que se atenga a las consecuencias!

—Pero...

—¡Mañana los espero y no habrá paga hasta que no encuentren mineral! ¡Ve ahora mismo a decírselos!

Salió Silverio y Osvaldo comenzó a llorar

desconsoladamente. ¡No era posible! ¡Era una horrible pesadilla! Llegó la tarde y luego la noche, y el hombre no se movió de su lugar. Sentado junto a su escritorio de la oficina, no alcanzaba a reaccionar. Era una estatua.

Al día siguiente, todos los mineros estaban presentes a las ocho, hora de entrada. Pero no iban a trabajar, todos decidieron enfrentar al patrón para aclarar las cosas. Pedían a gritos la presencia de Osvaldo.

Silverio tocó a la puerta de la oficina y, al ver que no le abrían, él mismo se dio el pase y se encontró con la personificación del abatimiento desvelado.

—Aquí están los hombres, quieren hablar con usted. Es mejor que salga.

La actitud de Silverio era fría, distante.

Osvaldo, después de un gran rato, salió. Con su imponente estatura se paró frente a todos y sin preámbulos les dijo:

—Es necesario que busquen la veta. No les voy a pagar lo que les debo si no hallan nada, así se tarden años. Es todo.

La gente comenzó a gritar que era injusto lo que pedía, pues ya no había mineral, la mina se había secado. Demandaban el pago de su trabajo. Cada vez subía más el tono de las voces y los ánimos se caldeaban más y más. Osvaldo, impasible, se volvió a su oficina sin atender a la gente. Silverio le siguió y con voz fuerte le dijo:

—Ya no somos los de antes, ya sabemos defendernos y si no nos hace caso lucharemos hasta las últimas consecuencias. No tome esa actitud tan déspota, tan inhumana. Estamos pidiendo lo justo. Nos vamos a quedar ahí afuera hasta que usted entre en razón, pero solamente le vamos a dar doce horas. Usted está aquí solo, no se exponga a que le pase algo malo. Yo no puedo defenderlo porque

soy parte de ellos, pero sí puedo mediar si usted cambia de actitud. Voy a estar aquí afuera, trataré de calmarlos.

Fueron las doce horas más largas de la vida de Osvaldo. Finalmente, cuando Silverio lo buscó, no quiso enfrentar a los hombres. Solo expresó que pensaba lo mismo y que hicieran lo que quisieran, sus amenazas no le importaban.

Al salir Silverio, se oyó su voz fuerte comunicándoles el mensaje del patrón. Luego voces alteradas, gritos, amenazas. No pasó una hora cuando se escuchó un gran estruendo y la tierra se cimbró. Siguió un silencio y enseguida un griterío. Silverio entró sin tocar a la oficina.

—¡La mina se derrumbó!, ¡venga pronto!

Osvaldo corrió y con los ojos desorbitados vio el terrible espectáculo: todo el cerro que estaba sobre la mina se había desplomado. Aún se escuchaban las rocas chocar dentro de lo que había sido su mina, había mucho polvo. La gente, igual que él, estaba paralizada, ya no gritaban. Alguien dijo con ronca voz:

—Y el patrón quería que nos metiéramos a trabajar, ¿se imaginan? ¡Ya estaríamos bien muertos!

—Patrón, dijo Silverio, creo que la mina ya decidió qué tiene que hacer.

Sin pronunciar palabra, Osvaldo se dejó llevar a la oficina. No podía hablar, se daba cuenta de la actitud tan torpe que había tenido. Sí, era cierto que la propia mina decidió las cosas.

Los hombres estaban sentados en el terreno planito enfrente de la oficina. Ya no decían nada, ¿para qué? Cuando salió Osvaldo, después de un rato, su rostro ya no era altanero, sus ojos aún estaban húmedos. Con voz apacible, comunicó a todos que sentía mucho su actitud anterior y que partiría de inmediato con Silverio y los hombres que él escogiera para Chihuahua. Ellos traerían los pagos y algo más, se lo merecían.

Al tercer día, llegó Osvaldo acompañado de los hombres a la hacienda de su suegro. Le contó lo ocurrido, le encargó a su esposa —que en ese momento no estaba en casa, pues había ido a Parral— y se marchó, dispuesto a enfrentar la situación.

Al día siguiente de llegar a Chihuahua, Osvaldo cerró la cuenta del banco, entregó el dinero a Silverio, despidió a los hombres y fue a tomar un café al lugar que acostumbraba, donde se reunía con sus amigos. Saludó al entrar y nadie le contestó. Seguramente ya se conocía la noticia. No pidió nada, salió en silencio.

Ya con la mente clara, sabiendo qué hacer, encargó a su secretario, don Facundo Santiesteban, que se ocupara de la venta de su casa y de todas sus pertenencias, pagara sus pendientes y, si quedaba algo, se lo mandara a Parral.

Sin explicaciones, Osvaldo ordenó a sus hijos que empacaran lo que cupiera en una petaquilla y se alistaran para irse a la hacienda de su abuelo Carlos. A Miguel le contó brevemente lo ocurrido y le pidió que también volviera a casa. El joven se retiró sin articular palabra. Cuando iban ya de salida para el viaje, Miguel le entregó una carta a Osvaldo para que se la entregara a su padre: no iría a Guadalupe y Calvo, se iría al sur, sin rumbo. Se despidieron.

Cuando llegaron a la hacienda Heisser, Elisa ya sabía todo y le pidió a su esposo que hablara con ella a solas. Osvaldo ya no pudo aguantar su pena y, llorando como un niño, se desahogó con su amada, le habló de sus frustrados planes para con sus hijos, para con ella, el pequeño que esperaban, de lo que habían soñado hacer, sus viajes, sus deudas que pensaba pagar pronto, en fin, sacó de su corazón todo el dolor que sentía. Elisa, llorando también, se lamentaba amargamente de no haber guardado nada, nada. Nunca pensó que esto pasaría, sin embargo, podían vender las joyas que tenía en casa, no eran pocas y algo podían remediar.

—¿Tus joyas? ¿Dónde las dejaste?

—En mi joyero, está en la caja fuerte empotrada en la recámara, detrás del paisaje hermoso que me compraste en Francia, ¿te acuerdas? No la dejé cerrada con la combinación, pues nunca la uso, quizá podamos ir por ellas.

Oswaldo, con la cara larga, recordó que le dijo a su secretario que vendiera todo, incluidos los cuadros y adornos, seguramente ya había encontrado las joyas y dispondría de ellas también. Ya no quedaba nada.

Dejaron pasar unos días para planear lo que iban a hacer en adelante y para esperar noticias de don Facundo, las cuales llegaron en un escueto telegrama: «Todo vendido, incluyendo joyas. No adeudos, no saldo. Saludos».

La familia se quedó en la hacienda mientras que Oswaldo fue a Guadalupe y Calvo a refugiarse con su familia. Le ofreció don Ricardo financiar la construcción de su casa en el terreno de «Las Marías» que le correspondía. Andrés ya había construido la suya, de manera que también le ayudaría. Sembraría su parcela y junto a su amada y sus hijos comenzarían una vida nueva, muy diferente... diferente...

Capítulo XIII

Miguel

Pasaron dos largos años después de que se fue María Cristina. Doña Inés pasaba los días sin sentir interés alguno por las cosas. Attendía a don Ricardo como si fuese un niño. Cada mañana, en cuanto el sol llenaba el portal, se acomodaba en su silla acojinada. Ahí se tomaba el café y luego comía el desayuno. El hombre perdía la vista en el camino y la mente en su pasado; no hablaba en todo el día. Solo estaba ahí.

Una mañana fría, con un sol pálido y lagañoso de noviembre, después de acomodar a su esposo en el portal, doña Inés se encaminaba a la huerta para cortar algo de verdura para la comida del día. El viento sopló levantando una nube de polvo. De pronto, algo llamó su atención: una figura menuda envuelta en una cobija de rayas rojas despintadas se acercaba con pasos vacilantes.

La mujer se paró a esperar que se acercara. Al principio no reconoció al que llegaba, pero de pronto, un ligero traspiés la hizo identificarlo. El corazón brincó en su pecho y con lágrimas en los ojos corrió a encontrar al recién llegado. La emoción le engarrotó la garganta y, sin decir nada, descubrió el rostro enjuto, sucio, con barba descuidada y ojos hundidos, vidriosos por la fiebre. Con una ternura inmensa, doña Inés besó la frente acalenturada y con la fuerza que solo da el amor de madre, llevó a su hijo Miguel adentro de la casa. Lo acomodó en su cama y rápidamente preparó un baño caliente. Después, ya aseado y con ropa limpia, le llevó un caldo de gallina que tenía listo. El hombre comió y cayó enseguida en un sueño profundo.

Don Ricardo preguntó:

—¿Es Miguel?

—Sí, viejo, al fin llegó.

—¿Cómo viene?

—Cansado y enfermo. Luego que despierte lo reviso bien.

La madre se refugió en la cocina y ahí lloró en silencio, mucho, sacando en cada lágrima todo el dolor que durante años guardó tan profundamente que ni a ella misma se lo daba a conocer. A veces lloraba a un hijo muerto, otras, solo ausente, y esto le hacía sentir un vacío tan grande que se veía como un cascarón seco.

Miguel durmió dos días seguidos. Cuando despertó, su aspecto había mejorado, pero aún estaba afiebrado. Los ojos de la madre, conoedores, la hicieron saber que había una gran infección en ese cuerpo. Al revisar al hombre, comprendió que era sífilis o algo así. Mandó traer al Padre González, quien confirmó sus sospechas. Sin tardanza, se mandó traer a una curandera india, Serapia Cerros. Era de mucha edad, pero fuerte y fornida, muy buena para curar. Vivía solo con una nieta, Adelaida, quien le ayudaba en su trabajo. Era joven, alta, delgada, muy limpia y trabajadora. Su rostro era bello, con rasgos indios y finos, su pelo muy largo y negro. Ella manejaba el rancho que tenían las dos con ganado y siembras.

Cuando llegaron a casa de doña Inés, revisaron a Miguel y de un morral grande sacaron yerbas olorosas con las que prepararon un brebaje que le hicieron tomar a la fuerza. Luego hablaron con la madre: esas plantas eran muy buenas y todavía tenía cura.

—Dale de beber eso cinco veces al día, cinco días. Luego me hablas.

Al cumplirse el plazo, Miguel estaba muy mejorado. Todavía comía y dormía mucho. No hablaba, solo veía a su madre y salían lágrimas de sus ojos. Esa noche, por primera vez, tomó la mano de su madre y con voz ronca dijo:

—Madre, gracias por quererme así como estoy, por recibirme sin decir nada.

—No hace falta, hijo, esta es tu casa, somos tu familia.

—Háblale a mi papá, quiero contarles lo que hice.

Se acercó don Ricardo y sus miradas cariñosas se cruzaron.

—No les voy a contar todo lo que viví, solo sepan que anduve por muchos lados, que hice de todo, que probé todos los vicios, que anduve con muchas mujeres. Fui de lo peor, estuve en la cárcel y en muchos lados que me da vergüenza recordar. Enlodé su apellido, papá, y olvidé sus enseñanzas, mamá. ¡Perdónenme, por favor! En realidad solo vine a despedirme de ustedes porque me sentía morir y quería que ustedes me enterraran.

Los padres perdonaron, hablaron de cuánto lo querían, cuánto lo extrañaron y cómo cada uno, sin decírselo al otro, rezaba pidiéndole a Dios volver a verlo vivo algún día. Hablaron mucho y, cuando llegó la noche, los dos hombres siguieron hablando quedamente hasta la madrugada.

Las visitas de las curanderas eran semanales y cada vez el enfermo estaba mejor, hasta que un día lo declararon completamente curado. Fue entonces cuando doña Inés invitó a toda la familia y preparó una gran comida con la ayuda de todos los hijos, menos una.

Miguel comenzó a sembrar las tierras y arregló la casa, llenando de alegría a sus padres. Unos seis meses duró la paz en su corazón; de repente, aquel deseo de vagar comenzó a volver y una noche arregló un bulto de ropa y escribió una carta a su madre, diciéndole que iría por unos días al pueblo, que volvería luego. Al salir de su cuarto, oyó el llanto desconsolado de su madre. La llamó y, al no recibir respuesta, abrió la recámara y la encontró gimiendo sobre el cuerpo inerte de su esposo.

Los siguientes días fueron de duelo. Toda la familia estuvo ahí, incluso María Cristina, quien lucía delgada, demacrada, con el vientre a punto de dar a luz. Todos los hermanos la recibieron

con cariño y doña Inés, con un gran dolor en su corazón, se mostró dura con ella.

Miguel se sintió responsable de su madre y de mantenerla, así que trabajó en mejorar la casa y los corrales, la huerta, atender a los pocos animales que tenían y sembró una pequeña parcela de maíz y frijol. Su ánimo se tranquilizó. Pasaron los meses y cuando llegó la cosecha fue a buscar trabajadores al caserío de los tepehuanes que estaba cerca de la hacienda. El primer rancho que encontró, como a dos días de camino, fue el de Serapia Cerros y su nieta. Fue recibido por la abuela con recelo, pero amable. Lo invitó a quedarse a comer y descansar. Cuando Miguel fue a lavarse al río, alcanzó a ver a la joven Adelaida bañándose. Su cuerpo desnudo, fuerte, bien formado, semejaba una ninfa. Era hermosa. El pelo negro caía en cascada hasta debajo de las caderas. Se sumergió en el agua cristalina y, nadando con deleite, iba y venía, jugando contenta con la calmada corriente del río. Finalmente, lavó con jabón su pelo y su cuerpo; sus movimientos eran suaves, se enjuagó y graciosamente salió, envolviéndose en una sábana blanca. El encantado espía se escondió tras unos matorrales hasta que la muchacha, ya vestida, se alejó cargada con un bulto de ropa que recogió después de haberse secado al sol.

Miguel no dejó de pensar en Adelaida toda la noche que pasó acampando en el portal de aquella casa. Sentía una atracción muy grande y el impulso de entrar y buscar a la muchacha y tomarla aunque fuera por la fuerza. Pero a la vez recordaba su inocencia, le parecía una flor silvestre llena de vida y belleza natural. En su desvelo, se percató de un sentimiento nuevo en él para con una mujer: sentía ternura, deseos de proteger a esa joven, de estar junto a ella, de no dejarla nunca, de envejecer juntos. De olvidar su pasado tan sucio y complicado y tener una vida sencilla y tranquila aquí, en este maravilloso lugar.

Al día siguiente, la abuela despidió al viajero, quien miraba con ojos enamorados a la nieta:

—Gracias por todo.

—No hay de qué. Ya no mires a mi nieta. ¡Y tú, quítate! ¡Vete pa' dentro! —La chica sorprendida se metió en la casa, no sin antes mirar coquetamente al hombre y dedicarle una luminosa sonrisa.

—Es muy bonita la muchacha. ¿Tiene novio?

—No, la cuido mucho y no dejo que se le acerquen. No quiero que la lastimen. No quiero que le pase lo que a mi hija.

—¿Qué le pasó?

—Mi gente piensa que como yo curo, soy bruja. Pensaron lo mismo de ella. Una noche se la llevaron y varios hombres la perjudicaron. Llegó en la mañana arrastrándose, muy mala. A resultas de eso nació mi muchachita, pero mi hija murió. Por eso cuido tanto a mi nieta y vivimos solas aquí. A nadie dejo entrar, pero tú eres de mis curados: me debes respeto, por eso te recibí.

—¿Te acuerdas de mí?

—Siempre me acuerdo de mis enfermos.

—¿Me dejarías visitar a tu nieta? Tengo buenas intenciones.

—¿La quieres para mujer, pa' casarte con ella?

—Solo si tú me das permiso de visitarla para enamorarla.

—Tendrías que tomar más hierba medicinal y estar bien curado y demostrar que eres buen hombre.

—Bueno, dime cuándo puedo venir.

—Llévate unas yerbas que te voy a dar. Te las tomas y en un mes ven.

Miguel se quitó una medalla que traía en el cuello y se la dio a Serapia.

—Dásela a Adelaida de mi parte.

La mujer tomó la medalla, la miró sin decir ya nada, entró a su casa y trajo un envoltorio de hierbas. Se las dio diciendo:

—Tómatelas igual que como te las di yo. Ya vete.

A partir de ese día, doña Inés observó un cambio en la actitud del hijo. Se veía más lleno de entusiasmo por todo lo que hacía, inclusive lo veía prepararse una bebida de hierbas olorosas y tomarla con gusto, cerrando los ojos como imaginando algo muy agradable.

El mes transcurrió muy rápido, y el ansioso enamorado fue a visitar a Serapia y a su nieta. Las encontró muy afanosas en sus labores. Adelaida estaba bañada y arreglada, con un rubor especial en su hermoso rostro. La abuela lo recibió con cierto recelo y, en su presencia constante, los enamorados platicaron de nada, pues Miguel solo observaba a la chica con deseos de grabar cada rasgo de su cara en su memoria y en su corazón. No le interesaba lo que ella decía sino la forma tan inocente de expresarse y cómo de vez en cuando le sonreía y le apretaba el brazo, luego apartaba la mano y se sonrojaba.

La visita duró tres días. Cuando el muchacho se iba, la curandera interpelló al pretendiente a ser su yerno sobre su estado de salud. Le dio más yerbas y, con unas cuantas palabras, concedió el permiso para que se casara con su nieta, solo que le pidió que lo hiciera en su comunidad, ante el cacique, el Tata Maclovio, para que todos supieran que su nieta era buena y decente y para que los hombres de ahí no le hicieran ningún mal. Él aceptó y quedaron en que Serapia iría a hablar con el hombre y arreglar el casorio. Miguel le traería a Adelaida tela para sus vestidos y lo que hiciera falta para confeccionarlos. También le dejó dinero para conseguir lo que fuera necesario. El enamorado volvería en dos semanas.

Miguel llegó contento a su casa y contó todo a su madre. La

dama reaccionó de la manera más inesperada para el muchacho. Sin reflexionar, comentó que nunca se hubiera imaginado que su hijo más amado, su pequeño, pensara en casarse con una india, y además una curandera. Aquello era intolerable. Apenas había vuelto y, después de tanta ausencia, ella como madre comenzaba a recuperar el tiempo que no lo tuvo en casa, y de pronto le salía con eso. Habiendo tanta muchacha decente con quien casarse fue a escoger a una mujer de costumbres salvajes, completamente ignorante, con creencias contrarias a la religión.

Al escuchar a la mujer que siempre había admirado y amado más que a nadie en el mundo, Miguel no pudo reprimir lo que tenía dentro de su corazón y con voz queda, temblorosa por la indignación y por los sentimientos que le embargaban, dijo:

—Madre, en Adelaida he encontrado la inocencia y la integridad que no hallé en tantas y tantas mujeres «decentes» que conocí. Serapia es una gran persona, conoce la naturaleza humana mejor que nadie. Así que sépalo, me casaré con ella y viviré entre su pueblo, donde seré un hombre diferente, digno. Formaré una familia sana, libre de prejuicios y vanidades, de costumbres hipócritas socialmente aceptadas. Ellas me vieron cuando llegué hecho un guiñapo, me aceptaron y ayudaron a estar sano, a ser un hombre nuevo, sin críticas ni rechazos. Así que, con su bendición o sin ella, me casaré con la mujer que amo, a quien siempre busqué en tantos lugares lejanos sin saber que estaba tan cerca. Mande por Andrés para que se ocupe de las tierras y de los animales, porque ya me voy.

Se puso el sombrero y un saco con sus cosas en el hombro y, sin decir más, salió. La madre se quedó parada como estatua viendo la puerta abierta, primero la figura de su hijo que poco a poco se empequeñecía, luego la claridad del día, después oscuridad.

Aunque aún no habían pasado las dos semanas que le había fijado Serapia como plazo, el muchacho se dirigió al rancho de las mujeres. Iba ilusionado, pensando en que seguramente la vieja ya habría ido a ver al Tata. ¡Cuántas cosas haría junto con su esposa! Primero, le compraría a Serapia una parte del rancho para que fuera propia, luego construiría una casa nueva, haría corrales, buscaría peones y... De pronto se dio cuenta de que solo le faltaba rodear el Cerro Redondo para llegar a su destino, se había nublado y probablemente llovería, ojalá y llegara antes que el agua.

Cuando enfiló el camino rumbo al rancho, su corazón dio un salto al ver una negra columna de humo que se levantaba impresionante en el lugar de la casa y los corrales. A todo galope, llegó y vio que aún salía lumbre, se estaba quemando todo. Como loco corrió gritando:

—¡Adelaidaaaaa! ¡Serapiaaaa!

Silencio.

Se acercó cuanto pudo a las llamas, pero era imposible hacer algo para apagarlas. Siguió gritando por mucho rato, hasta que cayó de rodillas, desfallecido, viendo el desastre. La lluvia cayó como tormenta, con rayos y vientos que apagaron la lumbre. Miguel parecía de piedra, no sentía el agua, ni el frío. No se movió. Se paró el agua y él seguía ahí con la mirada perdida. Ya era de noche cuando sintió que le cubrían la espalda con un sarape. Era Serapia que, despeinada y llena de tizne, se acercó.

—Vine a ver cómo estaba esto y te vi.

—¿Y Adelaida? —le dolió hablar.

—Está en la cueva del Cerro Redondo. Está mal.

—¿Qué pasó?

—Ayer nos juimos a ver al Tata Maclovio pa' arreglar lo del casorio. Nos dijo que estaba güeno, que cuando vinieras le

avisáramos qué día sería la boda. Compramos telas pa'l vestido de ella y otras cosas y ya llegamos tarde a la casa. Al poco rato llegaron unos hombres del pueblo, borrachos, y abrieron la puerta. A mí me pegaron con un leño en la cabeza y me dieron por muerta porque perdí el sentido. Luego atacaron a mi hija. Cuando me desperté, estaban sobre ella. No pude hacer nada. Luego, gritando como animales, se salieron pero aventaron leños prendidos para quemar la casa. Querían que nos quemáramos también nosotras pa' que nadie supiera de su crimen. Como pude, llegué hasta donde estaba mi hija, la lumbre ya estaba fuerte; a rastras la saqué y me la llevé a la cueva. Ahí tengo cobijas y trastes pa' cuando se ofrezca, así que acomodé a mi muchacha y jui al arroyo por agua y la limpié y le hice una bebida. Luego se durmió. Entonces vine pa'cá y te vi. Vámonos pa' la cueva, a que te seques.

Cuando vio a su amada con el rostro desfigurado por los golpes, Miguel sintió que el coraje y la desesperación lo ahogaban. Buscó en su saco un cuchillo y empuñándolo se paró.

—¿Qué vas a hacer? Esos ya han de estar en el pueblo, si los vas a buscar, así como andan de endemoniados, te van a hacer pedazos. No los busques. Mejor cálmate, te necesitamos aquí. Ayúdanos a limpiar un poco mañana y luego te vas. Ya no hay compromiso.

Miguel, temblando, no dijo nada. Aventó el cuchillo y salió. Duró mucho afuera, Serapia dormitó a ratos junto a Adelaida, quien se quejaba, despertaba y se volvía a dormir. Ya estaba clareando cuando Miguel volvió. Se sentó junto a la abuela.

—¿Cómo sigue?

—Está más tranquila y ya no sangra. Nomás que despierte y coma algo, se va a sentir mejor. Déjame ver si quedó alguna gallina pa' hacer un caldo, voy a la huerta a ver qué encuentro. Si quieres, luego que comas algo te vas.

—No me voy a ir. Vamos a limpiar todo lo quemado y voy

a hacer otra casa. Nomás que Adelaida se componga, nos casamos y vamos a hacer una buena boda para que invites a todos los que quieras; les vamos a demostrar que tu nieta es decente, que tiene un hombre que la quiere y la respeta y será apreciada por la gente, y tú también.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por el arrugado rostro de Serapia y solo dijo:

—¡Muévase pues, hay mucho que hacer!

Habían pasado unos días cuando a eso del mediodía llegaron tres hombres. Se acercaron a la casa que Miguel limpiaba con ahínco.

—Miguel, ¿qué ya no conoces a tu hermano? —Era Andrés con dos peones.

—¡Qué gusto me da verte! ¿Qué haces aquí?

—Mi mamá me contó todo y estábamos muy preocupados por ti. ¿Ya te casaste?

—Primero voy a arreglar la casa, un rayo la quemó.

—Pos tú solo no vas a acabar nunca. Déjanos ayudarte.

A los dos meses, todo estuvo terminado y se hizo la boda. Vinieron doña Inés, María Isabel, María Inés, Andrés. Serapia invitó a todo el pueblo, hizo mucho tesgüino y mataron dos vacas. Fue un gran festejo, con eso, la honra de Adelaida quedó demostrada. Se veía hermosa vestida de novia, con un vestido de manta, al estilo indio, lleno de holanes. Su rostro irradiaba felicidad a pesar de unas pequeñas cicatrices en la mejilla derecha. Únicamente ella, la abuela y Miguel sabían que su cintura se estaba ensanchando. Nadie habló de aquella noche, ni Adelaida, ni Serapia, ni Miguel, menos los hombres del pueblo. En sus corazones y en sus memorias nunca pasó.

Capítulo XIV

La familia

¡Cómo pasa el tiempo! Sin darse cuenta, cinco años volaron y una mañana de mediados de abril María Inés, quien había acogido a María Aurora desde que decidió recluirse, al dirigirse al cuarto grande que le habían construido apartado de la casa, sintió un vuelco en el corazón al escuchar a su hermana toser. Algo estaba muy mal. La charola con la comida que le llevó en la mañana estaba intacta y no había sacado la bacinica con sus desechos como acostumbraba. Alarmada, tocó la puerta y solo le contestó la tos seca y dolorosa de su hermana. Sin perder tiempo mandó llamar al Padre González.

La cara del sacerdote estaba muy seria.

—Hija, tu hermana está muy grave, ya la confesé y está lista para irse con Dios. La tuberculosis ha empeorado mucho y no hay nada que hacer ya. Sé que la atendiste lo mejor que pudiste y por remedios no quedó. No te aflijas, ella tiene mucha paz. Quema todo el cuarto con sus cosas después de que la entierren porque si no, se van a enfermar todos.

Así fue, la dulce María Aurora fue consumida por la enfermedad, igual que sus habitaciones y sus cosas. Curiosamente, se encontró entre sus pertenencias un ataúd de madera que había mandado hacer cuando decidió recluirse, lo usaba para dormir algunas veces, como un ejercicio de preparación para la muerte. Todos los que la conocieron o escucharon hablar de ella la lloraron y le comenzaron a pedir favores. Los milagros fueron muchos y la fe sencilla de los pobladores de la región hizo que la declararan «santa», por lo que el lugar que ocupara su humilde cuarto se convirtió en tierra sagrada y ahí levantaron una cruz de madera que siempre tenía veladoras y flores en su base.

Dos meses después, doña Inés se enfermó de gravedad. Todos los hijos vinieron a verla, temiendo lo peor.

María Isabel fue la primera en llegar, tenía cuatro años de casada con Tomás Higuera. Ella le decía cariñosamente «Tomasito», aunque era un hombre alto y fornido a pesar de sus sesenta años. Lo conoció en casa de Marina Torres, una conocida a quien gustaba de acompañar en las fiestas que hacía en su casa; era soltera, como ella, y sus reuniones favorecieron que muchos jóvenes y señoritas encontraran su media naranja.

También acudían al club social de viudos, de manera que Isabel, comprendiendo que la vida se le escapaba en soledad, atrapó a Tomasito en sus redes amorosas. Él había perdido a su esposa y a su único hijo víctimas de una epidemia de gripa. Después de casarse, lo convenció de venirse a vivir con ella en «Las Marías». Construyeron su casa en el terreno de ella. El hombre era comerciante en pequeño, vendía mercadería. Su mujer lo guió a ser más amplio en sus negocios y se lanzó a comerciar con ganado, productos agrícolas, lácteos, entre otras cosas, de manera que muy pronto su fortuna se acrecentó y la dueña del negocio era en realidad Isabel, quien tenía un don especial para hacer tratos y siempre tener contentos a su clientes.

Cuando se vino «La Bola» y los alzados comenzaron a saquear los ranchos y las haciendas, Isabel empeoró de sus facultades mentales. Todos pensaron que era por la situación que vivían. Le dio por tomar más tequila y subirse a fumar a un árbol que estaba enfrente de su casa. Era un enorme nogal con ramas gruesas. Ella colocó ahí una silla con patas cortas, le acomodó un cojín y una cobija. Se pasaba las horas sentada, leyendo y bordando pañuelos con diseños elegantes de todas las letras, que después vendería a los enamorados que deseaban halagar a sus amadas. Tomasito se entristecía, pero no se atrevía a decirle nada.

Cuando les tocó el turno de ser asaltados, los atacantes se

llevaron todo lo que pudieron, pero no encontraron dinero ni joyas. Isabel les dijo desde su árbol que todas sus ganancias las habían invertido en los productos que comerciaban y que, debido a la situación, no habían recuperado nada. Al ver que no podían obtener más, se contentaron con llevarse animales y otras mercancías y ya no volvieron. Cuando pasó el peligro y se normalizaron las cosas, María Isabel recuperó su cordura. Tomasito no sabía qué había pasado con el dinero, joyas y planchas de oro que tenían guardadas, era una cantidad grande. Un día en la tarde, cuando ya no había ni un sirviente en la casa, Isabel llevó a su esposo a su árbol, llevaba unos costales. Subieron los dos al árbol, movieron la silla y le mostró un agujero en el viejo árbol: todo su tesoro estaba ahí, hasta encontraron un saco pequeño con monedas que Isabel les había ganado a unos levantados con los que jugó a las cartas. ¡Era buena!

Después de esto, el negocio prosperó y vivieron tranquilos disfrutando la vida. Llegaron los demás hijos: María Inés con su esposo y sus hijos, con su semblante sereno. Vivían bien aun cuando la revolución les mermó sus bienes. Ella seguía siendo maestra y consejera de su comunidad.

Oswaldo no había superado sus fracasos y su familia vivía en una pobreza extrema pues la depresión lo enfermó y no trabajaba sus tierras. Su hermosa esposa tenía las manos callosas y deformadas de lo que trabajaba en la huerta y en su casa. Su familia era muy numerosa. Los mayores seguían añorando sus riquezas y no amaban el trabajo, soñaban con volver a ser ricos, mientras que los más pequeños se dedicaban a ayudar a su madre en los quehaceres cotidianos para lograr sobrevivir.

Andrés había formado una hermosa familia con dos varones y una niña. Era próspero y el patriarca de la familia. Todos

acudían a él para buscar sus consejos y ayuda. Conocía la situación de todos sus hermanos y de alguna manera les apoyaba. Se hizo cargo de sostener a su madre cuando se quedó sola, ella nunca aceptó vivir con él y su familia, pero estuvo ahí, siempre cerca.

Miguel era feliz con su esposa y sus hijos: el mayor, un chico sano y fuerte, orgullo de su padre, y dos mujercitas que eran su adoración. Serapia murió tranquila viendo a su nieta amparada, respetada y querida por su esposo y la gente del pueblo. Adelaida ya no era curandera, pero cuando era necesario, ayudaba a quien lo necesitara. Ahí estaba el hijo menor con su familia, acompañando a su madre en sus últimos momentos.

María Cristina era una sombra de la mujer alegre, llena de vida que un día abandonara a su madre. Tenía una mirada sombría, vestía de negro siempre. Los cuatro hijos que tuvo, dos hombres y dos mujeres, la habían consumido. Llegó acompañada de su esposo, un hombre con gesto de fastidio y enojo continuo; no hablaba, solo movía su mirada desconfiada de un lado a otro sin descansar, parecía que nunca parpadeaba.

Cada hijo tuvo tiempo de hablar con su madre largamente, la madre los iba llamando. La última fue María Cristina; pensaba que su madre no la iba a recibir, lágrimas candentes, silenciosas, corrían por su rostro cada vez que era pronunciado el nombre de alguien. Cuando finalmente la llamó, sintió que desfallecía. Lentamente entró a la habitación, que olía a los jazmines que María Isabel puso en un florero, quizá para ahuyentar el olor de la muerte. Cuando doña Inés vio entrar a su cuarto a aquella figura consumida, humilde, no dijo nada; se abrazaron, lloraron y luego brotaron las palabras como un río, fue la conversación más larga. Cuando salió María Cristina, su semblante era diferente, tenía la paz del arrepentimiento y el perdón.

Convivieron los hermanos y sus familias dos días en una atmósfera de armonía, fraternidad, unidad. Olvidaban por momentos el motivo de su encuentro, casi esperaban que de un momento a otro su madre se reuniera con ellos y se sentara a la mesa alrededor de la que todos estaban sentados. Se contaron anécdotas de tiempos pasados, cuando soñaban, y también de lo que la vida les había regalado a cada uno. Algunos relatos los hacían reír tanto que luego se apenaban, pues no era momento para celebrar; otros, hacían que lloraran juntos. Fueron momentos de unidad familiar, todos prometieron que siempre estarían juntos. Hubo abrazos y besos que sellaron su amor fraternal.

En la tarde de ese día llegó el nuevo sacerdote que les visitaba ahora, pues el Padre González hacía unos meses que estaba muy enfermo y guardaba reposo. Atendió a doña Inés y la preparó a bien morir.

Al amanecer del tercer día, María Isabel velaba el sueño de su madre. Tenía entre sus manos la frágil mano materna, de pronto sintió un leve movimiento que la hizo levantarse de su silla y vio los ojos de su madre abiertos. Con un susurro, dijo:

—Háblales a todos, quiero bendecirlos, ya me voy. Ya vienen por mí tu padre y Aurora.

Todos recibieron su bendición: hijos, hijas, nueras, yernos, nietos, inclusive sus pocos sirvientes.

En la habitación solo estaba encendida una lámpara pequeña, por lo que estaba a media luz. Suavemente, una luz blanca iluminó por completo el lugar y un aroma de flores mezcla de rosas y jazmines se esparció por la recámara y la casa entera. Doña Inés envolvió a toda su amada familia en una última mirada llena de amor y, con una hermosa expresión de paz, mirando lo invisible, expiró.

Una extraña sensación de paz llenó todos los corazones.

El aroma floral continuaba llenando la casa entera, incluso salía al portal y más allá.

—¿Qué flores pusiste en la recámara de mamá? ¿De dónde son? —preguntaron a María Isabel.

Ella buscó los floreros, pero no estaban en el cuarto. Fue a la cocina y ahí los encontró vacíos, recordó que los había lavado para renovar las flores y lo había olvidado.

-Ooo-0-ooO-

Capítulo XV

Fueron dos semanas exhaustivas de trabajo intenso para Ricardo, que escribió como un poseído las vidas de sus antepasados, conociendo sus triunfos y sus fracasos, sus pasiones, sus amores. Cuando terminó de leer lo que él había escrito copiando los diarios de su abuela, continuaba ensimismado, apenas reaccionaba al hambre y al sueño. Se sorprendió al recibir una llamada de su jefe:

—Hola, Ricardo, ¿cómo estás? Espero no interrumpir tus vacaciones, pero tengo una noticia estupenda... ¿Estás ahí?... ¡Contesta, por favor!

—Aquí estoy —respondió Ricardo como autómeta.

—¡Vaya! ¡Parece que hablas de ultratumba!

—No, no. Dime la noticia.

—Pues nada, hombre. Resulta que tus crónicas han sido las mejores que se recibieron y te has hecho acreedor a un premio especial de parte de la Asociación Nacional de Cronistas. ¡Felicidades! No sabes el gusto que me da, por ti y por nuestra empresa periodística. Y, por cierto, no te van a caer mal los quinientos mil pesos que acompañan la presea que te van a dar.

—¡Wow! ¡Pues sí que es una gran noticia! y ¡una enorme sorpresa!

—La ceremonia va a ser el próximo viernes, así que regresa de donde andes y ¡preparate! En cuanto llegues, llámame.

Colgó.

La ceremonia estuvo grandiosa. Después, se ofreció una elegante recepción. Los asistentes eran muchos y casi todos desconocidos. Recibió tantos abrazos y felicitaciones y escuchó tantos nombres y títulos que de pronto se sintió mareado, de manera que salió al jardín del elegante recinto.

Empezaba a relajarse cuando, como una aparición

celestial, se acercó una joven alta, blanca, con el pelo claro que le caía como una cascada sobre sus hombros. Su vestido era verde oscuro y hacía resaltar el color claro de sus grandes ojos, su nariz y su boca completaban la armonía perfecta de su rostro.

—Buenas noches —su voz era de una hermosa tonalidad—, disculpe mi atrevimiento, pero al verlo solo, quise aprovechar la ocasión para saludarlo y felicitarlo por su maravilloso trabajo, digno en gran manera del premio que se le otorgó. Permítame presentarme, soy Valentina Romero y quiero decirle que es un orgullo que usted se haya referido precisamente a mi tierra en su trabajo. ¿Sabe?, yo soy de Batopilas y, bueno, mi familia ha vivido ahí por generaciones. A mí siempre me interesó muchísimo ser enóloga. Estudié mi carrera en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Luego obtuve una beca especial para ir a Francia y allí me especialicé en los vinos más importantes que se producen en ese país. Considero que aquí en Chihuahua se pueden cultivar unos viñedos especiales en la zona, no precisamente de Batopilas, ya que se necesita un clima más frío para las uvas que yo quiero implementar, quizá sería un poco más arriba, en la región de Guadalupe y Calvo, donde haya bastante terreno. Ese es mi sueño y realmente me sentí muy emocionada de que usted hablara de mi tierra, que describiera también algunos lugares de Guadalupe y Calvo. Realmente lo felicito porque es hermoso saber que alguien le da importancia a que se conozcan las bellezas de nuestra tierra...

Siguió hablando y hablando y hablando. Ricardo solamente se dejaba llevar por la musicalidad de su voz, ya no entendía ni escuchaba lo que ella decía, solamente sabía que era de su tierra y que necesitaba un lugar donde aplicar sus conocimientos. Fue entonces cuando reaccionó y le comentó que él era de aquellos rumbos y que quizá próximamente tendría acceso a un terreno

muy grande dentro del territorio de Guadalupe y Calvo, así que le gustaría mucho que pudieran ser socios en ese proyecto.

Ella se emocionó tanto que siguieron platicando de mil cosas y quedaron de verse al día siguiente.

Esa noche, después de regresar a su casa todavía bajo los efectos de tantas emociones vividas, Ricardo comprendió la importancia de arreglar legalmente lo que podría ser su herencia. Tenía que investigar si no habría otros herederos y, finalmente, aceptar lo que su abuelo Juan le había ofrecido, ahora tenía un importante motivo.

Al día siguiente, Ricardo se encontró con Valentina y confirmó la belleza y la inteligencia de la chica. Hablaron mucho sobre sus vidas, sus planes y así fueron otros dos días más.

Valentina era soltera, se había dedicado a estudiar y a trabajar con tanto empeño que realmente no había dejado tiempo para tener relaciones amorosas. Finalmente, quedaron de acuerdo los dos en ir a visitar al abuelo Juan.

Cuando llegaron a Santa María, después de las presentaciones, Ricardo le contó al abuelo sobre su premio y que con el dinero que le dieron podían comenzar a aterrizar los planes que tenían en mente.

Continuaron hablando del dinero del premio y de todo lo que tenían que hacer con él, como arreglar los aspectos legales y ver si no había otro heredero que pudiera en algún momento reclamar esas tierras.

—Estoy seguro de que no hay nadie más, hijo, pero estoy de acuerdo en que hagas todas las investigaciones que quieras.

Fueron a ver las tierras y Valentina no podía estar más feliz. ¡Eran perfectas! Pasaron la tarde los tres haciendo planes, los ojos de don Juan brillaban vislumbrando un futuro grandioso para

Ricardo y Valentina. Aunque hacían planes solo como socios de un proyecto de negocios, y aunque ellos no lo sabían aún, sería un proyecto de toda una vida, juntos y felices.

Cuando Valentina se retiró a descansar, comenzó la plática confidencial entre abuelo y nieto.

—¿Cómo le vas a hacer para arreglar todo lo legal de este asunto?

—Tengo un amigo abogado que se puede encargar de todo, mañana mismo le hablo.

—Y... he pensado en si... si podrías convertirte en un Armenteros legalmente.

—¿Cómo?

—Tienes la estampa, tienes el nombre, solo te falta el apellido para ser don Ricardo Armenteros.

—¡Abuelo! —dijo Ricardo sorprendido.

—¡Buenas noches, hijo! ¡Piénsalo!

El anciano se retiró a su cuarto y el joven se quedó pensando. ¿Sería posible que a sus treinta y tantos dejara de ser Ricardo Armendáriz para convertirse en Ricardo Armenteros? Dejaría de ser el periodista solitario y sin familia para convertirse en un empresario con una hermosa esposa, hijos, nietos, con pasado y futuro... Era una locura, pero sentía que tenía más nexos con los Armenteros que con los Armendáriz; en realidad, no sabía nada de su padre y lo único que tenía de él era su apellido.

Ricardo lo estuvo reflexionando toda la noche. Al día siguiente, al despedirse de su abuelo, solo le dijo:

—Volveremos pronto, abuelo. ¡Cuídate!

Ricardo volvió solo a Chihuahua, Valentina se quedó en Batopilas, tenía necesidad de contarle a su familia todas las novedades. Al regresar, lo primero que hizo Ricardo fue contactar

a su amigo, el licenciado Guillermo Acosta; le contó todo lo que había pasado y, a petición de su amigo, dejó todo en sus manos. En cuanto tuviera algo en concreto, se pondría en contacto.

Ricardo volvió a su trabajo, a su rutina anterior, pero no podía concentrarse, cada mañana llegaba con cara de desvelado y cada vez más taciturno.

—Ricardo, quiero hablar contigo, ven a mi oficina —la voz del jefe era tajante. De inmediato obedeció.

—¿Qué te pasa? Te noto muy desmejorado y no estás haciendo tu trabajo al cien.

—No sé, me siento muy desubicado.

—Ok, te voy a dar un tiempo para que te ubiques. Son tres meses de descanso sin goce de sueldo. Sería un permiso por motivos de salud. Cuando regreses, tendrás tu lugar. ¡Buena suerte!

Con el ánimo por los suelos, Ricardo llegó a su casa. Tendría que dejar este lugar, ya que no tenía caso pagar la renta. Comenzó a revisar sus pertenencias. En realidad no tenía muchas cosas. ¿Qué haría con las dos petaquillas? De pronto se le iluminó el rostro, volvería a Guadalupe y Calvo, con el abuelo. Se establecería ahí y ¡volvería con las dos petaquillas! Después iría a Batopilas a buscar a Valentina. ¡Volver a verla! Se dio cuenta de que era a ella a quien extrañaba. ¡Por Dios! ¡Era a ella a quien necesitaba! ¡Estaba enamorado!

Permaneció, no supo cuánto tiempo, en calidad de bulto y volviendo en sí pensó en revisar bien el contenido de las dos petaquillas para ver si podía poner todo en una sola y la otra dejarla por ahí en alguna casa de antigüedades. Primero revisó la de su abuela: contenía, además de los diarios, alguna novela de Alejandro Dumas, de Jorge Isaacs y otras románticas; cancioneros, libros de poesías, algunos pañuelitos bordados y otros recuerdos pequeños.

La segunda petaquilla estaba muy pesada, comenzó a sacar el contenido y encontró rollos de listones, de encajes, de telas, todo muy conservado, y nada más. ¡Qué raro!, pensó, no son cosas pesadas.

De pronto vio un poco rasgado el forro del fondo, enfocó la luz de su teléfono y percibió un brillo que le llamó la atención. Rasgó un poco más, tocó algo muy duro, jaló el forro y encontró que todo el fondo de la petaquilla estaba cubierto con planchas de oro de aproximadamente 25 centímetros x 15 centímetros x 4 centímetros de alto, dispuestas en cuatro filas de seis planchitas cada una. ¡No lo podía creer! Recordó lo que escribió la abuela de doña Inés. ¡Era cierto! Seguramente se le olvidó revisar esta petaquilla.

Ricardo quitó por completo el forro de la petaquilla: en las esquinas, cuidadosamente, estaban colocadas monedas de oro acuñadas en Guadalupe y Calvo. ¡Cada una valía una fortuna!!

Ricardo no podía respirar, sentía el pecho oprimido y, asustado, se puso de pie para alzar y bajar los brazos: creía que le iba a dar un infarto. Duró así un largo rato. Finalmente se calmó. Cerró la petaquilla y se sentó sobre ella. ¿Qué iba a hacer ahora?

Después de pasar una noche por demás inquieta, llamó a su amigo Guillermo y con urgencia le pidió que fuera a su casa. No tardó ni media hora en acudir y, al ver a Ricardo despeinado, sucio y con la cara descompuesta, pensó lo peor. Iba a llamar a una ambulancia para llevarlo al hospital cuando Ricardo le enseñó su tesoro y le platicó todo lo sucedido.

Guillermo tenía contactos importantes en un banco muy exclusivo y con asesores financieros de gran experiencia. Al contactarlos, se hicieron todos los trámites a nombre del señor Ricardo Armenteros. Así, se hicieron cargo de la fortuna

multimillonaria de Ricardo con la promesa de que se acrecentaría la fortuna con las inversiones procedentes.

Guillermo había arreglado todos los aspectos legales de la herencia y de su nuevo nombre. Con todas sus cuentas financieras y legales en orden, Ricardo se fue a Santa María a rescatar la antigua hacienda «Las Marías».

Cuando don Juan supo todo lo sucedido, confirmó que Ricardo era a quien esperó toda su vida. Luego, con gran ansiedad, Ricardo se dirigió a Batopilas. Buscó a Valentina, quien lo esperaba ansiosa y enamorada. Conoció a su familia y, con gran ceremonia, solicitó la mano de la chica.

Llevó toda una cuadrilla de constructores, restauradores, diseñadores y el equipo necesario para volver a tener la casa grande con el esplendor del pasado. Fueron tres meses de trabajo intenso. También se iniciaron los trabajos de la siembra de los viñedos para la empresa que traería un auge económico muy importante a toda la región.

Se inauguró la hacienda con una gran fiesta a la que se invitó a todos los habitantes de Santa María y a gentes de Guadalupe y Calvo, de Batopilas y de Chihuahua, y ese gran acontecimiento fue el marco de dos importantes celebraciones: la boda de Valentina Romero y Ricardo Armenteros y el anuncio de la inauguración de la compañía vitivinícola «Valentina».

Todos estaban felices, pero el más radiante era don Juan Armenteros, quien daba gracias a Dios por concederle la vida para ver que la dinastía Armenteros volvía a nacer.

F I N



www.pech.icm.gob.mx

Impreso y hecho en México por:



Grupo Industrial Gráfico

la más alta calidad en artes gráficas

Este tiraje consta de 300 ejemplares.

Imapcolor, S.A. de C.V.

Av. Luis G. Urbina #130

Complejo Industrial Chihuahua

Chihuahua, Chih.

Tel. (614) 388 3600

www.imapcolor.com

Printed in Mexico



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022



EL SUEÑO

MA. GUADALUPE SÁNCHEZ MARTÍNEZ

La brisa primaveral tenía un aroma floral
que embriagaba el alma; la luna llena
daba al pueblo de Batopilas un mágico
resplandor y una vista esplendida.

